

II

Antología

de escritores de Moreleón



H. AYUNTAMIENTO DE MOROLEÓN
2018-2021

Mtro. Jorge Ortiz Ortega
Presidente municipal

Lic. Azucena Tinoco Pérez
Síndico municipal

Prof. Jorge Luis López Zavala
Secretario del H. Ayuntamiento

*

Prof. Gabriel Cerna Reyes
Director municipal de Educación

Mtro. Rosendo López Pérez
Cronista municipal de Moroleón

II

Antología

de escritores de Moreleón



TRABAJO EDITORIAL

Rosendo López Pérez

Selección y edición

Daniel Wence Partida

José Luis Calderón Vela

Revisión de la edición

José Luis Calderón Vela

Prólogo

Pablo Gordillo Tenorio

Diseño de portada

D.R. © H. Ayuntamiento de Moreleón

Hidalgo #30, Colonia Centro, CP 38800

Moreleón, Guanajuato

Tel. (445) 4570001

1.era edición, enero de 2020

Impreso y hecho en México.

A la memoria del cronista
CP Alfonso Ortiz Ortiz

AGRADECIMIENTOS

Agradezco al H. Ayuntamiento de Moreleón 2018-2021, por haberme conferido el honor de tomar el relevo de la antorcha de la crónica en este municipio y darme la oportunidad de legar a las presentes y futuras generaciones un testimonio de nuestra época. Asimismo, agradezco su apoyo para la publicación de esta antología, que es una muestra de su firme compromiso con la difusión de la historia y cultura locales.

Mtro. Jorge Ortiz Ortega,
Alcalde
Lic. Azucena Tinoco Pérez
Síndico procurador
Prof. Jorge Luis López Zavala,
Secretario del H. Ayuntamiento

C. Alfonso Guzmán Romero
Lic. Lorena Zamudio Balcázar
Ing. José Luis Durán Castro
Lic. Azeneth Guzmán Juárez
C. Luis Geovanni Zavala López
Ing. María Cristina Alvarado Belman
Lic. Gabriel García de Alba Ortiz
CP Josefina Espinoza Sandoval
Lic. Diana Maribel Gaytán Álvarez
Ing. Artemio Guzmán Zamudio
Regidores

Dado que esta obra es la suma de varias contribuciones literarias, agradezco a todas las personas que participaron de manera directa o indirecta en la edición de esta antología; a todos, muchas gracias.

Mtro. Rosendo López Pérez
Cronista municipal de Moreleón
15 de diciembre de 2019

PÓRTICO

El H. Ayuntamiento de Moroleón 2018-2021, que me honro en presidir, ha tenido a bien que se publique esta segunda antología de escritores de Moroleón, a cargo del Mtro. Rosendo López Pérez, en secuencia con la obra publicada por el cronista Alfonso Ortiz Ortiz en el año de 1985, pues constituye un legado cultural — para las presentes y futuras generaciones de lectores — de un segmento significativo de la producción literaria local en nuestra época. Por ser una muestra de varios tipos de sensibilidad artística expresados por medio de la palabra, el lector tendrá acceso a textos que le harán experimentar tanto sensaciones de embelesamiento como una profunda reflexión.

Mtro. Jorge Ortiz Ortega
Alcalde de Moroleón
2018-2021

PRÓLOGO

¡Detened el paso, moroleonés! Mirad a quienes con la lira bien puesta sobre el hombro les sobra grandeza no solo por medirse con los grandes escritores de nuestro tiempo, sino que su mérito es el valor con que acometen con sus letras.

Así como les brotan a los árboles hojas, perfumes a las flores o arenas a la mar, así al oficio de escritores es natural que les nazcan del pecho los ruseñores en esta cruda época en que como decía Martí: “los ruidos de la batalla apagan las melodiosas profecías de la buena ventura de tiempos venideros, y el trasegar de los combatientes deja sin rosas los rosales, y los vapores de la lucha opacan el brillo suave de las estrellas en el cielo”, los compilados en esta obra dejan en libertad la palabra que se lleva dentro, de a poco, como un camino que crece con los sonidos de la vida, desde el interior de esa jaula que encierra soledades; chispas de vida, huellas de luz, un venero ocre que sangra, que fluye desfogando nitideces engarzadas desde el lado izquierdo, que punzan horizontes idos.

Vienen ellos a estas delgadas páginas a nombrar remansos entre hierbas, a sonar el campanario del amanecer, a mojar las alas de los sueños, a dormir la noche en el corazón adentro; con todos los gérmenes de las grandes cosas, aquí están ellos para mostrar sus textos con palabras pletóricas de savia de quienes aceptan trenzar los rizos de la narrativa y de la poesía habiendo nacido o habiéndose avvicinado en el eje meridiano de Moroleón.

Ahogados en el manantial creciente de la luna, estos hombres y mujeres sazonan el aire de frescura de este libro, la segunda escena de un compendio que aún no había sido escrito. Todos, como soldados de un mismo ejército

marchan al beso de las diosas de la poesía y la narrativa; en todos hierve desde la entraña sangre nueva desde el rincón más callado en que, airadas y hambrientas de luz les emergen las palabras en ese ejercicio solitario del escribidor.

Es en este pueblo de gente hermosa, hospitalaria y trabajadora del lindo Moroleón, Guanajuato, donde rueda el aire romántico por los pulmones de la Plaza, donde habita esta raza dedicada a buscar caminos para acceder a las letras y a la lectura. Como espectador salido de una celda, grito desenfrenado desde la primera fila de este teatro de la vida que acredito la lectura de esta antología, obra de aliento reposado que se saborea como manjar de condena.

Y es el compilador, Rosendo López, quien en épocas de repliegue y enmudecimiento, decide convertirse en la espada vigilante de las hermosas de la villa, quien urdió en el silencio de su mente las recias torres de este libro, en una labor única de cronicar tanto los acontecimientos que estrujan, los que se clavan en picota como los que se erigen hasta ceñir una corona, hábito saludable de los pocos que con sus ideas pueden herir el azul de las aguas.

Sabedlo, febril leyente, tomad este libro como colina que rodea la montaña y la hace parecer más pequeña. Leedlo con una risa abandonada y con sublime esfuerzo sobrehumano hasta que se os esponje el corazón con estos escritores que testimonian la misma tierra con sus raíces. Hallad aquí esa idea demasiado grande oculta en algún rincón de esta memoria esperando el momento oportuno para brotar como grito primordial con un lenguaje ya olvidado.

Haced verdad lo que dicen que cuando uno visita una ciudad tan extraordinaria y mágica como esta, se forma un pacto con ella. Eso es lo que cuentan las voces del viento al soplar por entre los escondrijos y los resquicios más estrechos, como el sol entremetido penetrando por las hendiduras de los árboles viejos.

He aquí, pobladores de Moroleón y sus alrededores, este compendio que acelera los sentidos y que desde su originalidad literaria recarga la inteligencia con un caudal beneficioso.

José Luis Calderón Vela
Diciembre 30 de 2019.

INTRODUCCIÓN

En la primavera del año 1985, vio las prensas morelianas la primera Antología de escritores de Moreleón, una colección de piezas literarias de autores locales seleccionada y prologada por el CP Alfonso Ortiz Ortiz, primer cronista municipal oficial de Moreleón, Guanajuato. A 35 años de ese primer ramillete literario, compuesto de epístolas, poemas, cuentos y ensayos, esta segunda antología es una muestra de la manera de sentir y pensar de algunos escritores moreleoneses a la luz de los recientes cambios sociales y culturales que han tenido lugar alrededor del mundo (revolución digital, liberalización comercial, globalización cultural, etc.).

Algunos de los textos que componen esta antología fueron tomados de otras publicaciones (libros, periódicos, revistas digitales, blogs, etc.); sin embargo, la gran mayoría son trabajos inéditos recibidos de manos de sus propios autores —en respuesta a una convocatoria publicada en noviembre de 2018—, lo que confiere a estas páginas un cierto aire de frescura. No es ocioso mencionar que el rango de edad de los autores oscila entre los 21 y 74 años, pues ello da cuenta de la diversidad de perspectivas, estilos y estructuras lírico-narrativas que confluyeron en esta obra.

Además de las categorías de cuento, crónica y ensayo, se incluyó una sección de poesía que comprende diversas formas de composición: modelos populares, estructuras vanguardistas, composiciones híbridas (poema-cuento).

Así, el lector conocerá tanto una amplia variedad de temas que fueron del interés de los autores seleccionados como la manera en que fueron desarrollados bajo su pluma.

POESÍA

Georgina Gaytán
(Moroleón, 1996)



Poeta, docente, artista plástico, cocinera, empresaria. Cursó la Licenciatura en Enseñanza del Inglés por la Universidad de Guanajuato, sede Yuriria (2019), en que desempeñó el cargo de Consejera Universitaria. Ha publicado en la revista «Delirantes» (2016), de León, Gto., y fue ganadora del 1.er lugar en el concurso titulado «Letras de miel» (2015) organizado por el colectivo Provocarte, de León, Guanajuato. Ha impartido conferencias sobre superación personal y derechos humanos. Fue ganadora del 1.er lugar para representar a México en el torneo internacional «World Skills» (2015), celebrado en Sao Paulo, Brasil.

Tan triste como la hiedra

GEORGINA GAYTÁN ZAVALA

Me sentía tan lejana y distante como la hiedra que sucumbe ante el tacto de una rosa y su esplendor, que contempla la luna con su brillo angelical y esa belleza de la que ella jamás podría gozar...

Tan fría como los inviernos de Noruega y tan letal como la muerte del amor más puro, tan celosa de las enredaderas que pueden expandir sus ramas sin ningún temor, siendo libres de ser acariciadas por los pétalos que admiran su extrañeza...

Nunca me había sentido tan sola y rezagada del mundo, así como la hiedra; me había acostumbrado a estar sola, admirando simplemente la simpleza de la brisa y la belleza de los sueños de aquellas criaturas tan brillantes y sublimes que podían andar sin esconderse, sin temer de sus espinas u ocultando su color...

Aquellos perfumes llegaban a lo más profundo de mis ramas que envidiaban con tal celo a cada una de aquellas rosas, a cada una de aquellas enredaderas y a cada una de aquellas criaturas indefensas y divinas que rodeaban el jardín...solamente yo, la hiedra que trepaba cada vez más alto me volvía cada vez más invisible, cada vez más desdichada; pues quien en aquel manjar de color podría fijarse en una planta que ante el toque de su vida podría caer rendida en un llanto de dolor y que en lo más profundo de su esencia poseía el mortífero veneno de su afecto y su pasión...

Tan triste como la hiedra y su pesar, se ahoga en mi pecho el infortunio de la ausencia de un anhelo a mi esperanza y muere la inherencia de unos pétalos carmín que rocen los sueños de mis labios impacientes...



Dibujo n.º 1

Técnica: lápices de colores.

Por Georgina Gaytán

Como un amor celestial

GEORGINA GAYTÁN ZAVALA

Estaba sentado frente a mí en aquel paraíso a la distancia, parecía la tranquilidad andante frente a la preciosa fluidez del río, podía observarle a lo lejos, tan sereno, tan deslumbrante, con sus ojos color de cielo y su piel tan blanca como la nieve. Parecía disfrutar de la melancolía de la soledad, mientras yo le observaba tras un árbol, espíandole sin ningún decoro, atraída por su enorme sencillez y el físico de un ángel. No levantaba la mirada, mientras yo caminaba lentamente hacía el. Mis pies descalzos llegaron a su campo visual y levantó la vista. Sus ojos no podían ser más bellos ante la luz del sol, su cabello dorado resplandeciente me encandiló por un momento, se levantó lentamente del suelo y me siguió mirando, fija y limpiamente.

Su mirada era dulce, brillante, preciosa como el amanecer y serena como la luna. Podía hipnotizar mis pensamientos con solo mirarme. Podía rendirme en sus brazos con solo acercarse y podía besarle sin siquiera conocerle. Estábamos uno frente al otro, separados por el pequeño río a nuestros pies. Mi vestido blanco combinaba con su sonrisa. No decíamos palabra, el viento soplaba meciendo mi vestido y mi cabello hacia la puesta dorada del sol, la luz se desvanecía lentamente, mas el brillo del momento permanecía reluciente como un cristal. Parecía la escena de una fantasía, se sentía como un sueño irreal, caminó lentamente hacia mí sin decir nada, mis pies parecían no poder moverse, me quedé quieta hasta sentir sus labios sobre los míos. Un beso dulce, un beso tierno y delicado. Se separó con suavidad y posó su mano sobre mi mejilla. El tiempo parecía detenerse y mi corazón parecía

salirse de mí. La sensación de cosquilleo me invadió el cuerpo, al igual que la sutileza del pudor. Volví a besarle sin pensar. Éramos dos extraños, conocidos de un instante que sintieron como nunca antes. La sensación de amor nos recorría el cuerpo, parecía la escena de un libro que aún no había sido escrito, una historia que estaba comenzando en ese momento. Podíamos entendernos sin palabras, podíamos comprender las miradas. Podíamos sentir más allá de la razón. Nuestras almas se escaparon de nosotros un segundo, para bailar la bella danza de la complicidad. Sosteniendo en el aire el gran tesoro del encuentro, tras el más bello paisaje. Sus brazos eran cálidos y recios, su respiración era confortante y el color de su mirada era tan vivo e intenso, que me hacía desplomarme ante su tórrido amor. Cayendo ante el más deleitoso de los actos, cayendo ante el más grande amor...

Francisco Arriaga
(Moreleón, 1984)



Psicólogo, poeta y escritor. Ha tomado cursos de escritura con Óscar de la Borbolla, Alberto Chimal, Josué Ramírez, Isaí Moreno, Rocío Cerón, entre otros. Ha participado con lecturas para el pabellón Guanajuato en las ferias del libro Nacional de León e Internacional de Guadalajara. Entre los premios que ha tenido la fortuna de ganar se encuentran los premios para las letras guanajuatenses en los géneros de cuento (2015), y poesía y teatro (2016). Ha participado en antologías de cuento moreleonesas y de la editorial La Rana (en las ediciones *Por prescripción médica* y *La vida va*); además, ha publicado obras suyas en diversas revistas literarias y páginas electrónicas. Firma bajo el pseudónimo de Miclantecutli.

Díptico cósmico

MICTLANTECUTLI F. ARRIAGA

(I)

-El ser egoísta-

Con espinas de maguey
arañas el horizonte.

Es de día y la soledad poda tu piel
es de día y este dios de fuego
-tan dios y tan fuego, tan fuego y tan viejo carbón-
no te dio tregua hoy:
hazte noche.

El horizonte es tuyo: tú eres el horizonte:

No te quieres compartir,
el sol te abraza
tú abrasas al vacío.

(El mejor final de una historia es interminable, puntos
suspensivos)

(II)

-La virginidad de dios-

En la espalda el amanecer
como desaliento
la garganta regocijo del rocío quemante.
Soñaré que siento y veo y huelo
aromas de ti y de piedras viejas

lanzadas contra cristales

de edificios de la memoria,
moho pestilente a nuevo recuerdo
tan usado y maltratado.

Por dos razones:
un paso tuyo y uno mío
dejaré de pensar

Por los gatos que no tienes
y los gatos que no quiero.
Por tus ojos de gata
y tu espalda de mariposa.
Por tu sangre y tu boca
-sangrante y seca-
como ciegos tus ojos
ladrones de pupilas dilatadas
grito sordo
negado
ahí,
detrás de tu garganta
esperando mis labios-aguijón,
la esquirra de mi lengua.

Desborda la noche
que la mañana es para temer.
Desborda la noche
que tengo sed
la luna es manantial creciente
en ella me ahogaré
o en tu piel.

En el filo de la tierra
mi horizonte se apaga.

Socorro López Núñez
(Moreleón, 1958)



Narradora Oral, Escritora y Danzante. Nació en Moreleón, Gto., en marzo 26 de 1958. Parte de su obra ha sido publicada en antologías como *Hilvanando Vuelos* (UIL 2005), *Cuentos de Magia y Misterio* (2010); *Imagicuentos* (2012) (Coedición de La Rana y Conaculta); *Lunario* (2012); *Mujeres poetas en el país de las nubes. 25 Aniversario* (2016); y, *Mujeres en la palabra* (2019). También en antologías locales y regionales desde el año 2000 a la fecha.

Sabores de Oaxaca

SOCORRO LÓPEZ NÚÑEZ

(Escrito para el Festival del Maíz
de la región mixteca oaxaqueña)

Oaxaca de mil sabores,
yo nunca podré olvidar
del maíz tus exquisitos
platillos al por mayor:
un Verde bien espesito
y un Amarillo, como es;
las Tostadas de sabores
doraditas al comal,
Empanadas, Memelitas,
tus Tlayudas y molotes.
Con tus moles y guisados
las suavécitas van bien.
En las sopas Chochoyotes.
Tamales en variedad.
Nicuatole, pan de elote
y un delicioso Téjate.
Voy a seguir degustando
para darles mi opinión.
Pero antes les confieso
Lo que dice el corazón:
de todo lo que he probado
de Oaxaca y su sabor
«¡Son los besos de mi negro
de Oaxaca lo mejor!»

Salvador Ruiz Aranda
(Moreleón, 1962)



Poeta y comerciante. Desde temprana edad ha cultivado el gusto por la poesía. Ha publicado poemas en la revista *BOSQUEJO POÉTICO*, *RITUAL DE VOCES*; asimismo, ha publicado su obra en varios audiolibros de poemas en que participaron poetas de la ciudad, tales como *RAÍCES DE LA IMAGINACIÓN* Vol. I y II; *12 voces del alma*, poemas en libertad; y, *URDIDOR DE PALABRAS*, antología poética. Escribió un poemario titulado *VIENTO LIBRE*, libertad de palabras, y un audiolibro de poemas titulado *REBELDÍAS*.

Señor de Esquipulas

SALVADOR RUIZ ARANDA

Eres moreno de color,
mi Señor de Esquipulitas.
Guardián de Moroleón,
y de todas sus capillitas.

Tus fieles peregrinos,
te adoramos con amor.
Estamos muy unidos,
por ti nuestro salvador.

Llegaste de muy lejos,
tomando este camino.
enviado por Dios;
Moroleón, tu destino.

El último de enero,
paseas por la ciudad.
Tú eres el primero,
y detrás la humanidad.

Eres el cristo moreno,
al que todos veneramos.
Eres puro y sereno,
al que todos adoramos.

En el baúl de los recuerdos

SALVADOR RUIZ ARANDA

En el baúl de los recuerdos,
encontré los versos arrepentidos.
Una carta de despedida
y un corazón sin latidos.

Un recuerdo sin medida,
diez poesías empolvadas.
Huyendo de esta vida
y mis ilusiones olvidadas.

En el baúl de los recuerdos,
revolví sentimientos encontrados.
Unos sueños de grandeza,
cuatro amigos olvidados.

Un estado inconveniente,
dos cigarros sin prender.
Una mente delirante
y una vida sin entender.

En el baúl de los recuerdos,
encontré mis deseos de triunfar.
Unos sueños bien forjados
y muchas ganas de estudiar.

Encontré una risa abandonada,
unos gestos de dolor.
Una vida desencadenada
y una pérdida en el amor.

Una historia martillada
y un cuaderno sin estrenar.
Mi conciencia humillada
y una sociedad para condenar.

En el baúl de los recuerdos
dejé mi más grande temor.
Sepulté todos mis miedos,
perdoné todo mi rencor.

Saqué la fe de la oscuridad
y una cruz destruida.
Con un poco de humildad
y una nueva vida.

Quemaré el baúl de los recuerdos,
haré mi propio camino.
Con la esperanza en mis puños,
forjaré un nuevo destino.

Buscaré la luz en el sendero
y ese paraíso perdido.
Encontraré a mi Dios verdadero
y ese hogar prometido.

Giuseppe Gutiérrez Guzmán
(Moreleón, 1991)



Poeta autodidacta, músico, abogado. En su obra, el tema de la muerte ocupa un lugar central, lo que le valió el sobrenombre de «el poeta de la muerte». Ha sido nominado para el premio nacional de poesía en la edición del año 2018, para el premio estatal de poesía en la edición 2019 y por librerías Gandhi para publicar y vender su compendio de poesía titulado *Orgasmofóbico*.

NUBLADO

GIUSSEPE GUTIÉRREZ GUZMÁN

El cielo está nublado, tanto, que no logro observarte.

A lo lejos se percibe una estrella, pareciera que me observa, pero no concreto en ella tu mirar.

Será que a la distancia los enamorados se piensan y al observar al mismo cielo se encuentran y se separan a placer.

Viene a ser como una jugarreta infame del destino, un vaivén de emociones y un cliché en el sentir que provocan los recuerdos y los momentos que dejaron huella en nuestra piel.

Será acaso que a donde quiera que vaya adherida al pensamiento te llevo, o será que sólo a veces te recuerdo y me dejo llevar por la ilusión de aquellos momentos.

No lo sé, pero sé que a cada momento mi mente me traiciona y te pienso, te imagino en cada espacio, cada locura, cada intención, cada lágrima y cada sueño que enmarcan la totalidad de mi ser.

No lo sé, no sé qué haría yo contigo, o peor aún, no sé qué haría sin ti.

Me gusta recordarte, me gusta verte y sentir que puedo acariciarte, me gusta poder observar esos hoyuelos de tu cara, me encanta perderme en tu mirada y me fascina aquél oído que besaba antes de que el amor a nosotros se entregara.

Y, es que, me asusta el pensar que no pudiera la vida permitirnos volvernos a besar, a nuestros rostros frente a frente poder observar.

Me da miedo pensar lo que no hice y todo lo que no te he dicho que por ti siento, pero soy a veces tan cobarde que prefiero gritarlo al viento, al cielo, al mismo cielo nublado que ahora veo.

Y lo demás, bueno, lo demás lo escribo, lo guardo y lo archivo en un cajón que siempre permanece cerrado y abandonado hasta que llega el momento en que las lágrimas hacen mis parpados cerrar.

Todo se vuelve nada, y el ver este cielo vacío me recuerda que efectivamente esos somos, nada, y nada será hoy, y nada será mañana, ni el día después de mañana.

Si muero por ti o me lleno de la más inmensa alegría al verte.

¡Total al mundo qué le importa, a ellos qué más les da!

DE TU CUERPO HARÉ UN ENSAYO

GIUSSEPE GUTIÉRREZ GUZMÁN

A tan sólo unos metros me encuentro, o, mejor dicho, me pierdo, sí, me pierdo profundamente en el carmesí de tus labios que combinan perfecto con esos pendientes largos.

Bajo y desvío un poco la mirada porque al percatarme de una carcajada vi que en tus mejillas dos hoyuelos se dibujaban, tan profundos que marcaban en tu rostro un placer efímero y agudo.

Aparté aún más mis ojos y seguí recorriendo con ellos hasta que a media altura de tu pecho me topé con un botón que invitó a mi vista a contemplar la belleza de tus senos, mismos que mostraba aquel escote excitando mis sentidos y el más profundo instinto de mi cuerpo animal.

Bajé aún más, mucho más, botón a botón, hilo por hilo, hasta que llegué a tu cintura y fue ahí, donde al verte sentada me imaginé perdiendo nuestras tardes amando, mientras yo en tu regazo al recostar mi cabeza admiraría las nubes de paso.

Seguí por el camino de tus piernas que conducían a través de unos pantalones ajustados hasta llegar a un par de tacones finamente adornados.

De pronto, volví a mi mesa, después de caer al piso, pero no perdía detalle, mi cerebro aún se encontraba perdido, perdido en el aviso que manda al corazón volviéndolo a dejar caer al piso.

¡Mujer! Estás tan cerca y yo tan lejos de tu ser, de ser lo que mi mente se imagina, enredando mi figura entre tus piernas al amarnos, mientras afuera se derrumba el cielo en frías madrugadas tú y yo en esas cuatro paredes esconderíamos nuestras huellas.

¡Mujer, oh, mujer! Quisiera tu aliento robarme, pero como no puedo acercarme a besarte, será mejor que de tu cuerpo haga un ensayo para siempre recordarte.

**Artemio Zavala García «OIMETRA»
(Moreleón, 1945)**

Artesano textil y escritor autodidacta. Ha escrito poesías y reflexiones acerca de la vida. Gran parte de su obra se encuentra inédita. Su obra se centra en describir el Moreleón de los años 50, no de forma general sino trazando pinceladas de aquel pueblo «quieto y feliz de gente hermosa, hospitalaria y trabajadora».

SERPENTINAS Y CONFETI

OIMETRA

Las muchachas de mi barrio con sus medias y zapatos de tacón, caminan muy alegres por las calles de mi lindo Moroleón.

Las muchachas de mi barrio, van hacia el jardín municipal, para dar la vuelta en la plaza principal y ver a su galán y escuchar la música que toca la banda municipal.

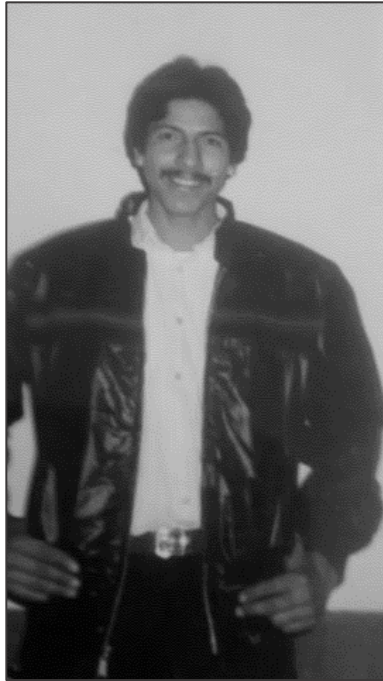
En las neverías despachan las nieves de vainilla y de león, la de zapote está muy buena y la de ciruela también.

Los muchachos muy ansiosos compran serpentinas y confeti para adornar con ellos a la joven de sus sueños.

La banda sigue tocando y las muchachas andan noviando y suspirando de emoción y los muchachos andan muy contentos lanzándoles confeti y serpentinas de colores a la dueña de su corazón.

Eran aquellos hermosos años de 1962, en aquel pueblo de gente hermosa, hospitalaria y trabajadora de mi lindo Moroleón, Guanajuato.

**Ricardo Gallardo Gaytán «El pantera»
(Moroleón, 1960)**



Plomero, electricista, tejedor de sweater, periodista y poeta autodidacta. De joven, participó en el grupo de teatro experimental de Moroleón (TEM), dirigido por el maestro y fotógrafo Lisardo Planells, y sirvió de voluntario en la Cruz Roja, bajo la dirección del C. Rodolfo Pantoja. Su obra la componen varios poemas en que predomina la temática del amor, así como varios artículos periodísticos sobre temas culturales y de historia local.

Moriré mil veces

RICARDO G. GAYTÁN

Con altivez de reina me llamaste
y, sumiso, a tus plantas me tendí.
Con enérgica voz me sentenciaste,
a morir mil veces sin morir.

Mil veces moriré, si lo deseas;
aunque siga viviendo sin vivir.
Moriré sin morir para que creas
que, muerto en vida, ya no sé sentir.

Con la vista fija en profundo abismo,
sin poder hablarte, sin poderte ver,
con grave silencio me diré a mí mismo:
«es vano tu empeño, ya no puede ser».

No volverás a verme, no volveré a verte,
aunque muy de cerca los pasos te sigo,
sintiéndote cerca, sin poder tenerte,
estando a tu lado, sin estar contigo.

Cuando en mi camino, piadosa,
la muerte llegue hasta mí,
le diré sin miedo a su faz temerosa,
que he muerto mil veces, que he muerto por ti.

He muerto mil veces, sin estar sepulto,
porque tu quisiste que yo así muriera.
He vivido muerto, pero siempre oculto,
por tú quisiste que yo así viviera.

Y, si aún me tiendes tu gélida mano,
obediente la mía sin temor te daré,
y con sublime esfuerzo sobrehumano
como despedida por ti lloraré.

Si algún día te acercas a mi tumba fría,
no me pongas flores, ni lágrimas viertas,
tus lágrimas queman con crueldad impía,
las flores serán cosas para mí ya muertas.

Del cielo no imploras para mí la calma,
No eleves plegarias, ni oraciones reces.
¡Que ya mi delito de entregar el alma,
lo pagué en el mundo al morir mil veces!

Tus besos ardientes, tus besos de amor,
yo los he pagado, los pagué con creces,
con mi sufrimiento y con mi dolor.
¡Tan sólo por ellos, he muerto mil veces!

Rolando Gallardo Gaytán
(Moreleón, 1958)



Músico, poeta, periodista. Integrante de las afamadas agrupaciones de músicos versátiles Vibración Sigma (1978-1982) y Los Paoli (1982-1984). Actualmente, es organista solista versátil bajo el seudónimo de Carlos Alonso y sus teclados. Desde el año 1978, colabora en el periódico EL INFORMADOR de Moreleón. Asimismo, ha colaborado para periódicos estatales y nacionales como La Voz de Michoacán, El Sol del Bajío, El Universal, Excélsior, Reforma y La Jornada, así como para revistas políticas tales como El Chahuistle, El Chamuco y MacheteArte. Ha publicado dos compilaciones de calaveras literarias de su autoría: *Las Peores Kalaveras de Karlitos* (2006) y *Añoranzas moreleonesas* (2017).

AÑORANZAS MOROLEONESAS

ROLANDO GALLARDO GAYTÁN

(Selección)

El rebozo

El rebozo es distinción,
es salero y elegancia,
cuna del niño en la infancia...
¡es la abuela en oración!
El rebozo es sensación,
es esencia de mujer
y a su paso hemos de ver
el más precioso retrato
del provinciano recato
de aquellos días del ayer.

El paseo de carros

Las danzas tradicionales
y los carros alegóricos
hacen bastos y pletóricos
estos paseos sin iguales.
Carnavalescos rituales
en una noche sin fin
donde hay mariachi, violín
y tuba con tamborazos,
borrachera y ramalazos,
populachero festín.

Corrida de toros

¡Qué banda tan mas lucida!
con gitanas españolas,
lindas majas y manolas,
anunciando gran corrida.
Al pasar por la avenida
hay entusiasmo a granel
por ver el magno cartel
de afamados matadores.
¡Es fiesta de mil colores,
de *fistiana* y oropel!

La procesión

Con solemne procesión
culminan fiestas tan chulas
a mi Cristo de Esquipulas,
Patrono de Moroleón.
Se me esponja el corazón
con ese denso cariz
de mi terruño y raíz:
la tradición acendrada
de esa fe tan arraigada
que hay en mi Pueblo Feliz.

La vuelta al jardín

Se hace festivo derroche
y es un ritual el trajín
de dar vueltas al jardín
los domingos por la noche.
Hay claveles en guangoche,
serpentinatas de color
y aspirante a seductor
que tiene intención muy obvia:
el conquistar una novia
a quien entregar su amor.

La calzada

Los jueves es la tirada
vestirse de parafina
pa' ver a tanta catrina
paseando por La Calzada.
Allá en el kiosco hay tocada
que alegra al caer el día...
Se ve pasar al tranvía
en rítmico contoneo,
con discreto devaneo
e inasible melodía.

Los portales

Si estos arcos de cantera
tuvieran el don de hablar
¿qué historia podrían contar,
eterna, imperecedera?
Las mesitas de madera,
la vendimia y el pregón...
En este viejo rincón
deambulan fantasmas tales
que se cuenta, en los portales,
aún penan Baldo y Herón.

Padre Quintana

Cual apóstol abnegado
llegó a esta Congregación
para cumplir su misión,
renunciando a su borlado.
Con su ejemplo fue forjado
el talante emprendedor
de aquel primer tejedor
que en los rústicos telares
tramó lienzos singulares
de progreso y esplendor.

Aniceto Balcázar Franco
(Moreleón, 1960)



Poeta, escritor, psicólogo, maestro en ciencias y técnicas de la educación. Además de asesor de la Secretaría de Educación (1989-2000), asesor del Instituto Estatal de la Cultura (2001-2006), asesor de lenguajes en centros de enseñanza (1994-2001, 2001) y en el Centro de Desarrollo Educativo (CEDE)-Moreleón, de la SEG, delegación VII-Salamanca (2007-2014), se ha desempeñado como bibliotecario (2001, 2002-2004, 2004-2006) y catedrático de la Universidad Quetzalcóatl (2001-2001). Ha publicado dos poemarios (*Municipios Encalados* y *Gavilán fugitivo*). Ha participado en las antologías de *Tierra adentro* (Conaculta, 1994) e *Hilvanando vuelos* (Universidad Iberoamericana, 2004).

DEFINICIÓN Y BÚSQUEDA _____

ANICETO BALCÁZAR FRANCO

(De la obra titulada *Las Postales: de Voz*)

II

Rueda el aire

romántico

por los pulmones de la Plaza

en cañaverales

nadie sabe como pasa su

sabor

quedan frutas

guayaba

boca limón

Nos preguntamos

¿Lame acidez acaso la fruta prohibida?

Amoroso fermento vibra en el aire

cargado de mangos

son muchos hilos conductores

(en los dientes y labios)

al probar la madeja

papaya y tamarindo.

Insistencia citadina

ANICETO BALCÁZAR FRANCO

Antes de lavarla: Ciudad
Pasan hambre las manos
tocan añejos violines
invitan a rezar los calendarios
festejan la tarde las trigueñas.

Antes de acordarme: Ella voltea
La ciudad se me va
en un enojo
resiento
el quemante paso
y derramo el líquido continuo.

ANTES DE SUBIR: BAJAR ESCALERAS

Vuelan notas
Baños y discursos
sueños
candiles lavados para la Fiesta
huecos sin curar.

Necesariamente estabilizan su piedra las
campanas.

IRAPUATO-VÍA-FIESTA-MOROLEÓN-QUERÉTARO

ANICETO BALCÁZAR FRANCO

(De la obra titulada *DEMASIADA TARDE*)

I

de un jueves quedan castas del Eros,
justo donde los rostros no se ven;
solo penumbras del deseo.
¿costras o costas, acaso?

de un viernes desvelado quedan las pasarelas;
en infinitad de Colores obligatorios

¿quién en este mundo de obligaciones y
cotidianidades
no se relaja?

Evasión de los sentidos en alcohol, cervezas y
Graduaciones.

II

Esta época de fines de semana
entre ruinas coloniales
y política salutación del entusiasmo;
la compra-venta de cara al sol
da en la mera madrugada
madre central del altiplano.

III

trabajo en un mundo de libros que
entierran en sus minas,
minerales de vejez cavernaria.

Ahora el único día nublado sigue a vírgenes
alemanas
en el reducto de los caminos por corregir,
Corregidora vida *-weekend*

rumbos asimilados a cerros y campanarios de
triunfo
monumentos de piedra cobijan la legalidad
nuevos rostros derechos
en la plena sombra de los encinos
justo sobre el Mirador
donde los Gavilanes se atreven.

De árboles naranjos

ANICETO BALCAZAR F.

I

Hojas de profundidad verde botella
En naranjos
Verde profundo
pintas la infancia golpeada
por arroyos y basurales del Abasto.
(Oh patria Jaime Nunó y la Bocanegra))

Arrastras guadañas del "Ojo de Aguita"
podadoras del drenaje profundo.
en su mezquitera primigenia

II

Las cañuelas del tiempo nutricio
Viejo de por lo menos 200 años**
entre arroyos y otras piedras negras
soledades
reverdecen los campos del entrenamiento.
Aventuras de un Rastro arrastrado de animales
matancero:
Reses
Y chivas asoledas
En su birria"
Su calor de "la Jaime Nunó"
En sus banquetas taqueras.

III

Atrás estaba la Escuela
"Del Centro Escolar: Moroleón"
Pasado por un agua colorada (antes...)

Que venía de los Amoles***

“Parkeate donde puedas bato “;
Hojas de naranjo
Para un Té
Nuestro
“A secas”
vaporoso
¡del tiempo fuera!
Golpeado por los niños peatonales
En el jardín de los olvidos.
De Hojas sueltas
Alivianadoras de las noches de insomnio
Eternas noches aventureras
Puras escuelitas del patio trasero
sin tanta televisión perturbadora
y muchas rondas y resorterías.

Gonzalo Gutiérrez López †
(Moreleón, 1943-2018)

Médico y poeta. Su formación de escritor se debió en parte a talleres magistrales que tomó con Juan Domingo Argüelles, con Ricardo Yáñez y Héctor Carrero.

MUJER: CAMINO Y CRUZ

GONZALO GUTIÉRREZ LÓPEZ †

Era tu mirada tan tierna
que mi verbo se apagaba,
el aire agonizaba,
palidecía la piel
de la tarde.

Largamente te abracé
anudando mis brazos
a tu vientre; con ternura,
posaste tus ojos en mi pecho;
el brillo de tus ojos
fulguraba como un tesoro;
-el tiempo se detuvo-,
El génesis llamó
con su grito primordial
(el tum-tac de mi corazón
se ha roto... - -),
al fondo se oye un cantar,
un viento de violines;
un grito de amapola y azafrán
quebrantaría la magia
cuando postrado de rodillas
oficié en tu capilla ardiente
como sacerdote supremo
de nuestras almas...

Conocí el secreto de la vida
y del amor;
volví a gritar con voz
de niño desperté
soldado a tu silencio.

TODO ESTÁ EN TI.

Ave Bertha
(Moroleón)

Poeta autodidacta, comerciante, ama de casa. La mayor parte de su obra lírica permanece inédita.

-Soledad llagada-

AVE BERTHA

Heme aquí de vuelta
abriendo de par en par
ese vuelo inagotable
a respirar sólo poesía
al contacto de la naturaleza
que junto con la mía
hacemos un solo corazón.

Despierta, sacudida
por el deseo de vivir
plenitud que rasga
esa vulgar insufrible
ansiedad de matar
el tiempo trabajando
con la rutina del
vivir entre el ruido
pestilente de las ruedas.

Hoy he pactado
con mi soledad llagada,
a sentirme al escribir
como cuando era niña
tan romántica y feliz,
pero también la férrea
determinación de narrar
con lisonjas y sátira
las bellacas violaciones
que sufrí y callé
por pudor y cobardía.

Y yo soy, pero... incorpórea

AVE BERTHA

Y yo soy
de carne y hueso
como todos, pero
a Dios tomé
alas en mis manos
para elevar el alma.

Y volé entre pájaros
y mariposas,
por tejados
a donde se oyen
llantos de los que tienen
frío.

Volé de noche
aullando con
los rayos de la luna.
los caminos del silencio
con mis amigos
los búhos y
melancólicas estrellas.

Como asumí en
mi sangre vientos
de azahares brillando
un cielo arriba
un cielo abajo

Y me impregné
de todo, de luces
de velorio, de rezos
y canela humeante

Lleguen a los linos
que envolvían suspiros
y sus besos prendidos
y lánguidos espantaban
mi espíritu

A la realidad del sueño
volando de iglesias
a calles recorridas
por el día, intranquilidad
de una energía corporal.

Raúl Vargas Guerrero
(Moroleón, 1962)



Poeta. Cofundador de la revista *Andamnios*. Antologado en la colección de poetas de *Tierra Adentro II* (CNCA 1994) por su maestro Héctor Contreras Carreto. Asistió a los talleres literarios de los maestros Aniceto Balcázar Franco, Fernando Robles y Eugenio Mancera, en Moroleón, Guanajuato. Fue participante de los talleres literarios de los creadores Ricardo Yáñez, Juan Domingo Argüelles y Guillermo Samperio, en Celaya. Ha participado en diversos encuentros de escritores en que ha dado a conocer su trabajo a nivel estatal y regional.

El demonio

RAÚL VARGAS GUERRERO

Ha venido a refugiarse
en este atrio
asiste a misa los domingos
puntualmente
cuando oye disparos, se hace el tonto
y se tapa las orejas con sus manos
le ha dado por sentarse, frente al televisor
y cuando ve las telenovelas llora
hojea los periódicos y lee
con la mano en la quijada
con mucho interés
el precio del dólar
la sección cultural...
se queja de que ya nadie le teme
Lovecraft y Spielberg
se ríen en sus narices
lo he visto caminar
de un lado a otro bufando
habla solo
maldice y a veces
parece que implora
antes leía la nota roja
o la sección internacional

Eso parecía ponerlo más nervioso
salía resoplando furioso
ahora lee la sección deportiva
o de espectáculos
lo he visto con la camiseta

de su equipo deportivo
y gritar desaforado
en primera fila en el teatro
chiflando en algún cine
aventando cigarros a la pantalla
se sienta a la entrada de la sacristía
y recuerda con nostalgia
sus triunfos
habla de Dante y Baudelaire
fervorosamente
maldice los virus
las computadoras
la música estridente
los tinytoons,
a las diez en punto
se quita su traje con cuernos y cola
se encomienda a Dios
y se echa a dormir.

MANIFIESTO

RAÚL VARGAS GUERRERO

CIBERNISMO

Esta convocatoria es para el que posee una mente lúcida y no ha sido enajenado por las máquinas. Para ti que aún puedes sostener un lápiz, y no un *mouse* sin que te tiemble la mano y mantienes un pensamiento crítico y no el de una computadora de primera generación.

A ti que te interesa usar tu cerebro, y no el chip, a toda su capacidad neuronal, de tal modo que intuyes sensiblemente y reconoces que en tus venas brota un aliento de vida que hace latir fuertemente tu corazón y no un cableado de fibra óptica conectado a un ordenador.

Porque primero fue el espíritu y no el hombre; primero fue Dios y no las máquinas.

El nuevo dios del siglo XXI es el Smartphone.

En la penumbra del cibercafé

RAÚL VARGAS GUERRERO

(De la obra *Cibernismo*)

En la penumbra del cibercafé
el hombre y la máquina son uno
proviene de la misma raíz
como dos hermanos
en simbiosis perfecta
son energía mas no espíritu
son cólera mas no luz
se fusionan en efímera plástica
son humo, chispa mecánica
circuitos en sincronía virtual
no por creación ni evolución
mutan en metal y fibra óptica
en algún momento del chat existencial.

Álvaro García Cruz
(Moreleón, 1986)



Licenciado en Química en la Universidad de Guanajuato. Doctor en Nanotecnología y Biotecnología en la Universidad Claude Bernard de Lyon, Francia. Ganador el Premio Estatal de la Juventud de Guanajuato 2008 y 2011, en las distinciones de «Actividades Académicas» y «Protección al Ambiente», respectivamente. Desde 2013, es miembro destacado de la Sociedad de Químicos de México. Ha trabajado como investigador en Polonia Y Reino Unido en el área de nanotecnología. El Dr. García Cruz colabora en equipos internacionales desarrollando nanopartículas que son utilizadas para la detección de cáncer, diabetes y sustancias tóxicas en organismo humano. El 17 de diciembre de 2019, fue galardonado con la presea «Dr. Cayetano Andrade», al mérito académico, científico, cultural. Además de su interés en la ciencia, el Dr. Álvaro se considera un apasionado de la poesía.

Escalando mi montaña

ÁLVARO GARCÍA CRUZ

Estoy cerca de 2 mil 800 metros de altura
entre las tierras provenzales francesas y catalanas,
siento un ambiente único y diferente, lleno de soledad y
de plenitud,
con flores de colores alegres, naranjas cálidos,
rojos sangre y diseños simétricos exóticos...
el mundo deja de ser plano en el horizonte
y se dobla ante mis ojos;
siento un tremendo cansancio en el ascenso,
me falta el aire y a pesar de los abrigos,
el frío hiela mis pensamientos
reta mi voluntad y mi deseo de continuar,
la nieve trata de persuadir a mis pies,
me exige encontrar una razón para continuar,
mi inconsciente encuentra un motivo,
confrontarme conmigo mismo...
Justo cuando parece que no puedo avanzar más
un alma de cara conocida se acerca a mí con una lengua
familiar,
se sorprende que hable Español y francés.
de la boca del hombre salen cobres relucientes
que sólo marcan el paso del metal, con filo y mazo
y solamente escucho que me dice:
“Hablas castellano y no español,
¡además, no te creol,
jamás un mexicano podría llegar tan cerca de la cima.
Ni estudiar Química en Francia
y venir de una ciudad tan olvidada como la tuya...”
cinco minutos más tarde, llego a la cima de la Montaña,
me encuentro con un viento sofocante,

que dispersa la nieve y me impide escalar más,
dejo de sentir mi cuerpo y solo me quedan los
pensamientos.

Solo queda mi memoria persistente, estilo Salvador Dalí.

Estoy cerca de que Yum Cimil tome mi aliento,
y justo en ese momento aparece la imagen de mi futuro,
mi deseo más profundo... aparece frente a mí,
iluminado por un rayo de luz que guía mi camino,
la mano de mi ancestro, del mismo Dios, que abre mi
camino.

Al seguir la senda encuentro un crucifijo
que me inspira para dar gracias a mis padres,
a mis hermanos, a mi familia
y a todos aquellos que hicieron posible llegar hasta aquí.

veo junto a la cruz una caja vieja
de color rojo hecha de metal,
dentro, una bandera catalana
donde dicen que cada persona
que ha dominado la montaña

y ha enfrentado al más temible de sus miedos
deja un recuerdo, su huella personal.

Pienso sólo un momento... de mi corazón
se desprende un sentimiento color sangre,
de mi espíritu, un pensamiento verde esperanza
y en un pedazo de papel escribo:

SOY ÁLVARO, DE MOROLEÓN, GUANAJUATO,
MÉXICO

ESTUDIO QUÍMICA, MIL GRACIAS.

4 DE NOVIEMBRE DE 2008

CUENTO

Pedro López Morales
(Moroleón, 1961)



Pedro López Morales es escritor, poeta y profesor de educación primaria y secundaria. A lo largo de su carrera artística ha cultivado los géneros literarios de lírica y narrativa. El 20 de mayo de 2018, su cuento infantil titulado «Paquitas y la luna» fue uno de los 24 ganadores del XVI Concurso de cuentos infantiles sin fronteras 2018 (MUGARIK GABEKO UMEENTZAKO IPUIN LEHIAKET), convocado por el barrio de Otxarkoaga, en Bilbao, Vizcaya. Tal concurso reunió 391 cuentos infantiles provenientes de 23 países (Argentina, Cuba, Rusia, Chile, Venezuela, Colombia, Uruguay, entre otros), bajo la temática de los valores humanos: paz, tolerancia, igualdad de género, derechos humanos, cuidado de la naturaleza.

Paquitas y la luna

PEDRO LÓPEZ MORALES

Paquitas se revolvió inquieta sobre la cama. Se acomodaba de un lado y del otro, boca arriba y boca abajo, pero era inútil; no podía dormir. Algo le revoloteaba en la conciencia como una palomilla que busca la luz.

Todo había empezado hacía una semana, cuando su mamá la mandó a la tienda a comprar azúcar. Iba repitiendo por el camino, a manera de cancioncilla: «Un kilo de azúcar y cuatro panes». Cuando distraídamente miró hacia el cielo y descubrió en él la luna más hermosa que jamás hubiera visto. Siguió caminando y notó que la luna le seguía. Aceleró el paso, se escondió detrás de los carros, se fue caminando junto a las personas mayores, pero la luna aún le seguía. Cuando salió de la tienda se fue corriendo mirando de reojo hacia el cielo. Al llegar a su casa su mamá le dijo:

—Y ahora, ¿tú qué traes?

—Me viene siguiendo la luna —contestó Paquitas.

—Tú y tus cosas —gritó su mamá—. Te dije que trajeras un kilo de azúcar y cuatro panes, no un pan y cuatro kilos de azúcar.

La niña entristeció por un momento, pero después se le olvidó. Ya estaba acostumbrada a esas reprimendas. Atravesaba por una etapa en que todo se le olvidaba.

A la noche siguiente fue otra vez a la tienda. Su mamá le apuntó en un papelito lo que debía comprar, por

eso de las dudas. Sigilosamente abrió la puerta y se asomó muy despacio. Ahí estaba la luna para acompañarla. Paquitas salió a la calle como si nada, como si de verdad no la hubiera visto, mas en su pecho empezó a sentir una extraña emoción. Se fue caminando, primero despacito, luego más aprisa hasta que llegó corriendo a la tienda. Ya de regreso, se escondió detrás de los carros, se fue caminando junto a las personas mayores y llegó corriendo a la casa, con el corazón palpitándole a más no poder.

Una mañana en la escuela la maestra habló de la luna y les dijo que tenía diferentes tamaños a los que se llamaban fases lunares. Así fue como descubrió que su amiga luna se llamaba «Luna Llena». Paquitas interrumpió la clase para decirle a la maestra que la luna era su amiga y que la acompañaba a la tienda. Todos sus compañeros estallaron en risas. Ese día la maestra les dejó de tarea que observaran el cielo por la noche y que escribieran a cuál de las cuatro fases lunares correspondía la luna que habían observado.

Por la noche doña Clemencia, que así se llamaba su mamá, mandó a Paquitas a lavar los trastes:

—Ya estás grande para que ayudes con el quehacer
—le dijo.

La niña enjabonó los vasos y los platos, cuando iba a enjuagarlos, la niña descubrió a la luna en el agua de la pila. De la sorpresa soltó el plato que traía en las manos y este se hizo añicos contra el piso. Rápidamente cogió la toalla que colgaba del tendedero y cubrió la pila con ella. Temiendo que su mamá la fuera a regañar por lo del plato roto, Paquitas se fue a la cama sin decir ni media palabra y se cubrió de pies a cabeza con las cobijas.

Presa de la emoción, la niña se revolvió inquieta en la cama. Pensaba lo que podía hacer con la luna. Imaginaba cómo luciría colgada de la mochila, seguramente sería la envidia de sus compañeras o tal vez luciría bien en la cabecera de su cama y así no dormiría en la oscuridad ni tendría miedo. Pensaba que podía amarrarla con un hilito y llevarla a pasear los domingos al jardín. ¡Sería un globo muy hermoso! Pero algo empezó a revolotear en su conciencia, le incomodaba, era como no haber hecho la tarea pero más grave. Un pensamiento terrible la tomó por sorpresa: «¡Qué tal si la luna se moría!»

Y pensó en la mariposa que había atrapado en el jardín de su casa, la que guardó en una caja y que un día amaneció muerta. Pensó en la rosa que la primavera había olvidado en el jardín, la que cortó y una mañana amaneció marchita. Estas ideas siguieron sonando en su cabeza como un grillo desafinado. Entonces pensó: «Tal vez existen cosas que nacieron para ser libres, que no son de nadie y que sólo se pueden admirar». Pero esa era una idea demasiado grande para ella. Quizás la escuchó en alguna parte y había permanecido oculta en algún rincón de su memoria esperando el momento oportuno para brotar. Finalmente, el sueño la venció.

A la mañana siguiente, por las prisas de ir a la escuela, a Paquitas se le olvidó quitar la toalla de la pila del lavadero. Ya en el salón la maestra les preguntó que si alguien había visto en qué fase se encontraba la luna. Todos los alumnos contestaron que no habían visto nada. Paquitas sintió por primera vez el peso de la culpa, dudó por un momento en explicarles lo que había sucedido. Finalmente dijo:

—Nadie vio la luna porque yo la tengo atrapada en la pila del agua.

La niña no escuchó la risa de sus compañeros ni lo que había dicho la maestra, sólo ansiaba que las horas volaran para ir a liberar a su amiga la luna.

Al fin sonó el timbre y la niña salió apresurada para llegar pronto a su casa. El camino se le hizo eterno, parecía que las calles eran más largas que de costumbre. Cuando al fin llegó a su casa fue corriendo hacia el lavadero y miró, con gran alivio, que ya no estaba la toalla donde la había dejado.

Cayó la noche. Paquitas abrió sigilosamente la puerta de la calle y miró emocionada que la luna estaba ahí, esperándole para jugar otra vez a las escondidas.

Sebastián el rebocero

PEDRO LÓPEZ MORALES

El sol otoñal de aquella tarde se coló por los agujeros de las tejas rotas, iluminando tenuemente el cuarto donde se encontraba Sebastián. Había heredado el oficio de tejedor de sus antepasados y lo desempeñaba con tal dedicación que daba gusto mirarlo trabajar, siempre con la misma danza ritual sobre los maderos viejos en los que tejía los rebozos; siempre con la misma cadencia, ritmo y delicadeza que aprendió de su padre, de su abuelo y si el destino no dictaminara otra cosa, sería el mismo modo de ganarse la vida que les enseñaría a sus hijos.

Había terminado la jornada diaria. Cortó y dobló los rebozos que fue a entregar a don Manuel Loza, patrón al que le había trabajado en los últimos diez años y que, cabe decir, venía siendo su pariente lejano, tan lejano que don Manuel nunca lo consideró como tal. Así era él: soberbio, miraba siempre a la gente por encima del hombro, como lo hacían muchos de los que vinieron a poblar La Congregación y levantar en esta tierra sin horizontes, un pueblo dinámico y orgulloso.

Don Manuel era un hombre alto, de cabello rojizo, ojos de azul claro, en donde muchas mujeres habían ahogado sus sueños y perdido su inocencia. Tal vez era descendiente de los franceses, quienes, en su huida estratégica, en los tiempos de Juárez, fueron a refugiarse a Comalcalhua y dejaron como herencia una población de gente güera de ojos azul profundo. También, como don Manuel, vinieron gentes de los alrededores a formar un frente común y, a base de esfuerzo y trabajo, fincar los cimientos de este pueblo naciente. Llegaron del

Derramadero, de La Laguna Prieta, de El Moro, Las Cuíticas, La Laguna Prieta, El Terrero, Los Valles, de Yuririaphúndaro.

Sebastián era el mejor tejedor del taller. El que producía mayor cantidad de rebozos y el que los tejía con mejor perfección. Y ahora con razón de sobra, pues estaba próximo a casarse y había que juntar el suficiente dinero para realizar, si bien no una boda elegante, sí una boda digna de un tejedor como se hacían en La Congregación. Tenía la seguridad de que su mujer y sus hijos no iban a pasar hambre, pues aquí casi no la había y la poca que existía estaba repartida democráticamente entre los pobres. Bien comprendió el sol de aquella tarde la ilusión tan grande que latía en el pecho de Sebastián, por eso brillaba intensamente llenando las calles con sus ríos de luz.

El noviazgo de Sebastián con Zenaida había comenzado por el mes de diciembre, cuando el frío empieza a hacer estragos en los cuerpos juveniles. Un día se cruzaron las miradas y fue suficiente para encender la llama trémula y tibia del amor. Después de semanas de tanto miramiento, Esteban se animó a tocarle la punta izquierda del rebozo cuando Zenaida iba al ojo de agua. Se encendieron las mejillas de la tímida muchacha, quien con firmeza introdujo el cántaro en el agua y mojó con disimulo la punta del rebozo, señal que daba por aceptado el noviazgo. Desde entonces, los pies del muchacho parecían más ligeros cuando danzaba en las cárcolas del telar sin cansancio ni fatiga.

El segundo paso para concretar el matrimonio era el de mandar pedir la mano de la novia. Después del procedimiento de rigor y de haber consumido la reglamentaria botella de aguardiente, la muchacha colocó el rebozo sobre su cabeza anudándolo de un modo especial,

acción que daba por aceptado el matrimonio. A partir de ese momento, Zenaida no tuvo tiempo más que para dormir, pues las instrucciones domésticas que su madre le impartía eran rígidas y continuas. No quería tener ninguna queja porque su hija no supiera hacer de comer o zurcir un pantalón. Siguiendo al pie de la letra lo que su madre le enseñaba, Zenaida comió en un plato de porcelana tres días antes de la boda, como precaución para que ese día no lloviera.

La boda fue el lunes, y como era gente humilde, a las seis de la mañana. Al entrar a la iglesia lo hicieron con el pie izquierdo, fue la orden de doña Remedios, que porque era el pie por donde bajaban directo las venas del corazón. Ya en el interior del templo, los contrayentes no se percataron de la austeridad con que se arregló el templo: sin flores, sin luces, sin coro y un sacerdote que de mala gana pichicateo el sermón, mordió la eucaristía y casi maldijo al matrimonio por haberlo desmañado sin ninguna remuneración. Así eran los sacerdotes con la gente pobre, en cambio, ya te imaginarás cuando se casaban los de la alta sociedad, querían bajar toda la corte de ángeles y arcángeles. A pesar de esto, el joven matrimonio conoció ese día la verdadera felicidad. Ya en el hogar, Zenaida regó discretamente un poco de sal sobre el lecho conyugal, para que sus hijos fueran numerosos y obedientes.

Transcurrieron ligeros los días de dicha y aquel matrimonio pronto fue bendecido con la llegada del primogénito. Un hermoso varón de piel morena como su madre y con los mismos ojos inquietos y vivaces de su padre. Le pusieron por nombre José María, en memoria del abuelo de Esteban, que fue quien lo crió, después de la repentina muerte de su padre. El día del bautismo, Chemita dio muestras de que iba a ser un niño fuerte y poco

enfermizo, pues, aunque a su madre se olvidó de ponerle un poco de azúcar en la boca, el niño no lloró cuando le vertieron el agua bendita.

Chema fue creciendo fuerte y robusto. Su risa entraba por el patio, recorría la reducida cocina y llenaba de alegría toda la casa. Sus juegos con las piedras y palos que encontraba eran interminables. Todo era dicha en el hogar, pero la de malas se les vino cuando Chemita iba a cumplir los cinco años. Una noche, cuando ya estaban todos dormidos, un viento frío se coló por entre las tejas y tejamaniles. Dio varias vueltas alrededor de la cuna del niño y salió por el mismo lugar por donde había entrado. Era el viento gélido de la muerte. Chemita lanzó un largo y profundo quejido. Sus padres despertaron con sobresalto y rápidamente corrieron a la cuna del niño. Lo encontraron con los ojos volteados, como si se le hubieran extraviado persiguiendo fantasmas. Pensaron que le había picado algún animal y desesperados buscaron entre el cuerpecito algún indicio de picadura. Frotaron con alcohol la nuca, la frente, las manos y los pies de la criatura, pero fue en vano. El niño había muerto. Nadie supo a ciencia cierta lo que le había arrebatado la vida. Algunos decían que se le había caído el corazón. Doña Ángela, la curandera del pueblo, afirmaba que al niño le habían hecho mal de ojos por no seguir los consejos que ella les daba, el de poner un patol amarrado del cuello. El doctor declaró que había sido una pulmonía fulminante. Grande fue la pena para los jóvenes padres de la criatura. Fueron días de angustia y soledad, con aquel silencio terrible que entraba del patio, recorría la cocina y llenaba toda la casa, pero lograron sobreponerse a la pérdida y con una decisión férrea se enfrentaron a la vida.

Fue por ese tiempo cuando Sebastián decidió trabajar por su cuenta el rebozo. Largas horas se pasaba cortando, cepillando y puliendo la madera. Casi a diario la noche lo encontraba corrigiendo y nivelando los maderos, hasta que al fin quedó bellamente terminado el telar en el que había puesto toda su alma, dedicación y esperanza. El principio fue difícil, tuvo que pedir dinero prestado a Don Nicolás Gutiérrez para comprar la hilaza, materia prima del rebozo. Él mismo, ayudado por su mujer, hizo «La fatiga»; remojando, desatando y azotando las madejas de hilo. Ya cuando el cansancio los vencía lo colocaban en una tina y lo pisoteaban. Toda esta labor era con el fin de quitarle lo bronco al hilo, darle mayor tersura. Ellos mismos hicieron los cañones en un torno rudimentario. Ellos mismos lo pasaron al urdidor, amarraron el jaspe, lo tiñeron de añil y lo picaron. Mientras Sebastián tejía los rebozos, Zenaida elaboraba las canillas. También era ella quien empuntaba, por medio de nudos, los extremos de los rebozos.

Sebastián Realmente conocía su oficio. Entre los rebozos que sabía tejer estaban los llamados granizo, lluvia, garrapato, palomo, polco, zamorano, tenango; esto era en los rebozos sencillos. De los rebozos finos sabía tejer: el «dos labores», labor cruzada, veta ciega, dos arcos, no me olvides, siempre viva y noche mexicana. Zenaida no se quedaba atrás, ella realmente tenía destreza en el trenzado del rebozo. Sabía todos los estilos: nudo sencillo, nudo ciego, casitas, torcacitas, empalmado, flor de lisado, encrucijado, mota, noche de ronda, flor de la mañana, palabrero, puente sencillo, doble puente y puente roto. Gracias a la magia que tenían estos artesanos, sus rebozos ganaron notoriedad por los alrededores y hasta a los extremos de las fronteras del país llegó su fama, a donde llegaban las recuas cargadas del producto que los

comerciantes vendían de feria en feria. Fue así como inició el comercio en el pueblo y a divulgarse por todo el país el prestigio de los rebozos de este lugar, que ya había alcanzado la categoría de pueblo y al que le pusieron por nombre Moroleón.

La bonanza había llegado al hogar y ganaron mucho dinero, pero faltaba algo para que la dicha fuera completa: una chispa de alegría que entrara del patio, recorriera la ya amplia cocina, y llenara toda la casa. En el hogar había mucho silencio. Entonces decidieron encargar un niño, no a París, sino a Guanajuato, que es algo así como la capital del amor a la mexicana. Le rogaron mucho al cristo negro de Esquipulitas para que este niño no corriera la misma suerte que Chemita y como ya había dinero le adelantaron un milagro de oro. Sus oraciones fueron escuchadas y es así como llegaron Ramón, después Julián, Ezequiel, Guadalupe, Juan, Guadalupe, Jesús, Rosa, y, por último, Teresa. Después de todo, no había sido en vano la sal derramada sobre el colchón en su noche de bodas.

No crea usted que después de ahí todo fue felicidad, no. Hubo momentos difíciles, como en aquella ocasión que a punto estuvieron de quedar en la miseria. ¿Se acuerda usted de aquella inundación que hubo tan grande? Fue allá por el año de 1975. Sí, esa vez que hasta vino el gobernador a traer ayuda para el pueblo. Que trajo despensas de alimentos y material para reconstruir las casas que el agua había derrumbado. Pues quién sabe que se haría con esa ayuda, pero qué bonita quedó la casa del presidente. Esa vez, lo recuerdo, la tarde estaba muy clarita, tranquila, apaciguada, con un cielo azul. Pero ya para la noche empezaron a encarrerarse las nubes, a enfurecerse, a morderse como perras rabiosas. Cuando la noche estaba madura aquello era un aguacero endiablado, como si se

hubieran soltado todos los pingos del infierno. Bufaba el viento entre los árboles levantando los débiles techos de teja, cartón y láminas. De nada sirvieron las mentadas de madre que les dijimos, antes, al contrario, parecían enojarse más. De nada sirvió tampoco que arrojáramos el machete en el patio ni que los niños intentaran con la hoz cortarles la cabeza a la culebra. Inútil fue la cruz de ceniza que pintaban en el suelo ni que sacaran las palmas bendecidas en Domingo de Ramos. La tromba se nos vino encima con toda su furia, apenas se escuchaban los gritos por todas partes por el estruendo del fenómeno, el lloradero de niños y mujeres asustados. Y no era para menos, aquello era un verdadero mar bramando por las calles, por los patios; tumbando bardas y tirando las casas de adobe. Fue en esa ocasión cuando murió Respicio, el dueño de la tienda, quien en su borrachera no midió el peligro de atravesar el vado de la calle y fue arrastrado por la corriente. Varias personas más murieron y a muchos tuvieron que irlos a buscar a la laguna de Yuriria, hasta allá se los llevó la maldita corriente.

Bueno, pues esa vez don Sebastián, porque ya era «don», lo perdió todo. Los telares se mojaron y pudrieron, al igual que los fondos y los rebozos que tenía almacenados. Ahí, en su casa, el agua alcanzó una altura de dos metros y sólo se salvaron porque se treparon en lo alto de los telares. Todo se echó a perder. Tuvo que empezar de nuevo, pero lo bueno era que ya tenía a sus hijos en edad de que le ayudaran en el trabajo. Pasaron esa dura etapa y lograron levantar nuevamente el taller. El progreso volvió a sonreírles, todos pusieron su esfuerzo para lograrlo; todos menos Julián. A él de plano no le gustó lo del rebozo y se fue de brasero para los Estados Unidos. Los demás muchachos crecieron y empezaron a noviar y fue cuando la

desgracia se les vino encima nuevamente. Sucedió para una fiesta de enero, cuando a La Congregación le cambiaron el nombre por el de Moroleón, un fulano de Las Mulas Prietas le disparó dos balazos a Ezequiel; así a boca de jarro, sin decirle ni siquiera agua va. Que por una muchacha a quien quería mucho y que Ezequiel se la andaba conquistando. Las heridas de los balazos fueron mortales por necesidad, en medio del pecho. Ezequiel nada más se fue doblando hasta quedar boca abajo. Fue por eso que el rancharo no pudo correr. Ahí mismo, en el lugar de los hechos, lo encontró la policía una hora después encucillado, vomitando una sustancia amarillenta. Se lo llevaron preso, arrastrando las puntas de los pies, pero nada le hicieron, lo soltaron semanas después con el alegato de que fue en defensa propia.

En la casa de Sebastián todo era tristeza, caras largas y ojos perdidos en la desolación. Por la ventana del féretro se podían contemplar los rasgos varoniles del muchacho. Cuatro cirios alumbraban el cuarto donde se velaba el cuerpo. Un plato con vinagre y pedazos de calabaza reposaban en el suelo debajo del féretro para recoger el olor a muerte. El día del entierro una banda de música acompañó el trayecto de la iglesia al panteón. Mucha era la gente que acompañaba el cortejo fúnebre. Fue hasta después de que rezaron la novena, ya cuando habían levantado la cruz de tierra y habían llevado los restos de los cirios al panteón, que la familia se dio cuenta de que al malhechor lo habían dejado libre. El coraje les encendió la sangre y sus ojos despidieron destellos de muerte. Su papá siempre se opuso a los deseos de venganza, siempre trató de convencerlos de que dejaran las cosas por la paz, de que eso se lo dejaran a Dios, pero sus palabras no pudieron penetrar en los corazones duros de sus hijos. Ramón, Juan

y Jesús se fueron a las Mulas Prietas en busca del asesino. No tuvieron que preguntar mucho por él; una persona del rancho, ignorando las intenciones de los muchachos, les indicó el lugar donde podían encontrarlo. Lo encontraron jugando baraja y tomando mezcal en compañía de otros hombres y sin avisarle, como él mató a Ezequiel, los hermanos le descargaron sus pistolas. El padre de Luis Sánchez era una persona influyente. Había estado al frente de la policía de La Mezquitera. Esa fue la razón por la que a su hijo no lo sentenciaron. También a él le achacaban la muerte de un muchacho que murió dentro de los separos. Algunos aseguraban que fue él quien lo mató a golpes por no sé qué líos de faldas.

Valdemar Sánchez reunió a seis hombres del rancho y cabalgó dejando en el camino una polvareda de odio y venganza. Ya sabía quiénes habían sido y también sabía la causa. Al rayar la tarde los hombres estaban frente a las puertas de la casa de Sebastián y simulando que iban a comprar rebozos entraron a la casa. Después de revisar varios rebozos, desenfundaron sus armas y dispararon contra toda la familia. Aquello fue una masacre, algo horrible. Todos murieron, menos Zenaida que había ido a la tienda a traer maíz para el nixtamal. Cuando ella llegó a su casa, encontró el regadero de sangre y de cadáveres por todas partes. Un grito horroroso se escuchó de los labios, que no volvieron a mencionar palabra alguna, su mirada se perdió en la nada y nubes de locura nublaron su mente. A ella no la mataron y no fue necesario. Solita se fue muriendo, cada día un poco, como si tuviera el mal del palo. No comía ni dormía y tal pareció que sólo estaba aguardando la llegada de Julián del norte, porque tan luego llegó, le murmuró unas palabras en el oído, fijó su mirada en el telar donde trabajó Sebastián y expiró.

Julián sepultó a toda su familia y no hizo nada por seguir con la venganza. Vendió los telares, la casa y los sueños. Pagó todos los gastos y ni una lágrima derramó durante los cortejos funerarios. Malbarató las pocas cosas que quedaban y nunca más se volvió a saber de él. Esta es la casa donde ellos vivieron. Mi abuelo se la compró barata a Julián, después de todo para qué son los parientes. Sí, mi abuelo Manuel Loza venía siendo primo hermano de Sebastián, el tejedor de los rebozos más finos que le dieron fama a Moroleón.

Edgar Magaña
(Moreleón, 1987)



Maestro en Artes por la Universidad de Guanajuato. Editor y cuentista. Ha publicado los cuentos «De la silla y su esencia», «Fue suficiente el deseo de un cigarro», «Opus a Lucía», «Sin dedicatoria», «Inmaculados» y «Réquiem por un cuento», en libros colectivos. Integrante del Fondo para las Letras Guanajuatenses 2016-2017 y de «Altaller» (taller universitario de creación literaria), 2013 y 2014, ambos en el rubro de escritura de cuento. Ha publicado artículos de análisis literario y artístico, así como reseñas y ensayos, en medios académicos e independientes.

Algo sobre la tragicomedia de Andrés

EDGAR MAGAÑA

Andrés abrió un cajón del escritorio, buscó entre las cosas, movió una caja de clips, plumas, folletos que le dieron en la calle, inservibles todos, paquetes de post-it, y encontró lo buscado, extrajo un exacto azul, largo y de punta afilada. Andrés lo vio, lo reconoció como el causante de la huida que iba a comenzar, lo imaginó dentro de su cuerpo y sintió el dolor aún sin provocarlo. Antes de proseguir le vino a la mente el comienzo del día.

—¡Lárgate, vete al carajo, ya estoy harta de esta situación! —le gritó Claudia al borde de las lágrimas.

Ese fue el buenodías para Andrés, cerca de la puerta de la casa, a punto de salir al trabajo.

—¡Pues yo también ya estoy hasta el carajo de ti! —remató Andrés con furia en cada palabra, abrió la puerta de entrada y la cerró con un fuerte azote en la cara de ella.

En el camión urbano, de pie y con la mano bien afianzada al tubo, Andrés recordó ese grito y los demás de Claudia, eso fue una premonición más que un simple recuerdo, una orden interna para poner fin a ese preciso escenario que lo aquejaba hasta hacía unas semanas en las que el destino le estaba cambiando el rumbo. Era eso, conjuntado con la función incisiva e impredecible de su mente, que le tenía sometido a unas repentinas ganas de desaparecer.

Andrés bajó del autobús enfrente de su trabajo, donde descendieron más personas, por lo que pudo evitarse el estúpido grito de «Bajan» que le molestaba sobremanera, una más de las cosas que le encrespaban del bus desde que fue víctima de un asalto una semana atrás donde le despojaron de su automóvil Golf 2005 con el

seguro vencido (por lo que no pudo cobrar nada), y desde que tuvo que comenzar a viajar en el transporte público que cada mañana iba atascado de gente. Cruzó la puerta principal de la empresa constructora, cuyo nombre, Incamex, sobresalía en letras rojas a las afueras de la misma y en cada una de las paredes en el interior.

Andrés ingresó al elevador, presionó el botón que lo llevaría al piso 8. En el transcurso hacia arriba, ensimismado, trató de evocar el momento justo en que su vida se comenzó a resquebrajar, en que iniciaron los problemas con Claudia, su esposa desde hacía 5 años, con la que tenía un hijo varón de año y medio, con la que ahora compartía una cotidianidad llena de malentendidos en cada una de sus conversaciones, habiendo ya mencionado la palabra divorcio entre sus disputas; recordó luego que esa tarde debía llevar a su hijo al pediatra, al día siguiente después del trabajo le prometió a Claudia llevar el refrigerador a reparación, y al día siguiente se comprometió a pintar la planta baja de su casa, todo en medio de las inconformidades de su mujer, lo imaginaba a la perfección, y todo lo cual no le despertaba la más mínima emoción, qué emoción puede haber en tales actividades, ya ni sexo marital había.

Él salió del elevador, sin una mueca gestual en su rostro, cabizbajo, entró a su oficina de paredes blancas, encendió la luz de barra, se instaló en su silla reclinable que rechinó al momento de cargar su peso y helo ahí, con el filo del exacto rozándole la muñeca izquierda, a punto de ingresarle a la piel y marcar el final de todo, la huida.

Apresuró el objetivo, divisó el frente de la muñeca, acercó la herramienta punzocortante a ella hasta que percibió lo frío del instrumento, comenzó a oprimir, pero en ese momento justo sonó el teléfono y le arrancó un

sobresalto. Andrés se debatió entre atender o no, o seguir con la huida; al final, dejó el exacto a un lado y atendió el aparato.

—Bueno.

—¿Con el señor Andrés Granados, por favor?

—Él habla.

—Buenos días señor Granados, habla Rocío Cárdenas de Banco Regional, para recordar que su deuda con nosotros de 25,580 pesos sigue creciendo a causa de los intereses que genera la morosidad, por lo que le invitamos...

Andrés colgó el teléfono lleno de furia, con los pulmones expresándose por medio de una marcada respiración agitada. Andrés asió el exacto, lo llevó a la muñeca izquierda de nuevo pero el pavor del dolor y el panorama de la sangre lo hicieron desistir, debía llevarlo a cabo mediante un método menos doloroso y más rápido. Identificó un frasco pequeño en el librero de enfrente, se acercó y lo tomó en una mano, eran las pastillas que había utilizado para aliviarse un insomnio en días anteriores, pero él maquinó de inmediato la posibilidad de la sobredosis. Abrió con sigilo el frasco y lo vació en la palma de la mano, nueve píldoras que esperaba colapsaran sus órganos, dirigió la mano a su boca, sin embargo, una sombra que pasó por sus pies le arrancó un movimiento brusco que le hizo tirar las pastillas al suelo, Andrés reconoció un ratón de mediano tamaño en su oficina, lo siguió con la vista hasta que se esfumó por debajo de la puerta cerrada. «¡Pendejo ratón!», dijo entre dientes.

Andrés exhaló molesto, observó las píldoras en el suelo sin que hubieran destruido sus intestinos, imaginó la agonía y la espera que iba a soportar con las pastillas, así

que aquella opción también la descartó. Por lo que un nuevo escape se fabricó enfrente de él, la ventana de su oficina que se abría por dentro. Andrés lo comprendió, se aproximó hacia ella, la abrió de manera corrediza, un golpe de viento veraniego le dio en el rostro, miró al precipicio, personas entrando a la empresa, los automóviles circulaban a gran velocidad por la avenida, excelente posibilidad, la caída desde el octavo piso no daba opciones de salir vivo, menos si era rematado por los coches. El corazón multiplicó sus latidos, la adrenalina al tope. Con mucha cautela, abandonándose al destino, colocó el pie derecho en el alféizar de la ventana, se preparó para tomar el impulso correcto y la postura con la que su cuerpo cupiera por la ventana, al abismo, la hora estaba marcada, el impulso comenzó.

—¡Andrés! —golpearon la puerta de la oficina con violencia— ¡Andrés! —los azotes fueron insistentes— ¡Andrés! ¡Andrés! ¡Andrés!

—¿Qué?!, ¿qué?!, ¿qué?! —respondió él, aún con el pie en el alféizar, negó para sí con la cabeza sin creer que le hubieran interrumpido de esa forma.

—¡Ayúdanos a descargar el material que llegó, abajo está la camioneta! ¡Apúrate!

Aún en la ventana, por las alturas Andrés confirmó la llegada de la camioneta marcada con el logotipo de Incamex, que en su parte trasera cargaba algunas cajas.

—¡Ahhhh, pero por favor! —exclamó Andrés de impotencia y coraje por no poder cumplir el objetivo.

Quitó el pie de la ventana y se encaminó al exterior de la oficina.

En la calle, Andrés se acercó a la camioneta, por su costado pasaron un par de compañeros con cajas de cartón. Él llegó a la camioneta y sin más ceremonia se cargó en manos una caja, pesada por su contenido de materiales para la construcción, por lo que los bíceps de Andrés se contrajeron y su rostro también, se dirigió a la entrada de la empresa, pero un hombre que salía, presa del horror, lo detuvo a él y a los otros que intentaron entrar con las cajas.

—¡Que no entren, que no entren al edificio! ¡Que hay alguien con una pistola, no saben quién es! ¡Está en el octavo piso!

«¿Octavo piso?», pensó Andrés, que descansó en el suelo la caja. Otras personas corrían afuera del edificio, una mujer abrazada por otra era víctima de shock. Andrés también se alejó de la entrada, hasta que alcanzó un punto en que pudo notar con la cabeza alzada la ventana de su oficina.

—¡Tiene a Marcela de rehén! ¡Ya viene la policía! —alguien gritó «¿Rehén?», se preguntó Andrés, quien con la vista en su oficina pudo notar la espalda ancha de un hombre, y enseguida un disparo cimbró el edificio. Algunos gritos de terror se originaron a raíz de la detonación. «¡Ahhh, no es posible, ese muerto pude ser yo, carajo!», caviló Andrés, molesto, iracundo, al tiempo que pateó una de las llantas de la camioneta que tenía a un lado.

No cabía en cólera, sus planes de esfumarse fracasaron, y mientras el caos al interior y exterior del

complejo empresarial aumentaba, él no se movió de su sitio, pensaba en la posibilidad siguiente de arrancarse la vida cuando fue interrumpido por detrás.

—¿Andrés?

Él se volvió para atender el llamado de una voz femenina. Se encontró con Claudia enfrente, que en brazos cargaba al hijo de ambos.

—Andrés, me voy de la casa, me voy de tu vida, ya no podemos seguir así, me llevo al niño, de la deuda que tenemos en el banco mi papá me va a ayudar con la mitad y tú pones el resto. Ah, y hablaron de la procuraduría, que encontraron tu carro para que vayas a reconocerlo. Después hablamos para los detalles del divorcio. Adiós.

Ella dio media vuelta y se alejó. Despedida fría, inmediata, pero altamente reconfortante en los ánimos de Andrés, quien no pudo ni dirigirle palabra. Vaya día estaba teniendo.

«¿Qué? —pensó él— Ah, chinga, chinga. ¿Así de fácil?, ¿así de rápido me viene con esto?», en referencia a las palabras de Claudia, quien vino a calmar un poco con ello sus ansias de desvanecerse; respiró profundo, lo asimiló, no más pediatra, no pintar la casa, media deuda, encontraron el coche, no más Claudia, nueva esperanza, y una media sonrisa se dibujó en su rostro, comprendió la entrada de un nuevo comienzo, podía solucionarse la vida de a poco, observó al cielo y completó la sonrisa.

—¡Aléjense, aléjense, por favor! —gritó la voz de un hombre, Andrés volvió la mirada y reconoció a un

compañero de trabajo cercano, el que dio tal instrucción. Había olvidado por segundos la situación de la empresa. Andrés captó el sonido de una sirena aproximándose, y a la obediencia de la orden de alejarse, tomó posición para hacerse a un lado, pero apenas dio un primer movimiento cuando escuchó más cerca la sirena, enfrente suyo, tan cerca que ni él ni la patrulla de policía que llegó a atender la emergencia en Incamex pudieron detenerse, un claxon sonó a grandes decibeles, otro auto no cedió el paso a la patrulla y para evitar el choque esta invadió la banqueta a gran velocidad. Andrés recibió la embestida de la patrulla de policía en el costado derecho, varias costillas se quebraron al instante, fue levantado por los aires y en la caída otros huesos más fueron destruidos. Con sangre emanando de su nariz, Andrés cayó consciente, y entre dientes, los ojos estrujados, se dijo: «Carajo, ya no me quería morir... cómo duele, ¡cómo duele!, ¡cómo duele!».

Alejandro «Moro» Villafuerte Zavala
(Moreleón, 1993)



Nació el 14 de agosto de 1993. Hijo del Arq. Alejandro Villafuerte Luna y la Sra. Delia Zavala Zavala. Es Licenciado en Diseño Gráfico por la Universidad Quetzaltcoalt de Moreleón, Guanajuato. Desde temprana edad ha cultivado el gusto por la lectura y escritura, siendo la narrativa su principal predilección.

La ciudad entre montañas

ALEJANDRO «MORO» VILLAFUERTE ZAVALA

Dicen que hay una ciudad, escondida entre los cerros, donde los hombres cavaron hasta las entrañas de la tierra, y en su codicia por la riqueza le sacaron de a poco el corazón a las montañas... dicen que en aquella ciudad, la gente camina bajo la tierra y las casas crecen unas sobre otras, donde las calles se pierden entre callejas y callejones, como si fueran un laberinto de espejismos coloridos... aquella insólita y rebuscada ciudad, dicen era frecuentada por viajeros, ermitaños, comerciantes, brujas, magos y alguno que otro ser onírico, extraído de los sueños más profundos de los hombres.

Dicen que cuando uno visita una ciudad tan absurda y mágica como esta, se forma un pacto con ella, y es que no tiene corazón, por eso se queda con un pedazo del de uno, así cada viajero, extranjero, ermitaño, comerciante, bruja, mago o criatura lírica tiene que dejar un pedazo de su corazón en ella... para nunca olvidarla... para siempre volver...

Al menos, eso es lo que cuentan las voces del viento al soplar por entre los escondrijos y los resquicios más estrechos de la ciudad, entre las callejas y las callejuelas, por debajo de la tierra despertando a las piedras, que aun en el letargo de su sueño milenario, le cuentan al viento las historias ocurridas que han guardado celosamente a lo largo de los años en los muros de la ciudad, que creció entre las montañas. A veces, historias de amor, a veces historias de dolor y en muchas otras ocasiones, historias de humanos tratando de sobrellevar su humanidad.

De todas las historias que las rocas le susurran al viento, es la del Juglar Errante sin duda alguna, la que más

disfrutaban al murmurar en los oídos de la parlanchina brisa, quien pregonaba en silencio los secretos que se le cuentan. El Juglar, dicen las piedras encabadas en la entrada de la ciudad, llegó una tarde de verano con sueños en los ojos y rosas en la boca, cargado de un aura de divina gracia al vislumbrar la surreal ciudad que frente a él se enmarañaba en un caleidoscópico vitral con vida.

Abrumado por la belleza de aquella polis y absorto en el enervante sentimiento de felicidad que le agobiaba, tomó su lira en ristre disponiéndose a tocar hermosas melodías cantando a unísono con las cuerdas exquisitos versos que colmaban de alegría el corazón y deleitaban hasta los más caprichosos tímpanos, así entonando sus bellos cantos (algunos de amor, algunos de dolor) se paseó por las calles, las callejas, los callejones y las callejuelas, por las esquinas, plazas, plazuelas, alamedas, escondrijos y madrigueras de la ciudad, llevando a todos los rincones la gloria de su canto onírico.

Enamorado de aquella ciudad que creció entre montañas, le fue imposible abandonar tan insólito, absurdo y rebuscado paisaje lleno de vida, siendo pues su decisión quedarse a vivir en la belleza de tal magnífica urbe, que brindaba dulces caricias en la mirada absorta de los incautos que por casualidad o por destino se topaban con ella. El juglar, quien después de conocer cada recoveco del laberinto de calles, cayó enamorado de los ojos de una mujer calé, a quien rodeó de encantos y cumplidos, cubrió de obsequios y presentes, la deleitó con las poesías más bellas que jamás nadie hubiese recitado, pero la mujer calé estaba entregada a la vida errante de las caravanas se marchó una noche de luna llena dejando al juglar en mal de amor, llevándose consigo la voz de su garganta y la música de su lira.

Ahogado en tristeza, el juglar abandonó las calles dedicándose al penar del corazón que le carcomía el alma y le roía el cuerpo, en una ocasión salió de su lecho de amargura a caminar por entre las calles empapadas en lluvia observando a su paso ríos y ríos de agua que borboteaban desde las cañerías, que caían desde los callejones, que anegaba los túneles y anegaba las callejuelas, agua que parecía brotar de las casas y no cesar como si fuera un llanto incontrolable causado por la más honda de las penas, cuando de pronto entre toda la cacofonía acuífera surgió un leve gemido, un sollozo constante que hacía doler el alma como si fuese uno el que llora. Intrigado por aquella particular situación, el juglar siguió el sonido del débil sollozo, bajando por entre las callejas, adentrándose bajo los túneles y llegando más y más hondo en las entrañas de las montañas, que huecas hace milenios reverberaba el sonido de aquel fantasmal sollozo.

Luego de seguir aquel desgarrador llanto, el juglar llegó al risco de un profundo e inmenso hoyo en la tierra (probablemente un tiro de mina abandonado) de donde parecía provenir aquel gemido de dolor.

—Escuchadme, ¡oh!, alma dolida, si es que eres un alma y no un desafortunado errante de las sombras, ¿es acaso tu llanto provocado por el dolor de tu caída o tu menester de auxilio? De ser así desconocido, ten por seguro que pregonaré por tu causa y traeré aquí ayuda lo más pronto posible, dijo el juglar a lo profundo de la tierra.

Los sollozos cesaron y por un momento pareció que nadie contestaría, cuando del fondo de las tinieblas respondió una voz trémula de fémica.

—Gracias amable hombre que aparece en mi auxilio, lamento haberle acongojado con mi llanto obligándolo bajar al hades en mi ayuda, pero no es una herida ni una lastimadura lo que me entristece, ¡oh, amable hombre de la fascia!, no es sino mi penar eterno el que me llena de aflicción, es el inmenso vacío que existe en mi interior pues hace mucho tiempo fueron los congéneres de vuestra estirpe quienes me han sacado de a poco el corazón en busca de la saciedad de su avaricia, pero no ha sido más que una mutilación lo que me han hecho y ahora que no queda nada dentro de mí es el infinito vacío el que me acongoja cada verano se escuchó la voz hablar desde el fondo del inmenso acantilado.

—Entonces, ¿quiere decir que usted es la montaña misma donde crece la ciudad? —, preguntó inquieto al juglar.

—Me temo, mi querido señor, que así es, soy yo la montaña de donde crecen las casas de esta urbe, es mi cuerpo terreno el que da cobijo a estos hombres, viajeros, ermitaños, comerciantes, brujas, magos y entes líricos que acuden a mi seno para saciar la avaricia, pero mi pena querido señor no es otra que la soledad y el vacío dijo la ciudad misma, que hablaba desde lo profundo de su recóndito ser.

—Pero debe decirme, ¡oh, mi amada montaña!, ¿qué es la soledad sino la ausencia del ser amado? ¿Qué es el mismo mal del que llevo varios días agonizando? Es para mí un tormento vivir en el abandono de media parte de mi ser, que se marcha con la mujer que amo, dígame, pues, mi adorada montaña. ¿Quién es el culpable de vuestro acongojado corazón? Que yo, vuestro amigo el juglar

cantaré mis más finas coplas para sanar el corazón herido
dijo el juglar con lira en ristre.

—¡La alegría sea conmigo! Bendita sea la vereda que te ha
conducido aquí, bienaventurado juglar, que es
precisamente la falta de un corazón terreno lo que me es
menester para calmar el dolor de la soledad, y cuando
habéis llegado a las puertas de la ciudad con firme lira a
recitar vuestros magníficos cantares, has enervado mi ser al
más puro éxtasis del amor, sopesando con vuestra voz el
vacío de mi falto corazón, oh, amado juglar, yo que he
vivido tantos siglos, que he visto ir y venir juglares,
cantores y poetas, que he escuchado los más cálidos
sonetos, las más armónicas melodías y las más dulces
poesías, nunca había escuchado tan dulce sonar como el de
vuestra lira ni tan augusta voz como la vuestra, ha sido
tanto mi amor por las composiciones de mi interlocutor,
que cuando dejé de escuchar el dulce eco de vuestra balada,
me vi sumida en el más triste llanto acongojada en el vacío
de mi falto corazón, siendo carcomida por la agonía de tu
ausencia — dijo en un sollozo pasmado la montaña.

—Bendito el destino que me ha traído hasta ti, mi amada
cumbre de las maravillas, pues eres el lugar insólito de mis
sueños, he de confesar que, hasta ahora, dulce montaña,
había sido vuestra ciudad surreal lo que me había
enamorado, pero es vuestro faltante corazón lo que he
buscado, qué ciego he sido al dar mi corazón a un mujer
errante, cuando puedo entregar mi amor a una mujer
inamovible que con dulce caricia me recibe en su seno para
vivir en armonía con mi canto, sea pues para beneplácito
tuyo, mi amada ciudad, que cantaré y cantaré a viva voz las
coplas que de lo profundo de mis entretelas surjan, con la

misma pasión y cariño que me has dado mi amada ciudad de las montañas dijo el juglar tomando en pie la lira, arrancando del viento las más dulces palabras, entretejiendo su voz a las más bellas melodías.

El juglar se paseó por las calles, callejas, callejones y callejuelas, por las plazas, las plazuelas y las alamedas entonando odas al amor, al dolor, a los cielos y las montañas, caminó de arriba abajo por aquella insólita ciudad, se rodeó de los más fieles amigos, conoció a los más celebres magos, brujas, hechiceros, príncipes, princesas, reyes y sultanes, emperadores y saqueadores, a los humildes, a los campesinos, a los señores y a los niños, el juglar cantó para todos, celebró con todos y los amó a todos, pero siempre guardó un pedazo de su corazón para su único amor verdadero, aquella montaña que albergaba esa asombrosa ciudad, aquel insólito paraje de magia que le había devuelto el amor por su canción y le había dado la vida en ello.

Pasaron los años y el juglar cantó sin derrota, cantó y cantó hasta que las aves aprendieron sus cantares y en su silbido se escuchaban recitar los más tiernos amores, cantó hasta que el viento supo su nombre y las luces nocturnas le hacían tertulia de gala para hablar en sus silencios, así cuando el juglar partió en su último suspiro de vida, fue el primero de todos los hombres en conceder un pedazo de su corazón a aquella ciudad que crecía entre la montañas, así lo susurra hasta el día de hoy el viento, la ciudad aún llora cada verano al recordar a su juglar y cada vez que la ciudad respira sopla en el aire su cantar, para recordarnos que debemos devolver a la ciudad un pedacito de nuestro corazón, para nunca olvidarla... para siempre volver...

Gilberto García
(Uriangato, 1998)



Nació en Uriangato, Guanajuato, el 23 de enero de 1998. A la edad de trece años se mudó a la ciudad vecina: Moroleón. Ha participado en congresos universitarios de literatura en el ámbito de creación: en el Coloquio Nacional Efraín Huerta de Lengua y Literatura de la Universidad de Guanajuato; el congreso de Difusión de Estudios de Lengua, Literatura y Edición de la Universidad Autónoma del Estado de Morelos (UAEM) y en el Congreso Nacional de Estudiantes de Lingüística y Literatura. Ha sido seleccionado en dos ocasiones por el programa Fondo para las letras guanajuatenses. Ha publicado cuentos en revistas universitarias como *Metáforas al aire* de la UAEM, en publicaciones independientes como la revista *Pez ciego* y *Nosotras las wikas*, y plataformas electrónicas como *Linotipia*.

Madre

GILBERTO GARCÍA

¿Y por qué a nosotros no nos traen juguetes nuevos, mami? ¿Por qué no nos compras un morral? A Chachita no le gusta cargar la bolsa del mandado a la escuela, dice que huele a papas y jitomates podridos. Mamá, la nueva maestra dijo que lleváramos lo más valioso que tuviéramos, ¿qué le llevamos? Madre, Chachita dice que no se siente bien, ¿podemos faltar a la escuela? Yo también me siento malo.

Que me perdone diosito. Fueron las primeras palabras en salir de su boca un día después del entierro. Chachita tuvo fiebre desde hace más de dos días, aunque moderada, su madre la mantuvo en casa con trapos mojados en la frente y uno que otro té de aquellos que recomendaba la abuela para curar todos los males, pero si por algo siguió viva la gran señora no fue por esas famosas infusiones. La pequeña niña había cumplido los diez años de edad tres meses antes de su muerte, iba a la escuela del pueblo junto con su hermano pequeño, tres años menor. Asistían al mismo salón, pues la falta de profesores en el poblado los obligaba a tomar clase en una sola aula, con el mismo maestro y con todos los alumnos existentes. Cuarenta y tres. Y aquel martes, cuando la madre de Chachita pegó un grito al cielo suplicando clemencia, el alumnado se vio reducido a cuarenta y dos.

Madre, ¿y el agua? ¿Por qué no hay agua, madre? ¿Volverá algún día papá de la ciudad? Nando dijo que tú le habías dicho que primero llegaría Jesús que papá. Madre, ¿es cierto? Dijiste que volvería con comida, con agua, con juguetes y cobijas. Madre, hace frío.

Padre nuestro que estás en el cielo... Prosiguió la mujer, hincada en el suelo, mirando hacia techo de lámina, sentía la tierra en sus rodillas, se había subido el faldón para que no se ensuciara o peor, se rasgara, bien sabía que era de las pocas buenas ropas que tenía y de las pocas que aún le quedaban. Entró Nando a la habitación, miraba a su madre a su altura, lágrimas caían por sus mejillas; el niño comenzó a llorar. La madre interrumpió los rezos y lo miró fijamente. Siete años y el niño había crecido bastante, llevaba puesto una camiseta blanca y unos calzones amarillentos por falta de lavado, su cara estaba sucia y roja, llena de puntos rojizos y ronchas. Se rascaba la mejilla y después el ojo izquierdo, se rascaba el estómago y después el ojo derecho. Era un llanto sin lágrimas, gritos de impotencia más que de dolor emocional.

—Mami, no llores.

¿Por qué tenemos que comer pan con agua, madre? Juanita come frijoles y queso, dice que su vaca es buena dando leche y que con eso lo hacen. Madre, ¿por qué el pan es verde como el pasto? ¿Por qué tiene que estar tan duro? Madre, ¿por qué no comes con nosotros? Chachita, dice que papá volverá pronto, que bajará del cerro con fruta fresca y ropa nueva, dice que te traerá un ramo de flores e iremos a con él a la ciudad. Madre, ¿por qué lloran tus manos?

...santificado sea tu nombre, venga a nosotros tu reino. Ignorando al niño continuó con la oración, pidiendo, rogando, clamando ayuda. Un descanso. El niño regresó por donde vino. La mujer volvió la mirada a donde inició. Hágase tu voluntad así en la Tierra como en el Cielo. ¿Cuál voluntad? Interrumpió. Nos trajiste aquí a sufrir con las moscas. Más lágrimas bajaban por sus mejillas, caían en el suelo como pequeñas huellas de dolor.

Dolor por sus deseos y vergüenza de sus actos. ¿En qué corazón podía haber tanto amor y odio a la vez? Al menos era lo que la mujer pensaba. Amor por desear lo indecible y odio por dejar que pase. Perdona nuestras ofensas, como nosotros perdonamos a los que nos ofenden... pero nos has ofendido sin perdón, nos ofendes con nuestra existencia, nos ofendes cuando nos dejas en la nada. Volvió a interrumpir. Decidió no volver a hacerlo, temiendo que después no cumpliera con lo que rogaba. Igual que el Padre, igual que tú, José. Crujían sus dientes, llenos de coraje, al recordar el perdón que le ofreció hace ya tiempo al hombre que le dio hijos. No nos hagamos caer en la tentación y libranos...

¿Madre? ¿Qué es la fiebre? ¿Por qué la tierra si es tan buena nos traga en sus hoyos? ¿Nos dejará volver? Madre, ¿Chachita volverá?

La mujer se levantó de golpe, escuchó un ruido seco en la otra habitación. Por fin Dios la había escuchado. La libraría de todo mal, pero no era egoísta, primero pensó en sus criaturas, eran los primeros que se verían sin ningún peligro en esta tierra llena de moscas. Olvidados por los dos padres. Miró a su hijo, absuelto del martirio del pan duro y podrido remojado con agua y mosquitos, en el suelo, húmedo del sudor. Al menos concedía el olvido un nuevo camino, era lo único que podía ofrecer después de tanto dolor. *Y libramos de todo mal...*

Bien enterrao

GILBERTO GARCÍA

Compré un arbolito en el puesto de Doña Chucha. Hacía años que no la veía. Me dijeron que se había rejuntao a todos sus hijos e hijas y directo al Norte se había pelao.

Lo que es no estar enamoraao de su tierra. ¿Cómo no quererla? Oler la tierra mojadita, sentir el lodo entre las uñas, arrullar a los animalitos, platicarles pa' que no se aburran. Peinar las hojas de los maíces y comerse los garbanzos recién cosechaos, una lavadita y listo. No hay nada como disfrutar y querer lo que uno siembra y cosecha. Lo digo yo que he vivido aquí de más, ya'sta se me perdió la cuenta de los años. Gracias a Dios, Nuestro Señor, no me he puesto verde o me ha salido cola. Que a bien le pido que me siga manteniendo coleando, porque quién sino yo pa' cuidarle sus criaciones.

Lo planté afuera de la casita que nos heredaron mis tatas y ansina ha venido pasando, a mis abuelos, de mis abuelos a mis papas y ora que hace unos añitos se me jueron, pos me dejaron el chante pa' cuidarlo yo y mire nomás cómo lo he tratado, con todas sus ventanas limpiecitas, nomás que no me gusta quitar las enredaderas estas, mi corazón no me deja. Tan chulas creciendo pa'rriba, parece que quieren alcanzar algo. Sabrá Dios qué. Hasta chistoso parece, imagino que es la misma tierra con sus raíces, todos los arbolitos y arbustos, las flores y las yerbas, son raíces de la tierra que ya no tiene lugar ni comida allá pa'bajo, ora quieren de arriba pa' ver si les gusta algo.

Como eran tiempos de frío le puse su bolsita pa' que no agarrara catarro, sólo una semana me duró. Me desperté tempranito, como siempre, con decir que le gané al gallo, con mis ojos apuntando al mero árbol y no estaba. La tierra

salida y unas cuantas hojitas, como sangre. No oí los llantos y espero que Dios no me perdone por eso. ¡Tan chulo...!

Le compré otro a Doña Chucha, me dijo que pa' qué quería tanto árbol si tenía una pinche selva y yo le respondí que era pa' echar raíces que uno en estos tiempos tiene que estar bien parao.

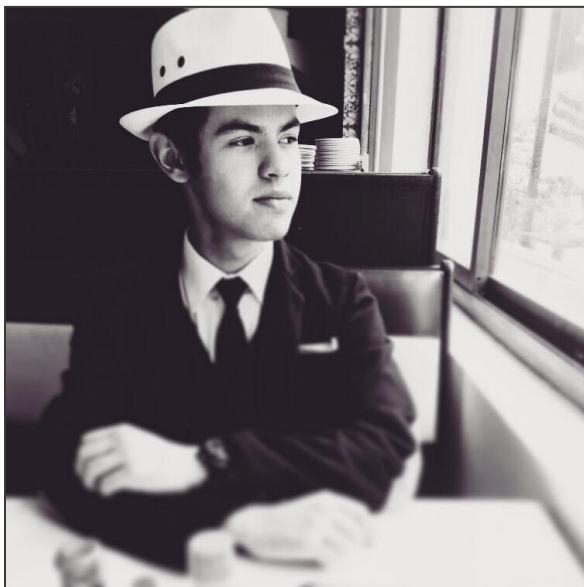
Lo mismo. Una semana. Pensé que era el joyo donde lo plantaba, ansina que jui con Doña Chucha y otro del mismo tipo le compré pero ora en otro lado lo puse. Atrás de la casa, donde me sentaba a mirar los campos llenos de maiz, ora tendría pa' mirar otra chulada, hasta pa' contarle historias me servía. Esa noche me jui acompañarlo, reteplaticador salió. Más coraje me dio que el sueño me ganó y en mi jeta se lo llevaron.

Ni hojas dejaron, sólo el joyo donde puse más que el árbol ora. Cuando empecé a barrer esa tarde, un papel tirao, cerca del joyo me encontré, yo no sé de ler, pero los dibujos hay enjarraos eran de la casota esa del alcalde. Retearto coraje me dio.

Jui de nuevo con Doña Chucha y dos árboles me traje. Uno en cada lao de la casa, bien puestos, macizos como el tractor, como la silla que puse en el fondo del terreno, un café desos que no te dejan pelar los ojos y con luceros en cada árbol pa' ver quién se los llevaba. Plena madrugada y chico frío pegaba, cuando de repente un chiflón y que los luceros se caen, corrí al de la izquierda y nomás nada. Sin árbol. Mesmo caso el de la derecha y en el fondo del 'gujero el mismo méndigo papel.

Ora ver si pueden con esta. ¡Bien enterraos, ora le pido a Dios que me eche raices y me ponga verde, que del 'gujero no salgo hasta ver quien se lleva mis retechulos arbolitos!

**Martín Alexis Olmedo Guzmán «Sandro Guzmán»
(Moreleón, 1998)**



Alexis Olmedo (también conocido bajo seudónimo como Sandro Guzmán) nació el 10 de febrero de 1998, en Moreleón, Gto. Estudiante de Ingeniería Ambiental en el Instituto Tecnológico Superior del Sur de Guanajuato (ITSUR), donde participó en la 3er semana de su facultad como expositor de la conferencia “Filosofía para ingenieros”. Asimismo, obtuvo el primer lugar dentro de la séptima edición de Experiencias Literarias ITSUR (un programa institucional cultural) en los respectivos concursos de Relatos Cortos e Improvisación. Actualmente, continúa disciplinándose como escritor en ciernes.

Galería de espejos: cuadro de un corazón roto

SANDRO GUZMÁN

En el cálido suelo del bosque, ambos permanecían sentados. A ninguno de los dos parecía importarles el cantar de las aves. Él advirtió melancolía en el alma de Soledad, y ella observó el dolor en los ojos de Réquiem.

Réquiem rompió el silencio, y habló así a su amada:

— ¿Qué eres? ¿Doncella o arpía? ¿Dulce fantasía o cruda realidad? ¿Ángel envuelto en Coro Celestial o súcubo custodiado por las huestes infernales? ¿Cordura o locura ardiente? — se levantó, recitando su amor al cielo —. No me interesa lo que seas en descripción efímera, sino en integridad del ser. El fulgor de tu alma me cautiva, la ignominia de tus movimientos me hace caer en profundo embeleso, el ciclón de tus pensamientos me mueve, y tus deseos me purifican del dolor.

Soledad sonrió, como una damisela tímida que disfruta su juventud irracional y fantasiosa, pero calló sus pensamientos. Prefirió dejar que el caballero romántico liberara su corazón. Él continuó, con aún más vehemencia.

— ¿Cómo no voy a estar enamorado de ti? Reflejas la perfección física de una Venus y los deseos perversos de una Hécate. ¡Atraes al hombre, y lo hechizas! Me enamoras, musa malévola. ¡Juegas con tu objeto de amor!

Un silencio incómodo asaltó el momento, transformándolo en un instante desagradable.

— Continúa —, murmuró Soledad.

— ¡Por ti mi mirada imita al basilisco y mis fuerzas igualan al más fiero guerrero! Tal vez, en algún momento, los

demonios fueron ángeles. Pero, ¿acaso tengo derecho a manifestar lo obvio en mi profundo fervor hacia ti? ¿Acaso yo te ordeno que seas inefable? ¿No es el amor humano efímero e insano? El nuestro, ¿es así?

Soledad sonrió sardónicamente, como una persona que se ha divertido lo suficiente y desdeña su entretenimiento.

— Hablas usando dicotomías que se limitan al mundo material... ¡y nuestro amor es más que eso! ¡¿Por qué, mejor aún, no admites que tus sentimientos hacia mí son una fantasía, una ilusión, capricho de tu vanidad, reflejo de tus deseos?! — Soledad calló y, al comprender el engaño de su corazón, comenzó a llorar —. Lo siento —, dijo entre lágrimas de resignación —, pero mi orgullo me impide ceder. Yo sólo quiero ser feliz.

Al instante, la doncella se desvaneció en el aire. La imagen de una imaginación poderosa fue borrada en un suspiro. Réquiem lloró, lamentándose por una mujer ideal... sustancia etérea que nunca se convertiría en carne.

— En la vida real, una princesa no tiene la libertad de perseguir su corazón —, lamentó para sus adentros el miserable solitario.

Alma Diana Balcázar Bernal
(Moreleón, 1984)



Abogada litigante, poeta, escritora, cuentacuentos, fotógrafa, conferencista, locutora, coach certificada, promotora cultural. Madrina del colectivo Acción Poética. Docente y facilitadora. Por medio del arte se ha sensibilizado y profundizado en el tema del autoconocimiento y del crecimiento personal. Su obra ha sido publicada en antologías locales y estatales, revistas, redes sociales y en diversas páginas de internet.

Cuentos cortos para cabezas largas

ALMA DIANA BALCÁZAR BERNAL

Especialmente para ti, tú eres yo y yo soy tú

I. Luz

Érase una vez un hombre que desprendía mucha luz, pero tanta luz lo dejó ciego. Aun así, era un ser muy afortunado dado que atraía mucho su personalidad, era un ente codiciado por su sensibilidad e inteligencia, por su vida pasaron todo tipo de personas, incluso las mejores quedaban prendidas de su místico magnetismo. Pero desgraciadamente no pudo controlar tanta luz, se sumergió cada vez más a la sombra, empezó como el rey midas –pero, al contrario- les robaba la luz a las personas que tocaba, mientras más las tocaba más las secaba, incluso a las que tenían más resplandor. Fue así como cada vez se fue sumergiendo en su soledad, mientras pasaba el tiempo y aquel hombre seguía disfrutando de paisajes hermosos que pasaban frente a sus ojos, pero en su mirada había una tristeza muy profunda. Un buen día se encontró a una mujer que era exactamente igual que él, eso lo asustó mucho, a tal grado que prefería evitarla porque tenía la sensación de que podía caer dentro de aquellos ojos. Pero el destino que es más sabio los hizo coincidir. Él se sintió muy atraído por esa mujer de mirada tierna y maligna al mismo tiempo. Intensamente desprendieron aromas dignos de libertad, se inundaron de sí mismos. Aquel hombre en toda su vida no creía que sentiría lo que esa mujer le brindaba. No sé cómo lograba despertar vivo al día siguiente, esa mujer sí que sabía extraerle la vida en un instante. La aurora les trajo las certezas para espantar sus

soledades. Este llegó a sentir tanta atracción que consideró peligrosa esa relación y como todo buen hombre con miedo a la mujer sin miedo, decidió dejarla. Se fue con una mujer normal, que no le daba miedo y que incluso se sentía en su zona de confort. Todos los días se mentía, se engañaba a sí mismo diciendo que era feliz y que estaba bien. Ese hombre no podía dejar de pensar en aquella mujer mística y sensible como él. Todas las palabras le olían a esa mujer que lo cautivó. El cuerpo ocupa un espacio físico dado, pero la mente de estos dos iba más allá de ese espacio. No se hablaban, pero cuando se encontraban se miraban. Las palabras los alejaban, pero el mundo los unía. Los soles y las lunas pasaban mientras ambos se pensaban, se deseaban, se sabían, estaban pendientes uno del otro a pesar de las circunstancias. Después de tiempo él sintió la necesidad de recuperar a dicha mujer porque no lograba sacársela de su mente, parecía una obsesión, incluso llegó a pensar que era una maldición desear tanto a una mujer y pensaba seriamente en quitarse ese embrujo de ella. La espera fue muy larga. Tanto, tanto esperó que cuando se decidió a luchar por el amor de esa mujer, ella ya se había ido para siempre.

II. Sentimientos.

Elisa es una mujer con una hermosura que cautiva a todo aquel que la ve, pero lamentablemente tiene ciertos “detallitos” que cuesta trabajo aceptar, comenzaré por hablar de su personalidad hipocondriaca; sí, leyeron bien, es la típica persona que toma pastillas para todo – y todo es todo- no hay día que no hable de que está enferma de algo o que le se va a enfermar, parece abuelita o mamá

chantajista (sin ofender a nadie pero es que en mi caso particular las personas más hipocondriacas que he conocido en mi vida son precisamente ellas); prosigo con la lista de detalles: como es hermosa pues lógicamente es narcisista por lo tanto se cree la mujer perfecta – hasta cierto punto es comprensible en las personas de su tipo- no abundaré en esta característica porque sé bien que alguna vez hemos conocido o topado en algún momento de nuestras vidas con alguien por el estilo, por lo anterior se le metió en la idea en la cabeza de que ¡todos! absolutamente todos los hombres, quieren con ella –incluso ha llegado a pensar eso de algunas mujeres al primer gesto- a veces hasta cuesta trabajo entablar un diálogo sincero con ella, porque se presta a malas interpretaciones, lo antepuesto aunado a su paranoia de que todo el mundo la sigue o acosa, y como cereza en el pastel de la personalidad de Elisa, suele pasársela hablando de ella todo el tiempo; sí, leíste bien –todo el tiempo, no da oportunidad ni de respirar, bueno eso parece- de ese tipo de mujer acaparadora que no te deja ni decir esta boca es mía, así que suele ser su costumbre que todas sus conversaciones terminan en un monólogo, aunque para ser sincera cada vez que pasa eso suelo bloquear mi mente y voy imaginariamente a lugares en los que nunca he estado, la verdad es que a veces suele ser medio mitómana- eso me desespera un poco porque al final no logro saber qué parte de toda la conversación fue cierta y qué fue invento- para finalizar con broche de oro es la típica mujer mártir; sí, de esas que se compadecen todo el tiempo de ellas mismas y que piensan que su vida es más difícil que la de los demás, pero a pesar de que Elisa no encaja en ninguna teoría, porque ella es todo un caso, la aprecio mucho. Pues un día cualquiera ella sin querer se enamoró de un hombre

profundamente, pero él tenía un profundo secreto, que era casado, con familia y que además no correspondía con la misma intensidad a sus sentimientos. Pasaron los días y en un instante casi sin querer, resultó embarazada de aquel hombre que, sin más al darse cuenta de ello, se alejó sin decir adiós, dejándole a ella la terrible carga y decisión sobre aquella criatura. En una fatídica noche de enero ella sintió un gran dolor, el momento más doloroso en su vida decidió abortar, pensando que sería lo mejor para todos, con el corazón roto, triste y desolada pensó que también por amor se mata. De él no volvió a saber nada. Sólo cuentan por ahí que la tristeza de ella fue tan grande, que un día sin más se fue al río más cercano, caminó descalza en él hasta introducirse completamente y quedar totalmente inundada en el agua, cuentan que se fue caminando hasta desaparecer y así fue como pudo ahogar sus sentimientos.

III. Pensamiento.

Beatriz, una mujer con gustos sencillos, pero con una mente compleja, estaba casada desde hace tiempo con José, un hombre con gustos “diferentes”, como pensaba ella, ya que le gustaba tanto la magia blanca como la negra y por lo general le pedía a ella que llevaran a cabo rituales sexuales extraños, como era el uso de velas y círculos. Pero a todo esto ella nunca accedía. Así se fue dando un alejamiento con su esposa pero al mismo tiempo un acercamiento con su cuñada Sandra, dado que a ella le gustaba mucho todas esas cosas, el matrimonio no tenía hijos por eso Beatriz pasaba horas en su habitación leyendo, ahí se sentía segura, los días transcurrían y su esposo estaba

planeando cómo matar a su mujer para quedarse con su hermana, y para que la familia aceptara un poco mejor esa unión, ya había intentado un par de veces envenenarla pero no le dio resultado, Beatriz era demasiado lista. Ella en su habitación tenía una jaula con un cuervo con el que conversaba gran parte de su día, era su compañía, hablaba en voz alta con él, le platicaba sus pensamientos, sus decisiones, su vida, ella creía que él le daba las respuestas idóneas a sus ideas, con todo y la complicidad que tenía Beatriz con su cuervo se respiraba un aire de intranquilidad. José y Sandra comenzaban a desesperarse al grado de hacer brujería a Beatriz para que muriera, pero nada daba resultado, así que no les quedó más remedio que asesinarla con ellos mismos con su propia mano, el primer intento fue de José con un cuchillo, pero Beatriz corrió y alcanzó a meterse a su habitación y cerrar con seguro la puerta, duró tiempo sin salir más que a las necesidades básicas como el ir al baño, a la cocina y de regreso a su habitación, así fueron pasando los días, Beatriz se fue tranquilizando y el día menos pensado decidió salir por unos pendientes que tenía en mente realizar desde hace días, claro que aprovechó para caminar y tomar un poco de aire, pero Sandra estaba muy atenta a los movimientos de su hermana, al darse cuenta que Beatriz salió, ella le comentó a José que estuviera pendiente para que en el regreso de su esposa la pudieran atropellar antes de que entrara a su habitación que se había convertido en su cuartel.

Así pasaron varias horas en los que ellos estuvieron por fuera de casa para poder verla llegar, hasta que por fin su espera había terminado, estaba caminando Beatriz acercándose a media cuadra, justo en ese momento Sandra tomó el auto blanco de José, que iba de copiloto, esperaron

a que Beatriz pasara por ahí para atropellarla, pero al reconocer el auto, a su hermana y su esposo, regresó corriendo por el jardín y subió las escaleras que llegaban a su cuarto, ellos pensaron que fácilmente podrían matarla dado que su habitación era de cristal de piso a techo y sólo la puerta era de madera, así que no tendrían problema porque por más que se escondiera en su habitación podrían arrollarla con el auto, así que Sandra pisó el acelerador, atravesó el jardín, trató de subir por las escaleras pero al hacerlo no le calculó bien y se volteó el auto, Beatriz estuvo observando todo a través del cristal mientras cerraba la puerta, miró fijamente la imagen del accidente hasta el momento que su hermana y su esposo murieron en el intento de asesinarla. Esa escena se quedó grabada en su mente al grado de sentir alivio al haberla contemplado, ella siguió leyendo mientras llegaba la policía e indagaba la escena del crimen, ella no quiso testificar y sólo comentó que todo había ocurrido mientras dormía y que no se había percatado de lo sucedido. Una vez que se fue la policía ella bajó al jardín y justo donde habían muerto, pintó con la tierra y las plantas que estaban cerca un dibujo de una mariposa mientras cantaba algo que nadie podía entender. Luego se quedó observando el lugar, reflexionó un poco, pensó que era mejor morir que vivir atado a un pensamiento perturbador como el hecho de provocar la muerte, así que decidió cerrar los ojos, respirar profundo, subir a su cuarto a seguir leyendo. Mientras subía seguía cantando una especie de cantos gregorianos. La puerta de madera quedó cerrada por dentro y se pudo ver a Beatriz que se acostaba, tranquila, tomando su libro para seguir leyendo en voz alta para que escuchara su cuervo el pensamiento.

IV. Sombra.

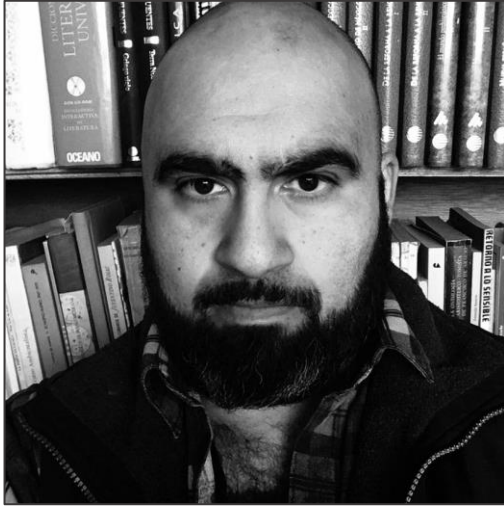
Alma era una niña muy simpática además de ser muy inteligente y aplicada en la escuela, pero un defecto, era muy gordita, ello era motivo de muchas burlas, groserías y todo eso a lo que se le denomina *bullying*. Los niños solían ser muy insensibles y crueles con ella, en especial Carlos, que se la pasaba molestándola todos los días, dado que él era el típico chico brabucón y ella la perfecta carnada para sus maldades. Terminaron la escuela, cada cual por su lado, pasó el tiempo hasta que Alma se convirtió en una mujer hermosa, lucía delgada y muy distinta a aquella niña que fue alguna vez, resplandecía con su presencia, mientras Carlos no cambió mucho seguía teniendo la misma cara y el cuerpo un poco más crecido, pero nada fuera de lo común. Un día por azar del destino ellos se encontraron, aunque no se reconocieron a simple vista, Carlos quedó atrapado en la belleza de Alma, dado que era una mujer que quedaba en el prototipo de mujer ideal que él tenía en mente; ella lo sabía a la perfección porque se dedicó a indagar sobre las preferencias estéticas de Carlos tiempo atrás. Comenzaron a salir hasta que se mudaron a vivir juntos porque ella había quedado embarazada, estaban muy contentos «aparentemente» debido a que ellos decían que era un hijo no planeado más no era un hijo no deseado. Durante los primeros meses de embarazo Alma convenció a Carlos de darle dinero para poner una carnicería en el local de al lado de la casa que rentaban, ella lo supervisaría y atendería lo más que pudiera para poder generar un ingreso extra en lo que él estaba en su oficina, a él no le quedó más remedio que aceptar por la insistencia de ella, pero, sobre todo, porque no quería contrariarla por su estado de gravidez. Pasaron

pocos meses cuando Carlos recibe una llamada del hospital en el que Alma estaba gravemente, rápidamente se traslada, pero cuando llega ella se encuentra en el quirófano, espera a los informes del doctor y recibe la mala noticia que Alma perdió al bebe. Sentía que Carlos pensaba que ella se había provocado el aborto, por eso evitaban ambos hablar de ese tema.

Después del incidente se empezaron a distanciar poco a poco ellos como pareja, él cada vez llegaba más tarde de la oficina y ella cuando él llegaba salía a caminar siempre con un bolso grande. Uno de esos días regresa de su caminata nocturna cuando calcula que él ya está dormido dado que Carlos entra siempre muy temprano a trabajar y ella como es patrona abre a la hora que se le viene en gana, entra sigilosamente sin hacer ruido, se percata de que él está profundamente dormido y aprovecha para acuchillarlo muchas veces, hasta matarlo, luego de conseguir su propósito, carga el cuerpo hasta la carnicería, ahí lo destaza, limpia muy bien el lugar, tanto su departamento como la carnicería, coloca todos las partes del cuerpo de él en su bolso grande, se va caminando en medio de la noche como usualmente lo hacía desde hace algún tiempo, empieza a regar las partes del cuerpo de Carlos en los lugares estratégicos donde él la hizo sentir mal, desde su niñez hasta su edad adulta. Una vez que termina de enterrar completamente el cuerpo de él, regresa al departamento arregla sus maletas, limpia la casa y deja todo en orden para entregar al siguiente día el lugar, dado que ese día exactamente terminaba el contrato de arrendamiento que ellos habían celebrado con su casera. De igual manera vende la carnicería al mejor postor y se retira camino al aeropuerto con el dinero mientras avisa por teléfono a la oficina de Carlos diciendo que él la abandono

la noche anterior porque se fue al extranjero y que ella iría a buscarlo. Ya una vez que Alma subió al avión, pensó que invirtió casi toda su vida en planear vengarse de aquel niño que la había herido profundamente mucho tiempo atrás, tanto que se había olvidado de vivir y sentir puesto que ella nunca se enamoró de Carlos y cuando se provocó el aborto no sintió remordimiento alguno pese a que también ese ser sería parte de ella y peor cuando con la sangre fría y mente calculadora mató a él con alevosía, premeditación y ventaja. Al llegar a su destino al pisar el suelo lo único que salió de sus labios fue la frase: “también por amor se mata”, pensando en que el ser humano es el peor de todos los seres de este planeta. Y prosiguió caminando...

Carlos López Ortiz
(Chicago, 1977)



Nació en Chicago, Illinois. Ha desarrollado su vida en las ciudades de Uriangato y Moroleón. Licenciado en Filosofía. Fue miembro del grupo cultural «Andamios». Relatos suyos aparecen en las obras: *Las leyendas de la santa muerte* (2009) publicado en Cal, EU; *Elegidos 2010*, publicado en BA, Argentina. Fue coautor del libro *Gastronomía y herbolaria de los Valles Abajeños* (2011). Fue incluido en la antología *Mariposas de Humo* (2014).

El ánfora

CARLOS LÓPEZ ORTIZ

Este cuento fue inspirado por: el efrít y el anciano de *Las mil y una noches* de autor Anónimo

Dices con orgullo que eres una libre pensadora, pues no crees en ninguna religión, ni en aparecidos, duendes o seres sobrenaturales que para ti sólo son cosas para asustar a los niños. Simplemente aceptas lo que se ve, lo que se verifica, lo que se toca y se experimenta. Sueltas una gran carcajada cuando alguien hace cualquier comentario metafísico.

No es para menos, eres la prestigiosa Doctora Nancy King cuyo trabajo no sólo consiste en dar cátedra a los alumnos del primer semestre sino también eres la conservadora en el Museo de Arqueología y Antropología de la misma Universidad de Cambridge. Como curadora eres responsables de la recolección, preservación y exhibición de objetos de valor histórico, cultural y artístico de dicho museo. Por lo cual, es común que recibas piezas arqueológicas de incalculable valor.

Ay, Nancy, Nancy, Nancy ¿acaso no sabes que tu preciado trabajo te lleva a tu desgracia? Claro que no. Ahora revisas meticulosamente los restos que trajo la Universidad de un barco abasí, de la primera mitad del siglo XVI d.C. Dicha nave fue encontrada a más de 1800 metros de profundidad en el mar negro.

Al principio todo te parece normal; restos de cerámica y otros utensilios. ¡Ah! Pero hay un ánfora que sobresale de las demás. Con gran reverencia la tomas, te das cuenta que es de cobre oxidado y la boca está sellada con plomo donde descubres unas letras, así que las

observas con detenimiento. Tus ojos casi se salen de sus órbitas al darte cuenta que son caracteres en arameo. Te sientes extasiada, tu corazón comienza a latir más rápido, porque sabes que ese artefacto tiene un valor incalculable. Es probable sea del año 950 A.C. te dices a ti misma, no obstante, sabes que debe ser datada por radiocarbono para estimar la edad del material. Antes de afirmar semejante conclusión. Por lo que te serenás un poco. Pero seamos sinceros no te puedes resistir al poderoso influjo de ver lo que hay dentro de la vasija. Hazlo y que comience tu pesadilla.

En cuanto lo haces, de su interior surgen varios chorros de humo negro, acompañados de un hedor a inmundicia. Rápidamente y sin dilación, la nube de humo negro comienza a disiparse dejando a la vista un ser, con cuerpo de serpiente mientras que el torso, brazos y cabeza de hombre. Aunque con piel rugosa, con escamas, similar a los reptiles. Su rostro casi humano no tenía cabello ni cejas, en lugar de una nariz tienes dos orificios nasales como hendeduras.

Aquel espectáculo te produjo un miedo súbito e intenso. te tomas la cabeza con ambas manos tratando de tranquilizarte y de recuperar la compostura, o quizá de impedir que tu mente siga corriendo enloquecida. Obviamente no puedes creer lo que ven tus ojos. Aceptar la existencia de esa criatura mítica implica que la Ciencia no lo abarcaba todo.

Poco a poco, aquel ser escamoso, comienza a desdoblarse, hasta mantener su torso erguido por encima de tu cabeza. En ese momento la criatura te mira, con sus ojos amarillos y sus pupilas similares a las de un gato.

Entonces de la boca de la criatura sale un lenguaje ya olvidado. Aunque no la entiendes, deduces su desprecio hacia ti.

Con un rugido se abalanza sobre ti. Tan rápido y tan de improvisto que si no hubiera sido por las enormes mesas de roble que se interponían entre los dos te hubiera tomado, Nancy, con sus cuatro dedos.

Te echas a correr, todo lo aprisa que puedes, pero no avanzas mucho, ya que nunca has sido una buena deportista, así que te ocultas bajo un escritorio. Tratas de orar pero como ya dije no eres una creyente por lo que no sabes ninguna plegaria.

El monstruo llega a la habitación donde estás escondida, se retuerce sobre su vientre y olfateaba tu rastro con su lengua bífida. Finalmente se da cuenta dónde estás escondida. Con una fuerza descomunal arroja el escritorio como si fuera cualquier bola de papel. Entonces la bestia te toma entre sus escamosas manos. Su rostro estaba tan cerca de ti que puedes sentir su apestoso aliento.

Al principio sólo pronuncia sonidos guturales, pero luego comienza hablar en un idioma entendible para ti. Te dice que es un *efrit*, que fue capturado por su insubordinación y que había jurado matar al que lo liberara. No obstante, se siente generoso y te da tres días para decidir cómo morir.

Sólo pude dejar salir un grito de angustia, pero cuando lo haces, la misteriosa criatura ha desaparecido y no sólo eso, el lugar parece intacto, ningún mueble ha sido movido de su lugar.

Sé que piensas que tuviste una alucinación, pero aun cuando la vasija haya desaparecido hasta de la lista de inventario y nadie asegura haberla visto, fue real Nancy, así que disfruta de cocteles que te invitó el decano, aplica esos

exámenes sorpresa que tienes en mente. Porque hagas lo hagas, mi querida Nancy, el efrít vendrá por ti al final del tercer día. Tenlo por seguro.

Un fin de semana perfecto

CARLOS LÓPEZ ORTIZ

Era viernes y Judith tenía planeado un divertido fin de semana, con su novio. Después de largos y duros entrenamientos para el selectivo estatal de taekwondo. Era la primera vez que tenía un fin de semana completamente libre en meses para estar con él.

Pero sus planes se vinieron abajo cuando su móvil sonó, en plena clase de Filosofía, la asignatura que tanto odiaba. Aunque el móvil estaba prohibido dentro de clase, sacó el aparato. Era un WhatsApp de su novio:

«Perdón mi amor, surgió algo en la universidad y no podré ir este fin.»

No se molestó en contestar. Prefirió centrarse en la clase. El profesor de Filosofía continuaba hablando de cosas que no entendía. Teorías inexplicables, que nunca llegaría a comprender, así que se abandonó a sus fantasías.

Sólo faltaba un minuto para salir de clases cuando el maestro dijo algo que le impactó:

— No olviden que el trabajo final es este lunes. Es la mitad de su calificación.

Judith se volvió sobresaltada para decir:

— ¿Cual tarea?

— La que dejó hace tres semanas —contestó la chica de al lado. — ¿A poco la olvidaste?

— Para nada, solo que me despisté por un momento.

Más tarde en el pasillo, mientras sus amigas hablaban de la última lady que circulaba en la red, ella se quejaba:

— ¿Un ensayo? ¿Quién deja un ensayo?

—Tranquila «jud»— dijo Marisela —Aún queda unos días.
—Ya lo sé. Pero es mucha tarea. ¡Los profesores no están bien! ¡Todos están locos! —hizo pucheros exagerados como si fuera a llorar. — Apuesto que al maestro lo trataron mal cuando era estudiante por eso es tan amargado.
—Vamos a hacernos una *selfie* —propuso Belba para distraerla de sus quejas.

Luego de subirla con el #AmigasPorSiempre, se despidió de ellas y se subió al autobús que la llevaría hasta su casa.

En el trayecto reflexionó acerca de lo que iba hacer: tenía la tarde del viernes para hacer la tarea, tal vez el sábado también así que tenía el domingo para el ocio. Le escribió un WhatsApp a su novio:

«No te preocupes será otro día. Un beso».

No le respondió y tampoco esperaba que lo hiciera. Pero así, al menos, sabía que su intención era no mostrar su enojo.

Su casa se encontraba en un fraccionamiento lejos de la ciudad por lo que siempre era la última en llegar a su hogar.

Cuando entró a su casa ya estaba la comida lista, dejó la mochila en la sala y se sentó en la mesa con su familia. Mientras comían, su papá le preguntó cómo le iba en la escuela:

—Igual que siempre. — Judith quería terminar con la palabra aburrido, pero mejor se quedó callada.

—Anoche te vi con un chico— le preguntó su madre mientras comía. — ¿Quién es?

— Es Bruce.

Su madre levantó la cabeza con brusquedad.

- ¿Es tu nuevo novio?
- Es solo un amigo
- Pues ayer no parecían amigos
- ¿Y?

La conversación fue interrumpida por el timbre del móvil de su madre. Ella se levantó y se marchó hacia la habitación contigua. Pasados unos minutos de conversación, regresó a su silla. No siguió con la conversación.

Después de la comida subió a su cuarto. Encendió la laptop; y se preparó para hacer el ensayo. Pero primero abrió las redes sociales para ver las actualizaciones, chateó, vio vídeos musicales, buscó noticias de la farándula y hasta después comenzó a buscar en Google. En menos de dos segundos le aparecieron miles de páginas. Sin encontrar nada que le satisficiera en Wikipedia y en El rincón del vago, comenzó a desesperarse.

En ese momento recibió una video-llamada de Bruce:

- ¡Hola primor! ¿Cómo estás? ¿Te puedo ver hoy?
- Bien, creo... Me encantaría estar a tu lado, pero es que no tengo tiempo —le respondió. —tú sabes el ensayo...
- ¡Anda! Y te llevo a donde tú quieras
- Pero Bruce, tú sabes que tengo novio
- Sí, yo sé — se irritó que se lo repitiera. — Mira, hagamos esto, salimos hoy y te doy mi tarea.
- ¡De verdad! ¿Lo harías?
- Está bien, ¿crees que alcancemos a ir a la función de las siete cuarenta?

— Dame media hora y ahí estaré. — Terminó la llamada.

Entonces Judith se arregló un poco. Ya estaba lista cuando sonó el timbre de la calle, entonces ella se dirigió hacia su encuentro.

Llegaron al cine y pidieron dos boletos, compraron unos bocadillos y entraron a ver la película. Al salir de la sala comentaron sus puntos de vista sobre la cinta. Después se quedaron sentados, tomados de las manos hablando de cualquier tontería.

Eran cerca de las diez cuando la llevó a su casa. La dejó ir con un último beso. Antes de entrar a su casa, Bruce sacó su móvil y le mando el Word a su correo.

— Ya está, solo cámbiele algunas palabras.

Ella le agradeció con un beso en el aire, luego entró en su casa. Unos minutos después subió a su recámara y se sentó frente a su computadora. Entró a su correo electrónico, descargó el archivo. Empezó a repasar el texto página por página, corrigiendo, agregando y borrando lo que ella consideraba. Judith guardó el archivo y apagó el ordenador, se tiró en la cama y cerró los ojos e intentó dormir. Fue imposible porque en el WhatsApp del grupo de sus amigos no cesaban de enviar mensajes. Por lo que lo apagó para poder descansar.

Llegó el sábado: abrió los ojos cuando escuchó la alarma. Pensó que no era posible, que se acaba de acostar. Lo apagó de un zarpazo para después cerrar los ojos y volver a dormirse. Entonces Bruce comenzó a agitar su sueño. Era un sueño pícaro, prohibido, con sus besos, sus caricias y sus manos que tocaba todo su cuerpo. Justo entonces se dio cuenta que no han surgido los pitidos de las

notificaciones de *facebook* y *twitter*. No tuvo ninguna otra opción que levantarse de la cama y reiniciar su *WiFi* de su móvil, pero no respondió. No había barritas, ella corrió hacia el *router* para ver qué pasaba, allí vio una de las cosas más horrendas. La luz del aparato no estaba encendida. Entonces apretó el *switch* de la pared para encender el foco de la habitación; tampoco funciona.

— ¡Mamááááá! No hay luz

— ¿Y qué quieres que haga? —Le contestó.

Así que molesta, Judith se volvió a su cuarto a vestirse con lo primero que encontró, no tenía las malditas ganas de andar eligiendo. Cuando estaba a punto de salir a la calle, oyó a su madre gritarle que se peinara.

— ¿Para qué? — Se preguntó. — solo voy a ver si tienen luz los vecinos.

Sin embargo, inspiró con fuerza y se alisó el pelo con los dedos, pero, como no encontró una liga, tuvo que dejárselo suelto.

Sin añadir una palabra más, salió de la casa cerrando la puerta tras de sí. Cuando regresó, Judith le informó que varios vecinos tenían energía eléctrica. Su madre ni se inmutó, y siguió cocinando el desayuno, con una sonrisa en semblante, le dijo:

— Tu padre fue a comprar fusibles.

— ¡Aaaaaah! — se quejó antes de tirarse en el sofá.

Al ver que ya no quedaba nada qué hacer más que esperar intentó robarse el internet de sus vecinos, pero no pudo porque los vecinos no regalaban nada de su internet.

La mañana avanzó monótona y su aburrimiento aumentaba sin internet, sin ver la tele, y sin nada qué hacer. Cada minuto le era eterno y estaba al borde de la desesperación. No quería que nadie le dirigiera la palabra.

Su madre la llamo a la mesa, pero ella se resistía. Al final se levantó y anduvo arrastrando los pies hasta el comedor. Comenzó a desayunar sin apetito.

— ¿Por qué estás tan rarita? —Le preguntó.

Judith le contó toda «su desgracia», pero ella apenas le hacía caso:

— Estas cosas llevan tiempo.

— La vida es tan injusta.

Le molestó su indiferencia, así que después de comer se fue a su cuarto. Cuando por fin su papá llegó y arregló el fusible quemado. Intentó encender la computadora portátil e imprimir su trabajo, pero no encendió.

— ¡No, no, no, no, no! — su corazón latió de forma acelerada. Siguió oprimiendo el botón de inicio, con la esperanza que este fallo desapareciera de la nada. — Funciona, por favor.

Judith abandonó la habitación tan rápido como se lo permitieron las piernas, salió al jardín donde estaba su madre.

- ¡Necesito ir al técnico!
- Espérate tantito necesito que me ayudes a tender la ropa
- Ahorita tu padre te lleva.

Odiaba que la pusiera hacer quehaceres del hogar, pero ella sabía que si se negaba su madre le haría de pleito y hasta le podría retirar un mes el habla. Así que tomó el cesto de ropa. Cuando terminó fue en busca de su padre, pero él se había ido. Regresó al jardín.

- Mamá, mi papá no está.
- Aaah, es que tenía que llevar a tu hermano al partido.
- ¡Porque no fui hija única! — gritó.

Así que fue por la laptop a su cuarto y de allí a la salida de su casa.

Judith estuvo en la parada de autobús unos cinco minutos. Finalmente vio el letrero «Centro» y se subió rápidamente y liberó una de sus manos para pagar su pasaje. Como estaba vacío, se acomodó en uno de los asientos libres de la parte izquierda, cerca de la puerta de bajada. Pero en cada parada, subía más gente lo que hacía que el urbano fuera muy lento. Cuando llegó a su parada, se bajó casi corriendo. Estaba totalmente concentrada en llegar con el técnico que no miró al hombre que paso a su lado. De la nada, el sujeto la tomó de la mano:

- ¡Dame tu maquina!

Ante su asombro, el hombre se movió muy rápido y trató de arrebatárle de las manos la máquina, pero Judith la tenía bien sujeta.

En el forcejeo ambos soltaron la laptop que cayó al suelo. Fue entonces cuando Judith perdió la cabeza.

Con el rostro crispado y sin dejar de gritar, hizo gala de su destreza en artes marciales. De manera frenética le lanzó varias patadas en la cara, brazos, abdomen y piernas. Aunque el malhechor le acertó algunos golpes. Judith no parecía afectada, al contrario, aumentaba su furia. Entonces el delincuente, sin aliento, cayó al suelo quedando de rodillas y gimiendo de dolor. Un policía la tomó del brazo y trató de separarla del hombre que ya se retorció en el suelo, pero también lo recibió con una patada en la cara que lo noqueó. Por lo cual terminó su fin de semana en barandilla.

**Manuel Ortega Cerrato «MAORCE»
(Moreleón, 1954)**



Profesor normalista por la Emérita Escuela Normal Oficial de Guanajuato (1974). Licenciado en Pedagogía por la Universidad Pedagógica Nacional y en Ciencias Naturales por la Normal Superior «José María Morelos». Se desempeñó como docente en Cerano (Yuriria), Salvatierra, Presa de Huahuemba (Uriangato), El Salto (Moreleón) y Moreleón. Ha escrito múltiples cuentos y reseñas históricas, algunas de ellas inéditas hasta la fecha.

Tzizique y Achitomatl

(leyenda-cuento tarasca-chichimeca)

MAORCE

Cuenta una antigua leyenda que en el año de 1115 d.C. grupos vagabundos o nómadas (chichimecas) transitaron por las inmediaciones de los valles abajeños en lo que ahora es Yuriria, Gto. Siendo estos conformados por indígenas aguerridos, temidos por sus costumbres sanguinarias y denigrantes; por eso eran constantemente asediados por las huestes tultecas_ aculhuas o mexicas procedentes de Chicomostoc.

Dichos grupos se asentaron en uno de los volcanes apagados que conforman un conjunto distribuido en este suelo de la geografía guanajuatense, entre Valle de Santiago y Yuriria, exactamente en un paraje denominado «La joya»', en el cerro de Santiago en Yuririapundaro; fueron ellos junto con los otomíes y mexicas quienes conformaron los primeros asentamientos humanos en esta región al sur del estado de Guanajuato. Sin existir vestigios de otros grupos en no menos de 20 leguas de distancia a su derredor.

Para el año de 1446, Moctecuhzoma I Ilhuicamina (el flechador del cielo) al realizar una inspección por este lugar, se enfrentó a los purépechas que venían extendiendo su reino hasta más allá de lo que hoy es Irapuato y Celaya, quedando desolada esta región y vuelta a poblar en un lapso de tiempo considerable por chichimecas, otomíes y tal vez algunos mexicas que habían quedado dispersos durante la citada revuelta histórica.

Fue a principios del año 1500 cuando el emperador azteca, Moctecuhzoma I envió nuevamente sus guardias y milicias a enfrentar por enésima ocasión a los purépechas

(nombre nativo de esta gente de mechuacan), quienes ahora estaban al mando de Tanguanzan I, caltzonzin tzinzicha, hijo directo y único sobreviviente del rey purepecha Zuangua, quien había mandado matar a sus otros tres hijos por conspirar contra su reino; cuando Tanguanzan estuvo a cargo de la milicia tarasca, se fue apoderando de estos lugares cercanos geográficamente a Michoacán. Resultando ahora vencedor, tal vez por su fortaleza en número, ferocidad en la lucha o por sus mejores tácticas de guerra. Por esta razón fue que los nativos del lugar quedaron con recelo y odio al resguardo y opresión de los michoacanos, quienes consideraban a los chichimecas otomíes como inferiores y despreciables.

Al resultar vencedor Tzinzicha, decidió establecer estrecha vigilancia en los límites de Guanajuato y Michoacán, siendo puestos tácticos los pueblos ya establecidos en ese entonces, que eran Cuaracurío, Piñicuar y Curumbatío. Además, mandó construir en cada uno de esos pueblos los correspondientes Cues (adoratorios) para que se venerara a su dios Curicaueri o dios del fuego (identificado como el sol), para ello Tanguanzán I nombró como cacique de Cuaracurío al guerrero purépecha Nanuma, al cual dio órdenes expresas para que todos sus súbditos y familiares no establecieran relaciones de ninguna índole con los habitantes del poblado conquistado y de mantenerse alerta de cualquier tipo de reyerta en contra del reino purépecha.

Mientras esto sucedía en el sitio conquistado, crecía un joven chichimeca entrenado para desempeñarse como hábil guerrero, a quien llamaban Achitomatl, valeroso y rebelde con tendencias ancestrales a los viajes errantes en busca de aventuras, alimentos y enfrentamientos con otros pueblos.

En una de sus aventuras cuando se encontraba cerca del río de Toluca o río Lerma Santiago, que corría cerca de Salvatierra y Acámbaro -límites de Guanajuato y Michoacán-, llegó hasta sus oídos el rumor de la presencia de guerreros purépechas en las cercanías y que estos escoltaban a varias familias del reino en pugna. Con gran interés y curiosidad, se internó por una empalizada que bordeaba al río buscando afanosamente aquel grupo, pero no obtuvo resultados; regresó una y otra vez hasta que una tarde de abril cuando se encontraba tras el rastro de un venado... escuchó las inconfundibles risas de mujeres entremezcladas con el murmullo adormecedor de la caída del agua de una pequeña cascada formada por las peñas labradas por las corrientes de aquel río. Se acercó cual precavido y sediento ciervo, se deslizó entre las jaras que crecían en la rivera y se percató de que varias jóvenes alegremente refrescaban sus cuerpos en las frías aguas contenidas en una de las tinajas de formación natural, quienes, al sentir sus cuerpos atemperados, jugueteaban alegremente bajo el sol abrazador de la primavera. Contempló agitadamente aquella escena, quedando prendido y fascinado de aquella mujer que poseía una abundante cabellera negra que caía y cubría delicadamente las formas voluptuosas de su apiñonado cuerpo, de grandes ojos negros y carnosos labios que dejaban escapar continuamente una sonrisa encantadora: ella era la princesa Tzizique, hija de Nauma, enviado por Cazonci a gobernar estas tierras al sur de Guanajuato. De pronto su corazón palpitó aceleradamente al cruzarse con la suya, la mirada tierna de su elegida; sintiendo que en su interior surgía un torrente de sentimientos abrazadores, llenos de un amor nunca expresado; ambos se sintieron descubiertos, sin embargo, ninguno se atrevió a manifestar su confusión,

dejándose cautivar por su amoroso encuentro visual. De pronto se escuchó la potente voz del irascible guerrero y recién nombrado cacique Nanuma dando la orden de continuar con su travesía, haciendo salir de su absorto a aquellos dos jóvenes deseosos de establecer una relación más estrecha y amorosa.

Acatando las órdenes se dispusieron a continuar su viaje cuyo destino los llevaría a Cuarcacurío -límites también de Guanajuato y Michoacán-, lugar en donde se establecerían para acatar las disposiciones de Tanguanzán, su monarca. Al llegar a Endocutín e Irámucó a las orillas de la laguna de Cuitzeo, ahí pernoctaron en algunas chozas construidas a exprofeso custodiadas por la guardia. Tzizique se había percatado de que aquel joven desconocido, que había robado su corazón, los seguía a cierta distancia; temerosa de que fuera descubierto no se atrevía a mantener su vista hacia su amado y distraía su mirar hacia el horizonte al que se dirigían. A la mañana siguiente desafortunadamente Achitomatl en su desatino por contemplar más de cerca a su amada, fue descubierto y perseguido hasta que en un enfrentamiento cuerpo a cuerpo con sus perseguidores, logró herirlos de muerte y escapar hacia Piñicuaró. Al llegar, maltrecho y también herido, se zambulló en las turbias aguas del arroyo que bajaba de la Sierra de Piñicuaró tratando de mitigar el dolor de sus heridas. Ya recuperado físicamente, pero con un hambre atroz, buscó alimento entre la espesura de la sierra, haciéndose de algunos quelites, raíces y palomas silvestres. En su camino descubrió un pequeño poblado construido sobre la cima de un cerro con una vista maravillosa hacia Yuriria, motivo por el cual fuera seleccionado como puesto de vigía por Tzizicha. Sabedor de esa decisión, no quiso dar a conocer su estancia en dicho lugar y marchó hacia el

poniente. Llegó hasta un poblado en donde sus habitantes purépechas también, desarrollaban actividades agrícolas en forma de comuna en la que todos los miembros de las familias participaban, mientras que las mujeres preparaban sus alimentos en hornillas hechas de lodo y piedras. Allí, los jóvenes y niños y niñas fabricaban pequeñas figurillas, todas mujeres semidesnudas, hechas de barro cocido y que al término de la siembra eran diseminadas por todo el terreno como ritual de adoración a Xipe – Totec, diosa de la agricultura, o la diosa de la fertilidad. Cerca de ahí observó también el Cue; una construcción en donde se realizaban otros rituales dedicados a sus dioses; ahí Achitomatl decidió entonces permanecer oculto en las inmediaciones de aquel poblado denominado Curumbatio, cual si fuera un nahual, que sólo de noche sale a hacer sus incursiones.

Mientras tanto, en el poblado de Piñícuaro se habían establecido ya algunas familias que acompañaban a Nanuma para cumplir las disposiciones de su monarca, este dictó órdenes a sus vasallos de protegerlos y marchó a establecer su tercer puesto en Curumbatio.

Siendo camino de pocas horas, fue recibido en forma efusiva y alegre por este pequeño grupo familiar. Agradeció su recibimiento en forma desdeñosa y con el ceño fruncido que lo caracterizaba, comió huilotas y camotes azados acompañados por un refrescante pulque curado con tunas rojas y explicó el motivo de su visita. Luego encargó a uno de sus súbditos que se hiciera cargo de la vigilancia y gobierno. Permaneció ahí solamente por esa noche durante la cual ordenó se realizara un ritual en honor del dios Curicaveri "el gran fuego" o "la gran hoguera" (el sol) en el pequeño Cue construido cerca de unas grandes rocas, y encaminó sus pasos con los primeros rayos de sol hacia Piñícuaro. Achitomatl, que había

presenciado aquella escena y reconociendo que aquel hombre era el padre de su amada, decidió partir apresuradamente hacia el susodicho lugar para anteceder su llegada a ese lugar y tratar de establecer contacto con su amada -actuando de esa manera porque consideró este lugar desprotegido y falta de vigilancia para la princesa Tzizique.

Con paso apresurado este joven llegó a las afueras de Piñícuaro, donde, oculto entre la empalizada, trató de avistar. Así descubrió que sus suposiciones eran correctas. imitó nuevamente el armónico canto de la congüita para llamar a su amada Tzizique; que al escucharlo acudió pronta, con el corazón en la mano, agitada respiración, al llamado del príncipe Achitómatl.

Ahí tras los arbustos, el encuentro de sus cuerpos fue tan intenso que sus almas se fundieron en una sola, cual danza de nubes en el cielo brumoso de la sierra limítrofe de los estados de Guanajuato y Michoacán. En tan grande abstracción no se percataron del paso del tiempo y mucho menos de la llegada de los guerreros y en particular de Nanuma, padre de la joven, quien al no encontrarla entre los que lo recibieron lanzó estruendosos gritos en contra de la Yrieri (encargada de las mujeres) y le propinó inmisericordes golpes en la cabeza; la pobre mujer con voz chillona refirió lo que venía pasando con los enamorados jóvenes, pero Nanuma hizo surgir nuevamente de él, el ser sanguinario que lo caracterizaba y la sacrificó con sus manos, le sacó el corazón y lo arrojó al fuego; acto seguido, echó mano de su arco y flechas (símbolo de su majestad) y se dispuso a borrar la deshonra y aberración en su contra. Con mirada desencajada por el odio, descubrió que los jóvenes se habían reunido en Piñícuaro y que sabedores de su prohibición decidieron huir hacia Yuririapúndaro y unir

sus vidas a toda costa, sin importarles nada ni nadie. Nanuma ordenó en forma amenazadora que lo dejaran solo y por su mano corregir la infamia cometida en su contra.

Presuroso se dispuso a alcanzar cuanto antes a sus detractores y enfiló sus pasos hacia su objetivo. Mientras tanto los príncipes Tzizique y Achitomatl, tomados de la mano, corrían entre los llanos poblados de mezquites, matorrales y piedras sueltas, tropezando con ellas continuamente a su paso, con la firme decisión de llegar hasta el volcán denominado La joya, hogar de Achitomatl, con la convicción de encontrar resguardo entre sus progenitores. Después de dos días de travesía, por fin llegaron desfallecientes a la cuesta del volcán. Sedientos y cansados, se recostaron sobre una gran roca plana que los sumos sacerdotes usaban para los sacrificios en honor a sus dioses. Los enamorados se creyeron fuera de peligro; sin embargo, en lo alto de la colina se irguió a lo lejos la figura de Nanuma quien echó mano de dos flechas, las acomodó en la cuerda de su arco, la tensó, apuntó hacia los jóvenes, las soltó desgarrando el aire y las incrustó en los pechos de los desdichados amantes. Se escuchó un estruendoso lamento surgido de las entrañas terrenales y las aguas del volcán se tornaron carmesí. Los príncipes al sentirse heridos de muerte, entrelazaron sus cuerpos en una promesa inseparable de amor y sus almas se elevaron tomadas de las manos y unieron sus labios en un ritual divino en busca del creador.

El corazón de Nanuma se obscureció y se llenó de una pena tan grande que rompió su arco y lo arrojó lejos de sí, luego corrió hasta los jóvenes, les pidió perdón y comenzó a llorar con honda tristeza; en su arrepentimiento juró que lucharía por la unión de los dos pueblos. Quemó

su casa habitación y se abandonó a vivir solo en la isla de Characu en la Laguna de Yuririapúndaro, hasta morir ahí.

En la actualidad esta leyenda-cuento se trasmite a las nuevas generaciones como un recuerdo que ha venido a ser parte de la historia del sur guanajuatense.

La última barca

MAORCE

En la actualidad en las diversas esferas sociales estamos viviendo situaciones conflictivas que la generalidad de las veces no sabemos atender con atino, todos encausamos nuestros objetivos hacia la consecución de los recursos monetarios que nos permitan un estatus de vida superior a lo requerido. En esta búsqueda desatendemos a nuestra familia, propiciando con ello su desintegración y la creación de antivalores entre sus miembros.

La siguiente historia- cuento podría representar alguna de las consecuencias de esa desatención de parte de los padres. Ahora les comento lo sucedido:

Cuentan los que lo presenciaron, que no hace muy poco tiempo, en alguna ciudad del Estado de Guanajuato, nació una preciosa niña a la que sus padres llamaron Mariaeli, pequeña que vino a alegrar aquel hogar en donde reinaba el amor y el respeto, ella creció participando de la felicidad de todos los miembros de la familia, era una preciosa niña muy feliz, dedicada al estudio y cumplida en todos los deberes del hogar, sin embargo sus padres cayeron en una situación conflictiva, con muchos problemas monetarios; así transcurrieron los años llenos privaciones y tristezas, al igual que en muchos hogares a cuyas familias les tocó vivir en esos tiempo de gran inflación en el país, llegó el día en el que todas las cosas empeoraron para la familia de Mariaeli, pues su padre enfermó gravemente y al poco tiempo falleció víctima de la diabetes mellitus, dejando a Mariaeli y a los demás miembros de la familia en un mar de desesperación y desconsuelo; Mariaeli a sus trece años, tuvo que abandonar sus estudios en la secundaria y ponerse a trabajar para

apoyar en todo a su madre y así poder solventar los gastos familiares y poder ayudar en la crianza de sus hermanos que eran muchos y algunos muy pequeños aún. Aquel desamparo que estaban pasando en este estado de cosas por la falta de la dirección de su padre a tan tierna edad la llevó a cambiar su mentalidad de respeto y amor hacia los demás, tornándose en una persona triste y desinteresada, ausente en los valores humanos que nos encausan por los senderos de la vida. Se volvió antisocial y distrajo su conducta hacia el libertinaje, se llenó de amistades de su misma edad y otras mayores, tan negativas como su actual comportamiento, con ellas se perdía en el alcoholismo y la drogadicción; entre bailes, jaripeos, borracheras, encerronas y orgías, propiciadas por una matrona, rápidamente se marchitó su niñez y adolescencia. Así pasaron otros 5 años o un poco más; llegó su tierna juventud y al llegar a los 18 años reforzó su ego para hacer a su voluntad y antojo lo que deseaba.

En una de sus andanzas por una ciudad del Sur de Guanajuato, conoció a un chico casi de su misma edad, joven delgado de buenos sentimientos y dedicado al trabajo, pronto se enamoró, y a él entregó su cuerpo en un arranque de deseo y desencanto, fueron esos momentos en el que los enamorados volaron en pos de su soñada felicidad, fundiendo su amor apresurando y buscando libertad con el enlace matrimonial para escapar de los reproches de su madre que tanto le insistía en que abandonara esos pasos en los que andaba, dejando ver con esta aceptación lo mucho que quería al ahora su esposo Miguel. Ella permanecía en la casa de su madre mientras su esposo acudía al trabajo a la ciudad en donde él había nacido, no muy lejos del pueblo en donde vivían y a donde viajaba por las mañanas muy temprano en su motocicleta y

ya fatigado regresaba casi de noche a su hogar, donde amorosa Mariaeli lo esperaba.

Unos meses pasaron y aquella tarde-noche Mariaeli rebosante de felicidad esperaba ansiosa la llegada de su esposo amado, apenas escuchó su llegada se le abalanzó y lo llenó de besos. Su esposo extrañado por su actitud nunca expresada, le preguntó el porqué de su euforia, y Mariaeli con lágrimas de felicidad le dio la maravillosa noticia, ¡iban a ser papás! El muchacho gritó, bailó y no cabía en su alegría, también la abrazó, la besó y le confesó lo mucho que la amaba y que ese acontecimiento les cambiaría sus vidas para bien. Se tomaron amorosos de sus manos y se sentaron a replantear nuevamente su futuro. Se llenaron de promesas y pintaron su mundo de alegría y proyectos fascinantes.

Pasaron los meses y fueron reuniendo con amor, perseverancia y dedicación, todo aquello que creían necesario para dar la bienvenida al nuevo ser, fruto de su amor mutuo; al fin el día esperado llegó, con nerviosismo y rapidez acomodaron su cita con la cigüeña y recibieron con dulzura la noticia de que había nacido sano un precioso niño, quien, al ser puesto en los brazos de la joven madre, enseguida buscó el elixir de la vida y el amor de su madre (Mariaeli). Nuevamente el joven esposo no salía del asombro al recibir en sus manos aquel sonriente bultito de carne y huesos, producto del amor que se profesaban como esposos, se le vio llorar de alegría, lo besó con dulzura y lo regresó emocionado a los brazos de su esposa, prometiéndoles que siempre velaría por la tranquilidad y el sustento de los tres. Decidieron ponerle Miguel, igual que su padre. Ella con desasosiego le solicitó que buscara la forma de encontrar un trabajo diferente que lo mantuviera más cerca de su hogar donde ellos vivían, ya

que se sentía muy nerviosa cuando el partía a su trabajo y no se tranquilizaba hasta que él regresaba a su casa. Miguel le prometió que algún día lo haría, pero lo creía muy difícil ya que su oficio no existía en ese lugar y regresó a su trabajo a su pueblo natal.

Los meses pasaron vertiginosos y a aquella familia se le vio crecer rodeada de amor y felicidad. Pasaron otros meses y el pequeño crecía lleno de vitalidad, colmando de un aroma placentero cargado de amor filial, de bullicio, de risas y a veces llantos en el hogar de estos jóvenes esposos, todos contentos y todos felices, no imaginaban aún que la muerte mezquina les jugaría una trastada; pues una terrible noche al regresar de su trabajo presuroso y cegado por un altercado con Mariaeli por teléfono se puso a bordo de su motocicleta y se enfiló hacia su casa, en el trayecto que va de ese pueblo hacia Morelia, pasando por un lugar llamado la Y griega, el joven sufrió un terrible accidente al ser investido por un vehículo conducido por un individuo en estado de ebriedad, estrellando de frente a su vehículo, Miguel a consecuencias del impacto salió disparado por encima de su motocicleta, impactándose en el parabrisas y dando varias volteretas en el aire y rodando por el suelo pedregoso fue a caer entre unas rocas enormes, golpeándose fuertemente la cabeza. Allí quedó su cuerpo inerte, destrozado por los impactos a causa del siniestro. Cuando llegó el auxilio vial, sus signos vitales habían desaparecido, la muerte lo había atrapado en su frío manto, llevándose también con ella un proyecto de buenos sentimientos y de amor hacia su esposa e hijo, calcinando inmisericorde las ilusiones que los esposos tenían y albergaban en sus corazones para la construcción de su futuro. Mariaeli y familiares con incertidumbre se percataron de la ausencia de Miguel, se dieron a la tarea de

buscar y preguntar por él en las diversas partes en donde pudo acudir y algunos amigos y familiares de Yuriria le aseguraron que había salido hacia su pueblo donde él vivía desde la noche del día anterior. Se dio parte a la policía y tránsito y éstos investigaron al respecto, pronto confirmaron el percance. Comunicándoles inmediatamente la fatal noticia. Mariaeli al recibir tan triste referencia, sintió que el mundo se derrumbaba a su alrededor cual horroroso presagio, su cuerpo frágil se desplomó en un desvanecimiento temporal; al volver en sí, inmediatamente inquirió a los presentes sobre su amado esposo, deseando que aquel informe no fuera verdad. Sin embargo, su madre que siempre estaba presente y junto a ella en todo momento, le refirió lo ocurrido y la necesidad de ir a reconocer y recoger el cuerpo de su esposo. Mariaeli volvió a caer en crisis, gritó, pataleó, se tiró al piso y lloró amargamente por lo que se consideró necesario que fuese inyectada para aminorar su sufrimiento. Los ritos funerarios se realizaron, la joven cayó en honda depresión, no salía de su habitación, no se alimentaba, ni siquiera tenía ganas de realizarse un aseo personal, solo se le veía tumbada en su cama, cobijada hasta la cabeza, abrazada a su hijo Miguel y sollozando tristemente por la pérdida de su amado esposo y mayormente por el remordimiento del último altercado fruto de su mal genio y comportamiento que tuvo con Miguel.

Su madre como se ha dicho, muy preocupada por su salud le retiró amorosa a su hijo de entre sus brazos y le aconsejó salir de ese ensimismamiento y le rogaba que comiese, aunque fuese poquito, recomendándole que a partir de ahora debía luchar por la atención de su hijo y sacarlo adelante en la vida, que ella la apoyaría en su cuidado. Mariaeli flaca, ojerosa y débil, pensando en su

retoño y su incierto futuro, entró en razón y a la mañana siguiente se levantó muy temprano, se aseó y se marchó en busca de trabajo para poder solventar los gastos para mantener a su hijo de apenas un año de nacido.

Ese mismo día tuvo suerte y logró encontrar un trabajo honesto, pero con un sueldo raquítrico que poco alcanzaría para sostenerse y cubrir los gastos más mínimos. La cosa se puso peor cuando se encontró con las amigas de su obscura infancia, estas le propusieron hacer muchas cosas en las que ellas ya estaban muy jugadas al ejercer aquellas bajas acciones que desde la secundaria estaban experimentando y en las que ella también había participado en todo ese tiempo a escondidas de todos sus familiares, le hicieron recordar que sin mucho o nada lograban obtener bastante dinero (dinero fácil) y le propusieron participar en algunos eventos de los que su madre quien le auxiliaba en el cuidado de su hijo no tenía ni por qué enterarse, Mariaeli. Recordando aquellos pasajes vividos en su adolescencia con esas falsas amigas, sintiéndose sola y sin quién la amonestara, aceptó sin menosprecio y gusto. Y como era costumbre de aquel clan la obligaron sin que ella lo pensara plenamente, a pertenecer a su grupo que nombraban la línea y frente al cual debería hacer un pacto con la misma muerte según las indicaciones de aquellas hipócritas amigas, tatuó su cuerpo con una figura alusiva a este ser como símbolo de adhesión para el resto de su vida, olvidando que fue ese mismo ser la que la separó de su amado esposo. Al influjo de la droga y sin reaccionar a la realidad la bautizaron con el apodo de Lindix. Desde ese día empieza su verdadera vejación y trajinar entre los vicios del alcohol, la droga y la prostitución. Padeciendo de lo peor, vendiendo su cuerpo y sus caricias fatuas, saltando de cama en cama hasta

arrastrarse en la indecencia y la perdición, revolcándose en la inmundicia, obteniendo embarazos no deseados y abortando continuamente, contagiándose y transmitiendo por doquier un sin número de enfermedades venéreas en muchas ocasiones. Envenenando su alma con rencores, decepciones y maltratos. Odiaba a todo el mundo y nunca aceptaba a nadie que le tendiera su mano para ayudarla a salir de aquella asquerosa vida que llevaba. Se volvió casi muda ya que hablaba muy poco, le costaba trabajo expresar sus emociones y sentimientos nobles y profería palabrotas y ofensas hacia todos, se le vio muchas veces renegar hasta de haber nacido; desgraciadamente tocó fondo en aquella asquerosa vida, ya había perdido la dignidad de ser mujer.

Pasaron cuatro años más y Mariaeli era capaz de perderse con cualquiera sin importarles nada, ni nadie. Aprendió a burlarse y engañar a los hombres y a comportarse peor que los animales por sus acciones mezquinas y sin valores, al grado de ser repudiada por varios hombres y mujeres. Se ha alejado de Dios, dice que solo adora a la muerte y la reconoce como su madrina y le manifiesta lealtad en señal de que nunca le fallará, hasta le enciende velas y le pide favores, depositando en sus manos su confianza y hasta su vida. Aunque trata de ocultar su depravación, se le ve sucia y descuidada físicamente y moralmente deprimida, buscando dinero y sexo, acude a antros de lo peor y a cantinas de mala racha, dice haber coleccionado como 20 amantes (un grupo de malvivientes que se autonombran *Los felinos* que la ultrajan a su antojo) pero que según ella la cuidan y la protegen. Dice haber escogido entre miles de clientes de todas las esferas a un grupo selecto al cual le proporciona sus servicios, esboza con burla y sarcasmo. Y agrega que solo los complace para sacarles dinero, hasta se harta de decidir con quién

continúa o a quién rechaza en cualquier momento; supliéndolos con desdén por otros que le ofrezcan mayores regalías, empapada siempre de un rencor y resentimiento enormes. Sus amigas le llaman la roba viejitos. Ha llegado a ser madrota para reclutar y engañar a varias chicas vendiéndolas al mejor postor denigrando también en esas chiquillas su valor como ser humano, conduciéndolas a un mundo de vicios y perdición. Se le ve demacrada con continuos malestares corporales, le falla su vista y padece de fuertes dolores de cabeza causados por sus desvelos y por las sustancias que ha ingerido, parece una mujer de más de 40 años a pesar de que cuenta con solo 24 veranos. Varios clientes se le han declarado como fieles cortesanos y los ha admitido a vivir en su casa, pero pronto se enfadan de ella y la dejan; no ha ofrecido ni encontrado un verdadero amor que sinceramente le saque de ese repulsivo mundo en el que se revuelca en el fango y la inmundicia. Continuamente dice a sus amigas que está asqueada de la vida que lleva, recapacita y se llena de luz su mente y corazón, deseando que toda su vida cambie para bien y hasta ha pretendido dejar esa vida de lujuria y desabrigo. En algún momento ha sido capaz de encontrarse proyectando abrir un negocio en el que se pueda ocupar y abandonar su vida galante; al conocer sus pretensiones en su casa la apoyan su madre, sus hermanos y algunas personas que la conocen y desean lo mejor para ella, pero no acepta la ayuda de nadie. Y si lo hace es con seño de rencor y desprecio como si quisiera aprovechar el ofrecimiento como desquite hacia el mal trato del que ha sido víctima. (Es todo un teatro para ocultar sus acciones putrefactas ya que por las noches vuelve a salir a proporcionar placer a cualquier oferta) cuando reflexiona de sus actos, en su lucidez pide a Dios que le ayude en su

proyecto para cambiar su forma de vivir; sin embargo, puede más su ambición por el dinero y la vida tormentosa, y nuevamente se deja enredar en las garras de la depravación. Envuelta en la droga, asevera o cree que todo el mundo se le vuelca en un instante y siente como si una gran ola de problemas se le viniesen encima, no puede respirar, se siente ahogar, su cabeza va a estallar, pide y suplica a Dios que venga a ayudarle y reniega de haberse alejado de Él. Un gran huracán de situaciones la atormentan, grita y suplica que la asistan, sus acciones del pasado la angustian y le desgarran todo su ser hasta vencerla, se desploma desfalleciente y abrumada se deja arrastrar por los escandalosos remolinos de su pasado, gime y suplica que la salven de aquello que tanto la aniquila y la ahoga; ante esas súplicas alguien que siempre la ha escuchado, se acerca en una barca y le dice que se aproxime y lo tome de la mano, sin embargo Mariaeli desprecia la ayuda y exige que sea Dios mismo el que la abraza y proteja, la barca se aleja, surgen nuevamente en ella una ola de problemas irreales que la angustian y vuelve a pedir a Dios que se los resuelva, lo juzga y lo ofende, lo desprecia y lo maltrata y hasta solicita encararlo para refutarle que él es el culpable de su desgracia, entre la penumbra se acerca llena de Luz otra vez la barca, el que la conduce vuelve a extender su mano y le pide que la tome y lo siga y Micaela se esconde, blasfema y se aleja; el barquero vuelve a extender su mano para ayudarle, pero ella lo desdeña y la pobre mujer siente que una gigantesca ola la envuelve, la hace rodar por doquier, la golpea contra toda adversidad, siente como un cuerpo descarnado la atrapa, la jala y la comprime sin piedad contra los troncos y rocas del devastado lugar, destrozando su ya maltrecho cuerpo hasta dejarla irreconocible y ese ente decide

arrancarle la vida dejándola penetrada por un gran madero entre las piernas como pretendiendo resaltar la enfermiza vida de Mariaeli. Ya inerte entreabre sus ojos y ve con terror que quien la condujo hasta allá fue su venerada amiga... La muerte, ese ente antes de que muriese, le desgarró sus entrañas, le saca su alma por la boca y la traslada al más allá.

Camino a ese lugar, Mariaeli se percata de una gran luz a la distancia a la que en una gran fila se van acercando las almas hacia la Luminosidad, ella escapándose de su captora por un momento, se acerca desafiante ante la luz y pregunta ¿Quién eres tú? La Luz brilla con mayor intensidad, pero no le contesta, Yo busco a Dios dijo Mariaeli, vengo a reclamarle, ¿por qué cuando más lo necesitaba me abandonó? Y ¿por qué los últimos momentos de mi vida, aunque le supliqué que me salvara y me ayudara, Él nunca me escuchó y me dejó morir en esta ola de dolor y decepción; ¿no que Dios no abandona a nadie...? Después de escuchar sus reproches, la luz brilló más intensamente, habló tiernamente y le dijo: Hija mía, Yo nunca te abandoné, ¿no viste tres veces una barca que se acercó a ti, te ofreció su mano y tú la menospreciaste? Eran tres oportunidades que se te brindaron para que recapitaras y cambiaras tu forma de vivir, las desechaste y ¿sabes una cosa? ese barquero que te tendió su mano en los tres momentos más críticos de tu vida...

¡¡¡¡¡ Era Yo!!!!!!

Mariaeli quedó atónita, rompió en un mar de llanto, sus lágrimas de arrepentimiento la estaban ahogando. Respiró profundamente, y dejó aflorar sus buenos sentimientos herméticamente guardados en el interior de su alma hasta ese momento y con fuerza gritó: ¡¡¡¡

PERDÓNAME SEÑOR, ¡NO QUIERO ESTAR MÁS LEJOS DE TI, ME ARREPIENTO SINCERAMENTE DE TODO LO MALA QUE HE SIDO!!!!... En el silencio se escuchó una voz dulce que le dijo:

¡¡¡TE PERDONO, VE Y NO PEQUES MÁS!!!

Mariaeli Sintió como un manto de amor la cubría y la sanaba de todo lo vivido. Realmente se sintió viva y con su alma sana completamente. Se concibió feliz e inundada con una paz jamás sentida. Se reconcilió con Dios, abrió los ojos a su nuevo mundo y agradeció por esa nueva oportunidad de vivir para su hijo y su familia. Hoy Mariaeli vislumbró el amor de Dios por ella e inició una nueva forma de vida con un hombre algo viejo para ella, pero que se le ve de buenos sentimientos, con él se le ve muy feliz al lado de Miguel, su pequeño hijo de casi 7 años. Sin embargo, la gente con peculiaridad se pregunta: ¿será cierta tanta belleza?

¿SERÁ?

Leyenda de la dama del Gato Negro

MAORCE

Corría el año de 1955, en la colonia de El llanito en Moroleón, Guanajuato. Entre las calles Héroes de Chapultepec y Churubusco, existió un centro nocturno con mesas de billar, mesas para jugar dominó y cantina, donde se daba cita un sinnúmero de pueblerinos en busca de esparcimiento; algunos permanecían en ese sitio hasta las ocho de la noche; pero otros, en cambio, continuaban su estancia a puerta cerrada en la cantina hasta el amanecer. Cuentan los que conocieron ese lugar que a ese tugurio acudían damiselas para proporcionar favores carnales a los noctámbulos.

Cuentan, además, que en ese lugar había ocurrido una riña provocada por una de las mujeres que proporcionaba favores, en que dos de sus clientes se enfrascaron en una sangrienta lucha cuerpo a cuerpo con tranchetes en mano. Se menciona que esa lucha se prolongó por varios minutos hasta que uno de ellos alcanzó a su contrincante con un volado mortal con que le cortó la yugular y le hizo rodar inerte por los suelos. Dicen que, a consecuencia de eso, el tugurio se cerró por un tiempo y, mientras tanto, no se vio a nadie por esos lugares por varios años.

Al paso del tiempo inexplicablemente empezaron a aparecer cuerpos de hombres cuyos ojos estaban salidos de sus cuencas.

Ningún trasnochador se atrevía a deambular por esa colonia, pues narran que después de la media noche al cruzar el puente del arroyo de aguas negras que atraviesa la calle de Obreros Libres de punta a punta, solían

escucharse unos chillidos entremezclados del llanto de un niño y de un cerdo en sacrificio.

Así fue lo ocurrido a Nicanor, un borrachín empedernido que, con supuesto valor, cruzaba sin dar oídos a lo que ocurría (en realidad, se taponeaba los oídos con cera de Campeche) y gustaba de pasar pavoneándose y tambaleante a través del puente, riéndose y gritando: «a mí no me asusta el diablo, menos un puerquito pa' las carnitas. Ajuuuuuya».

Un mal día, a Nicanor se le olvidó taponearse los oídos con cera y por la noche, al regresar después de tomarse varios «alepuses», ya fuera de sus cinco sentidos, se encaminó hacia su casa que quedaba en La Colonia; pero, por trayectoria, se vio obligado a pasar por aquel tenebroso puente, que aquella noche se encontraba inundado de oscuridad, pues la luna se había ocultado detrás de unas oscuras nubes como presagio de un final fatídico.

Al llegar al puente, Nicanor sintió una ventisca helada que le hizo volar su sombrero y lo depositó en el lecho del arroyo. A pesar que un escalofrío cubrió su cuerpo, Nicanor se hincó —no sin dificultad—, se tiró de panza sobre el puente y se arrastró hasta lograr asomarse y ver el sitio en donde había caído su sombrero.... Su pelo se tensó y su respiración se detuvo cuando descubrió que su sombrero estaba en las fauces de un gran cerdo negro que emitía escalofriantes chillidos. Quiso levantarse y echarse a correr, pero su cuerpo no respondía, pues estaba como petrificado. Su respiración se aceleró y empezó a sudar frío. Extrañamente, reaccionó cuando aquel cerdo soltó el sombrero y tomó en su hocico una cuerda que tenía amarrada a su cuello para ponerla en su mano e indicarle que lo sacara de ese pestilente lugar. Así lo entendió Nicanor, y se dejó conducir hacia donde el cerdo lo llevara,

ya que por la oscuridad y el gran susto había perdido la ubicación y dirección de aquel lugar en donde se encontraba; aquel negro y enorme animal lo fue llevando hasta la Casa construida en esquina conformada por las calles de Héroe de Chapultepec y Churubusco.

Allí, antes de cruzar la puerta, aquel cerdo se irguió en sus patas traseras y se transformó en una dama bien formada, vestida con un viejo vestido negro y con un velo cubriendo su rostro. Nicanor se llenó de emoción al percibir tan cerca a esa mujer y la abrazó con lujuria... Cerró los ojos, levantó su velo para propinarle un apasionado beso y sentir que se transportaba al infinito, pero entonces un intenso frío empezó a recorrer su cuerpo y, aunque pretendió separarse del encuentro, los huesudos dedos índices de aquel ser se le habían incrustado por los oídos y los otros en el maxilar impidiéndole alejarse de aquel macabro beso; al abrir sus ojos, descubrió el horrible rostro al que se mantenía aprisionado, su corazón no aguantó tanta impresión y estalló como globo de feria alcanzado por un dardo, sus ojos salieron de las órbitas y se desplomó sin vida ante la puerta de ese lugar que antiguamente se llamó el GATO NEGRO.

Después de este macabro suceso la gente ya no volvió a salir a tan altas horas de la noche, por un tiempo.

CRÓNICA

Rodolfo Aguilar Ruiz
Moreleón (1959)



Profesor normalista jubilado. Trabajó como docente en las comunidades de Cerano, Santa Mónica Ozumbilla y Cuitzillo. Ha colaborado en la revisión de obras literarias y ha escrito dos libros de crónica (*Memorias de mi padre* y *Anécdotas de un profesor*), en que ha rescatado testimonios orales sobre la historia de este municipio, así como experiencias vivenciales durante su etapa laboral en el magisterio.

La muerte de los hermanos Aguilar Moreno

RODOLFO AGUILAR RUIZ

Mi padre, Don Valente Aguilar Ruiz, vio la luz por primera vez el día 17 de mayo de 1912, en una pequeña casa de adobe y tejamanil ubicada en la comunidad rural de Quiahuyo, perteneciente al municipio Moroleón, Guanajuato. Fue el primero de tres hijos del matrimonio de José Aguilar Villalobos y Siria Ruiz Zavala (Valente, Wenceslao, Josefina), y de otros tres medios hermanos (Refugio, Manuel y Roberto). Sus abuelos fueron, por lado paterno, Refugio Aguilar Moreno y Praxedis Villalobos Juárez, y, por lado materno, José Ruiz López y María Zavala. Fue familiar directo de José María Aguilar Moreno (Chema) y Miguel Aguilar Moreno, quienes acompañaron desde Tapachula con rumbo a Guanajuato a una persona de nombre Alonso de Velasco, vecino de Esquipulas, Guatemala, quien esculpió la imagen del Cristo Negro que se venera en Moroleón y quien tenía la intención de depositarla en la actual capital del Estado, pero que, por haber enfermado durante el trayecto, sólo consiguió llegar hasta la Congregación (hoy Moroleón) antes de morir.

A mi padre su familia le contó que cuando los hermanos Aguilar Moreno salían de viaje a comerciar tela de manta y otros enseres hasta Tapachula, Chiapas, duraban fuera varios días antes de regresar a Quiahuyo, y que un día, cuando regresaban de viaje, fueron atacados por unos salteadores de caminos, con los que tuvieron que luchar a muerte; pero, como estaban en desventaja numérica, aunque se defendieron con sable, uno a uno fueron cayendo. Le contaba mi bisabuelo a su hijo José que el primero que cayó fue su hermano José María, después Miguel, y que, al quedar con vida solamente Refugio, éste

huyó y se refugió entre los montes y cerros con su caballo. A los demás, ya muertos, les quitaron sus caballos, mulas y el dinero que se ganaron en ese viaje, Refugio regresó como pudo a Moroleón, y ya estando en Quiahuyo contó a su hermana lo sucedido. Refugio quería regresar con otras personas a ese lugar donde fueron atacados —quería regresar con amigos tales como Joaquín Guzmán y su hijo Alvino Guzmán—, pero su hermana, ahogada en llanto, se opuso por temor a que también perdieran la vida.

Unos meses después, los dueños de la fábrica de tela de manta de Salvatierra, que eran españoles, se presentaron en Quiahuyo ante la familia para cobrarles el adeudo por la mercancía perdida en aquel asalto, pero como los familiares no tenían dinero [para pagar, los empresarios les quitaron sus tierras de labranza y [los dejaron] en la ruina.

Después de un tiempo, Refugio logró reunir un poco de dinero para comprar unos burros y un poco de mercancías y se dedicó a comerciar en Tacámbaro, Michoacán. Ahí hacía venta y trueque de productos, y traía para Moroleón queso seco y piloncillo, entre otras cosas, con lo que empezó a prosperar en la comunidad.

Un segundo relato que le contaron a mi padre fue que los hermanos Aguilar Moreno no murieron en ese asalto, sino que, en 1821, en tiempo de la guerra de independencia, cuando el General Antonio de León tomó Oaxaca con un batallón guanajuatense, dicen que los hermanos Aguilar Moreno estaban alistados en ese batallón y que fue durante esa campaña cuando murieron.

Esta es una de las memorias de mi padre, don Valente Aguilar.

Rosendo López Pérez
(Gary, 1984)



Nació en Gary, Indiana, pero desde temprana edad radica en la ciudad de Moreleón, Guanajuato. Licenciado en lengua y literaturas hispánicas por la UMSNH. Docente en la Universidad de Guanajuato, sede Yuriria. Durante el periodo 2012-2017, desempeñó el cargo de Titular del Archivo General Municipal de Moreleón. El 15 de mayo de 2017 fue nombrado Cronista Municipal por el H. Ayuntamiento de Moreleón. Entre sus obras, se encuentran los siguientes títulos: *Voluntad sin Límites*. Memoria del Club de Leones de Moreleón. 1950-2017; *Moreleón en tiempo de la Revolución*. Actas del H. Ayuntamiento de Moreleón. 1909-1912; *Moreleón... instantes del ayer*. Vol. I, II y III; *¡Hay lugar y tablas!* Esbozo de historia de las Diversiones Jiménez, de Moreleón, Guanajuato.

La feria de Moreleón a mediados del siglo XX

ROSENDO LÓPEZ PÉREZ

(Fragmento tomado del libro titulado *¡Hay lugar y tablas!*
Esbozo de historia de las Diversiones Jiménez, de Moreleón,
Guanajuato)

En los años que siguieron a la Revolución Mexicana, las ferias jugaron un papel relevante en la reactivación del comercio local, principalmente en aquellos municipios donde esa actividad se interrumpió a causa de la guerra. Las ferias se volvieron un medio efectivo para poner al alcance de los comerciantes diversos géneros de mercancías que de otro modo no era sencillo de conseguir. Algunos ayuntamientos encontraron en ellas una manera de hacerse allegar de recursos, pues a sus arcas ingresaban lo que se lograra recaudar del cobro de derecho de piso y de la celebración de algunos espectáculos, tales como carreras de caballos y peleas de gallos, que se permitían siempre y cuando se pagaran los derechos respectivos.

En Moreleón, por ejemplo, la feria se instalaba en torno a la plaza «Gral. Manuel González», un bello jardín con kiosco rodeado por cinco arquerías de cantera. A ese evento concurrían comerciantes de la región que seguían en caravana a una empresa llamada Carnaval México-Atracciones Arroyo con el objetivo de vender productos de su respectiva localidad. En las barracas que se instalaban alrededor de la plaza se podía conseguir, por ejemplo, juguetes tradicionales de madera, cartón y hojalata; dulces de biznaga y calabaza de Zitácuaro, pan de Acámbaro, ates y licores de Morelia. A mitad del portal Corregidora, frente a los pilares de cantera, se instalaba la lotería de losa de la familia Jiménez. Sobre el portal heroínas Insurgentes se

establecían varios puestos de dulces tradicionales elaborados en la ciudad; entre ellos, el de las familias Cedeño y Durán, que vendían la muy famosa «calabaza en tacha». Sobre las calles Guerrero y «16 de septiembre» se instalaban puestos de antojitos, vendedores de caña y elote asado, así como comerciantes locales de sombreros, colcha y rebozo. Y, desde el kiosco, en medio de esa fiesta popular, la banda municipal se encargaba de amenizar aquel ambiente pueblerino interpretando sones populares de la época, tales como los valeses de Sobre las olas y Alejandra, entre otras tantas piezas que conformaban el bello repertorio de una banda de viento.

A la feria concurrían fotógrafos ambulantes que instalaban en la plaza un telón con paisaje de fondo, a donde acudían cientos de familias y parejas con la intención de capturar un momento para la posteridad; por esa razón, algunos fotógrafos cargaban consigo sombreros de pico alto, carrilleras y un caballo de utilería que usaban para retratar niños, de modo que lucieran como jinetes revolucionarios. Otros, por su parte, tomaban bellas fotografías de la ciudad que luego vendían en la feria a manera de postales. A la plaza concurrían también los llamados «peluqueros de paisaje», estilistas que colocaban una silla en el área del jardín y justo en ese sitio ofrecían sus servicios estéticos, de modo que el cliente disfrutara del bello paisaje citadino mientras le cortaban el cabello.

Durante esos días, los dueños de Atracciones Arroyo, don Rómulo Arroyo y su esposa doña Celestina Mancera de Arroyo, se hospedaban en un hotel del portal Matamoros de nombre Hotel Jardín, a donde solían concurrir varias personas al inicio de cada feria para pedir empleo en la instalación y funcionamiento de sus juegos mecánicos. La mayoría de los comerciantes que se

instalaban en la plaza solían pernoctar en su barraca o en un par de mesones que existieron sobre las calles Morelos y San Felipe (hoy Guadalupe Victoria). Por lo general, los campesinos que concurrían a la cabecera con motivo de la feria, procuraban realizar sus compras temprano para alcanzar a regresar a su rancho antes de que anocheciera; sin embargo, era bastante común que varios de ellos se entretuvieran más de lo debido y decidieran pernoctar, engabanados, sobre el pasillo de algún portal.

La feria es esencialmente un evento mercantil que la autoridad civil suele empalmar con alguna fiesta patronal, de modo que los comerciantes puedan aprovechar la derrama económica que deja la afluencia de visitantes a la cabecera municipal. Por esa razón, en aquellos años fue habitual que coincidieran en la plaza pública las instalaciones de la feria con algunos eventos religiosos, tales como el paso de peregrinaciones rumbo al templo parroquial, los desfiles de carros alegóricos y la tradicional quema de un castillo de fuegos artificiales, seguida de juegos pirotécnicos.

Al finalizar los días de feria en Moroleón, Atracciones Arroyo y sus demás acompañantes procedían a desmontar sus instalaciones de la plaza y a ponerse en camino hacia la feria más próxima, pues era regla no escrita entre empresarios que quien llegara primero, se quedaba con la concesión de la feria. La incipiente empresa de los Jiménez carecía entonces de vehículos motorizados que facilitarían el traslado de sus diversiones, por lo que su capacidad de competencia era muy limitada. En esos años, lo habitual era que los Jiménez desmontaran sus barracas y cargaran con sus tablas, mantas y demás enseres hasta su domicilio de la calle Arteaga, para luego retornar por unos días a las labores del campo. De hecho, los granos de maíz

que usaban en la lotería provenían de un huerto que cultivaban a un costado de su casa. Cabe señalar que el trayecto que recorrían desde la plaza hasta su domicilio generalmente lo realizaban por una ruta entre las calles Guerrero y Comonfort. Su casa había sido construida dentro de un conjunto de terrenos flanqueado por dos afluentes; al norte, una barranquilla que desciende del cerro de Cupuato; y, al sur, un arroyo que desciende del cerro de Amoles. Por ello, al girar por Comonfort rumbo a Arteaga, a la altura de la calle Narciso Mendoza, la familia Jiménez debía cruzar por encima de un estrecho puente peatonal que había sobre el arroyo para llegar hasta su hogar.

En aquella época era común que, durante los días de feria, al calor del aguardiente, se desencadenaran riñas y tiroteos en plena vía pública debido a disputas por cuestión de mujeres, tierras o robo de ganado. Cuando algún vecino formulaba la pregunta de «¿qué tal estuvo la feria?», no era raro que se escucharan bromas de humor negro:

—«Buena, hubo dos muertos».

«Gato negro»: el primer cabaré de Moroleón

ROSENDO LÓPEZ PÉREZ

Antecedentes

El viernes 18 de noviembre de 1881, en el barrio de Montmartre, París, el artista Rodolphe Salis inauguró un cabaré al que dio el nombre de «Le Chat Noir» (El Gato Negro), un centro nocturno pensado para los artistas parisinos, donde se pudiera disfrutar de vino, eventos musicales y teatro de variedades. Su fama fue tal, que se extendió por todos los países de cultura francesa en Europa y África (Brand, J., 2001). A pesar de que fue clausurado en 1897, el recuerdo de ese cabaré sigue presente en la cultura popular, especialmente por los bellos carteles que produjo el pintor francés Alenxandre Steinlen.

A diferencia de un «burdel», que es un «local donde se ejerce la prostitución» (RAE), el «cabaré» está originariamente emparentado con los «cafés literarios», que pretendían ser lugares de reunión de poetas, pintores, músicos y demás artistas; tal y como lo fue el «Café de la Régence» (que frecuentaron Diderot, Voltaire; Morphy, Anderssen) o el «Café de Flore» (frecuentado por Bataille, Sartre, Picasso, Hemingway). No obstante, durante la primera mitad del siglo XX, la línea que separa el burdel del cabaré se fue desvaneciendo conforme este último se popularizó internacionalmente.

Para muestra, un botón: a partir del 16 de enero de 1920, con la entrada en vigor de la Ley seca en EUA, se empezó a desarrollar en la frontera norte de México una activa vida turística nocturna, que en Ciudad Juárez propició el surgimiento de una docena de centros nocturnos y prostíbulos (entre ellos, «El Molino Rojo», cuyo

nombre aludía claramente al famoso cabaré francés llamado «Le Moulin Rouge»); sin embargo, fue a finales de la Segunda Guerra Mundial (1945), con el advenimiento de soldados norteamericanos que cruzaban a Cd. Juárez por El Paso, Texas, que la prostitución proliferó desenfrenadamente en esa ciudad (Sandoval y Pena, 2010), operando en muchos casos por medio de prostíbulos encubiertos y adentro de algunos cabarés.

Así, en aquel México posrevolucionario, en que iban surgiendo hoteles de paso y centros nocturnos en torno a las principales estaciones de ferrocarril, apareció en la escena nacional la figura femenina de la «fichera»: una suerte de dama de compañía-prostituta que por cada copa que su cliente consumiera recibía una pequeña compensación (una ficha canjeable por dinero). Debido al éxito social de esa mancuerna (cabaré-fichera) — popularizada por diversos artistas europeos y latinoamericanos—, el tema fue llevado a la pantalla grande en repetidas ocasiones. Tal es el caso de varios de los filmes que protagonizó la famosa actriz María Félix alrededor de los años 50, que ejercieron una fuerte influencia cultural en México.

Se inaugura un centro nocturno al sur del estado de Guanajuato

Inocencia Gordillo Magaña (1935—), vecina de la comunidad rural de Lagunilla del Rico, Uriangato, refiere que a la edad de 15 años (1950) ella y su padre —Teódulo Gordillo— se mudaron de domicilio a lo que hoy es la esquina de las calles «Churubusco» con «Héroes de Chapultepec» (#271), en la colonia «El Llanito» de la ciudad de Moroleón, Guanajuato. En aquella época, según refiere,

El Llanito era un potrero llano y pedregoso, demarcado por cercas de piedra, que colindaba con un gran mezquital. Enfrente de su casa, detrás de una cerca, había un terreno baldío que los vecinos usaban de muladar. Justo allí, dos años después, se erigió uno de los establecimientos más polémicos en la historia de Moroleón.

Por el año de 1951, una pareja proveniente de Acámbaro, Gto., que respondía a los nombres de Agustín Mora y Eufrosina León, adquirió una fracción de ese baldío (16 x 30 m.) y comenzó a fincar, según se dijo a los vecinos, «una tiendita». En los meses siguientes, un grupo de albañiles levantó los cimientos de una gran obra y construyó un finca de tres secciones: en la sección trasera del predio se construyó una residencia, donde se habilitó varias duchas y un portón con vista a la calle Héroes de Chapultepec; en la sección intermedia, se habilitó una sección de ocho dormitorios comunicados por un pasillo; y, en la sección frontal, se habilitó un salón de baile rodeado de espejos y bancas de concreto, con cantina, mesas, sillas de madera y una puerta de vaivén. De manera simultánea, en un predio junto al sendero lateral, se habilitó una cenaduría (nombrada La Sirenita) y se introdujo en esa zona los servicios públicos de agua y luz*. En aquella época, en los cines de México se proyectaba una película protagonizada por María Félix, en que, en una de sus escenas, aparece el citado cabaré francés «Le Chat Noir». Muy probablemente, con objeto de aludir a ese famoso centro nocturno, se colocó en este establecimiento un letrero de luz neón color verde con el mismo título, pero traducido al idioma español. De esa manera, luciendo una bella fachada de tabique rústico, abrió sus puertas el «GATO NEGRO», el primer cabaré en la ciudad de Moroleón.

Tal, era un salón donde el cliente podía beber cerveza, bailar con mujeres hermosas (\$0.20¢ c/pza.), jugar apuestas de póquer y disfrutar de espectáculos de variedades. Asimismo, por diez pesos cualquier cliente podía yacer con alguna de las damas de compañía en turno. Allí, además de aguardiente, se vendía los productos de la cervecería Moctezuma (Dos Equis, Superior, Sol y Noche Buena), mismos que eran vendidos en presentación de cuarto de botella. Si bien había clientes que sólo consumían cerveza por unidad individual (\$0.20¢ c/u), generalmente ésta se vendía por cubetas de diez unidades. Según testimonios, ese centro nocturno fue tan popular a nivel regional que cada fin de semana se consumía el equivalente a un camión entero de cerveza. Cabe mencionar que el salón contaba con dos sinfonolas, con las cuales se reproducía hasta cinco canciones por un peso; entre los artistas musicales que la gente escuchaba en esa época estaban Pedro Infante, Jorge Negrete y Lola Beltrán; tríos tales como «Los tres ases», «Los tres caballeros» y «Los tres Reyes», así como grupos nortños tales como «Los relámpagos del norte». Ocasionalmente los gerentes ofrecían música en vivo, pues, por lo común, los clientes contrataban músicos ambulantes que llegaban al cabaré. Es de resaltar que en algunas ocasiones eran las mismas damas de compañía las que ofrecían el espectáculo de variedades (canto y baile).

Según testimonios, en ese cabaré trabajaba una mujer de nombre Felicia, alias «La Venada», quien era la responsable de regentar a las demás damas de compañía. Cuando un cliente solicitaba algún servicio íntimo, «La Venada» giraba instrucciones a la dama seleccionada para que acompañara al cliente hacia algún dormitorio disponible. Tras salir de la habitación, la dama cruzaba por

el pasillo hasta la residencia y se dirigía a las duchas. Luego de asearse, retornaba al salón y se ponía nuevamente en servicio. Entre los nombres artísticos que desfilaron por ese cabaré se recuerda el de Amparo («Amparito diente de oro»), Remedios, Altagracia, Consuelo, María «la Colorada», María «La Chaparrita», Abelina (La Madrina), Corina, Irma, Trinidad, Natividad y Victoria (un caballero —cuyo nombre omitimos— refirió que en una ocasión llegó a vender unas gallinas que tenía en el corral de su casa con tal de intimar por unos minutos con la señorita Victoria).

Quizá debido al caso de las Poquianchis —un grupo de madrotas jaliscienses que operaron principalmente en San Francisco del Rincón en los años 50—, surgieron diversas leyendas negras sobre lo que sucedía al interior del Gato Negro; se cuenta, por ejemplo, que cuando una dama quedaba embarazada, «La Venada» aguardaba a que el bebé naciera y dependiendo de su sexo decidía cuál sería su destino: si era niño, lo arrebatava de los brazos de la madre y lo arrojaba dentro de un pozo que había cerca del cabaré; si era niña, la criaba por algunos años para luego venderla a los tratantes de personas.

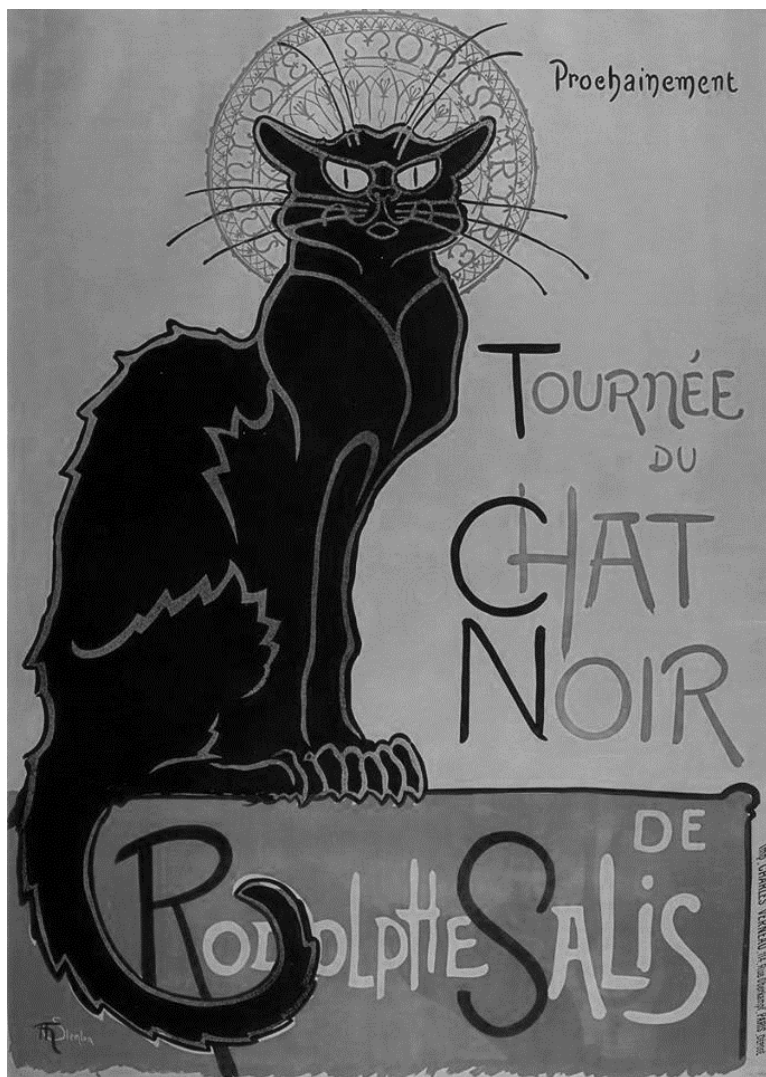
Contrariamente, «La Venada» es recordada por algunos vecinos como una mujer alegre y sociable, que, pese a ello, tuvo un final inesperado. Una leyenda que ronda por las calles cercanas a donde estaba el Gato Negro, refiere que en una ocasión hubo un cliente que se enamoró perdidamente de ella y que la cortejó hasta volverla su amante; pero que esa misma persona murió en una trifulca tras encontrar a su amada en los brazos de otro cliente. Se dice que, para despistar a las autoridades, su cuerpo fue abandonado a unos 300 metros del cabaré (por donde hoy se ubica el IMSS); pero, cuando sus hijos se presentaron para reconocer el cadáver, encontraron en uno de sus

bolsillos un pañuelo perteneciente a «La Venada». Pasados unos años, los hijos se presentaron en el cabaré, le invitaron unas copas a la susodicha y le convencieron de salir juntos fuera de la ciudad. Se dice que estando ya a considerable distancia de la zona urbana, ambos hermanos arremetieron contra ella y la acribillaron brutalmente. Leyenda o no, todas las versiones populares coinciden en que fue asesinada en la comunidad rural de La Cinta, municipio de Cuitzeo, por dos hombres de la comunidad rural de La Lobera, municipio de Santa Ana Maya.

En 1962, un hijo del Gobernador de Guanajuato, Lic. Juan José Torres Landa, fue asesinado adentro de un burdel. En represalia, el Gobernador ordenó prohibir todos los centros de prostitución en el Estado. Muchos de los empresarios que resultaron afectados por esa medida se vieron en la necesidad de cerrar definitivamente sus establecimientos; otros, en cambio, reubicaron su centro nocturno en la zona de tolerancia de la ciudad de Morelia, Michoacán. En ese contexto, el «Gato Negro» tuvo que cerrar sus puertas y así terminó su historia en la ciudad de Moreleón.

*La instalación de los servicios de agua y luz se realizó en conjunto con un vecino de nombre Jesús María Torres, dueño de la panadería denominada «La Rancherita».

Agradezco a los CC. Fidel Ortiz, J. Jesús Zavala Fuentes, Luis Villafuerte, Christian Baeza, Manuel Torres, Emilio Pantoja, Gil Mora y a todas las demás personas que me apoyaron durante la redacción de esta nota. Sin ustedes no hubiera sido posible realizarla.



Cartel de «Le Chat Noir»
Técnica: litografía
Autor: Alexander Steinlen (1896)

ENSAYO

Andrés Socorro Álvarez Frutos
(Moreleón, 1945)



Teólogo, filósofo, traductor, periodista y escritor. Docente de Ética en la Academia Pontificia de CDMX (1978-1983). Traductor en Christian Children's Fund en CDMX (1983-1988). Cofundador, director y editor del semanario IMPULSO (1991-2018). Fundador del periódico Progreso Metropolitano (2019). Socio del Club Rotario de Moreleón (1999-). Además de su amplia labor periodística en la zona metropolitana del sur de Guanajuato, se ha desempeñado como docente de filosofía. En ese sentido, ha escrito guías de estudio, reflexiones y ensayos filosóficos de gran profundidad, algunos aún permanecen inéditos.

LA REALIDAD Y LOS SENTIDOS

ANDRÉS ÁLVARES FRUTOS

La expresión tan común que dice: «lo vi con mis propios ojos», se toma como una prueba muy fuerte y casi irrefutable del hecho que se está comentando. Otra frase igualmente habitual es esta: «yo mismo lo escuché». Un novio describe la piel de su novia y la dota de una suavidad extraordinaria al describirla. El sabor del *mole* que prepara la mamá no tiene igual en ninguna otra cocina; nadie se le acerca siquiera a los finos matices que distinguen su mole. La canción que sonaba en el estéreo cuando Juan se le declaró a Martha, hace que esas notas o ese cantante repentinamente adquieran características eternas y aunque otro intérprete cante la misma canción, evidentemente no iguala a la versión que Juan escuchó.

Por otro lado, una persona sueña que vuela y puede sentir el roce del viento y ver desde las alturas un panorama único. Otra siente que resbala por la escalera y sufre el dolor de la caída y siente la tibieza de su propia sangre y ve el color encendido al sangrar. Un beso que se da en sueños a veces supera la emoción del beso real. Y las pesadillas, éstas son un terror aparte. Hay quienes se ven muertos y en su propio velorio. Otros lloran por los golpes recibidos o ven al perro rabioso que los persigue con ferocidad y casi los alcanza. El pánico invade todo el cuerpo y se hace insufrible cuando, por añadidura, el que padece la pesadilla comprueba horrorizado que no se puede mover, aunque casi sienta el aliento del perro en su cara...

Estas ilusiones de los sentidos se pueden comprobar fácilmente. En Internet basta teclear en Google «ilusiones sensoriales» y aparecen muchas listas con numerosos ejemplos. Los cinco sentidos: vista, olfato, tacto, oído y

gusto no solo se pueden engañar en sus propias funciones, sino que pueden combinarse para producir un engaño de doble dimensión por así decirlo. ¿Significa esto que no hay que confiar en los sentidos cuando se trata de construir la verdad? Legalmente esto tendría consecuencias impredecibles. En los juicios el testimonio de un testigo puede tener un valor probatorio definitivo. Y en muchas ocasiones ese testimonio proviene de las experiencias procesadas por los sentidos. De manera que efectivamente los sentidos pueden conducir a la verdad. Al menos así se acepta legalmente.

Los físicos y químicos se sirven de los sentidos para elaborar, realizar y reseñar sus experimentos. La ciencia también tiene su conexión evidente con el funcionamiento de los sentidos. La música no se puede explicar sin el sentido de la audición. El cine sería un mero artificio, si no entrara en función el cerebro que dota de movimiento a la sucesión de imágenes fijas. Hacer ciencia significa encontrar y elaborar leyes de aplicación universal. Pero para llegar a esta construcción teórica se parte de los sentidos. Los sentidos proporcionan la materia prima que el cerebro recibe y procesa. Vemos la realidad según la transmiten nuestros sentidos, pero ésta no llega tal cual al cerebro pues al conocer el mecanismo de las ilusiones sensoriales es muy claro que nuestro cerebro «crea» una buena parte de esa realidad.

De hecho, parece que la realidad de alguna manera es creación de nuestra mente. Esto no significa que esta creación sea ilusoria o caprichosa pues los seres humanos nos relacionamos tomando como base los datos de esa realidad. Un perro blanco y grande lo señalo en la calle y mi amigo lo ve tal como yo lo veo y está de acuerdo. Y esta base común es lo que le da sustento a la ciencia llamada

empírica o experimental. Y hasta la lógica, que usa instrumentos mentales, depende en buena medida de los datos sensoriales para de allí arrancar a formular sus principios. Esta relación entre sentidos, verdad, realidad y comunicación ha sido una preocupación compartida por todas las civilizaciones. Todas explican su universo a partir de las sensaciones: lo que ven, oyen, tocan, huelen y prueban. Y para ellos, en sus mitos e historias, eso es una verdad. La ciencia con su paso lento y parcialmente seguro va derribando algunos mitos, pero también con la ayuda de los sentidos.

La forma en que conocemos el mundo ha intrigado siempre a los filósofos, esa raza dedicada a buscar caminos para acceder a la verdad. En esta búsqueda a veces dan la impresión de que escriben solo para sí mismos o para su círculo de amigos porque su lenguaje suele ser oscuro. Hay gente que opina que son soñadores y lo que escriben o de lo que hablan son temas inútiles y aburridos. Así que si realmente se quiere disfrutar la vida, es mejor ignorarlos o hacer de lado sus elucubraciones o sueños mal armados. Porque a veces, además de indigestos, sus escritos son una especie de regaño pues frecuentemente tocan asuntos de ética, es decir, de la conducta humana...y salen con cada ocurrencia... De entre todo este grupo valdría la pena hablar de unos dos o tres para tener una idea más certera de sus ideas o propuestas.

Tres ejemplos

El primero podría ser Platón famoso por el llamado «amor platónico», palabras que quizá se comprendan mejor después de esta breve exposición. Platón fue un filósofo griego; quizá por contar con recursos tuvo tiempo para

viajar y pasar mucho tiempo libre escuchando a Sócrates, otro filósofo griego. A Platón le intrigó investigar cómo es que conocemos la realidad y por qué a algunas cosas las llamamos verdaderas. Se dio cuenta que hay personas a quienes les gusta pensar; otras tienen una facilidad natural para las artes: la música, la pintura, el canto, la escultura, etc. Unos más nacen para el combate o el deporte. Esta es una realidad que se impone por sí misma y todos la podemos comprobar. Por otro lado, las cosas siempre están cambiando: hay noche y día, llueve y hay sequía, hoy estoy alegre y mañana triste, etc. Y si a algo podemos llamar verdad es porque no puede cambiar puesto que, si fuera verdad solo para mí, sería solo mi opinión y no la verdad. El ser humano desde pequeño aspira a tener la verdad, a saber, qué es la verdad. ¿Cómo conciliar todo esto?

Él nos dice que antes de nacer cada ser humano tiene acceso a un mundo de ideas, de sustancias reales, aunque no materiales. En este punto está diciendo que hay cosas reales que no son accesibles a los sentidos. O sea que la realidad no depende enteramente de nuestros sentidos. Este mundo de las ideas es verdadero en el sentido de que es universal y cuanto más cerca estemos de él, tanto más lo estaremos de la verdad. Quien es bondadoso naturalmente es porque tuvo cercanía con la idea de bondad; el artista porque estuvo cerca de la idea de belleza. Esto explica las personalidades, pero evidentemente por nuestra humanidad común todos tuvimos contacto con todas las ideas pues de otra forma no seríamos humanos. Este mundo –que nosotros llamamos real- es de hecho la sombra o pálido reflejo del mundo real al que una vez tuvimos acceso. Si alguien es filósofo porque se inclina naturalmente al pensamiento, es porque estuvo más penetrado por la idea de la verdad. Este conocimiento se puede –y se debe-

compartir- para que la gente no se engañe con la ilusión de que este mundo es el real y por tanto debe aspirar a reflejar de la mejor manera posible el mundo ideal que alguna vez conoció y que ahora percibe débilmente. De esta forma él concluyó que conocer es en cierta forma recordar y de esto se derivan varias conclusiones que sería largo enumerar.

Otro griego, también filósofo, es Aristóteles que tuvo como maestro a Platón. Su filosofía es un tanto diferente de la de Platón, Ya se sabe que el sueño de los maestros es que sus discípulos salgan brillantes. Un pueblo que fue cuna de un ilustre escritor se siente orgulloso de ello y le pone su nombre a alguna calle o plaza. En cambio, el pueblo que fue cuna de un delincuente trata de que esa información no se difunda o si se hace pública, los habitantes aclaran que fue una sola familia la culpable. Aristóteles también se preocupó por el conocimiento y, en consecuencia, por la verdad. Para él no es necesario imaginar un mundo de ideas para explicar el mundo que vemos. La realidad que tocamos es la única que existe y la captamos con el intelecto. Evidentemente al ver una cosa absorbemos su imagen y esto es lo que entra como conocimiento, es algo intangible pero que arranca de las cosas. Vemos materia y la trasmutamos en algo intangible gracias a nuestro intelecto. De ver tantos caballos llegamos a formar el concepto o la idea del caballo, así que, aunque no conozcamos a todos los caballos del mundo, distinguimos inmediatamente un caballo de un burro.

Esto es posible porque el intelecto es capaz de identificar los rasgos comunes o universales de cada cosa y eso es lo que llamamos una definición. Entendemos el mundo porque somos materia, como todas las cosas, pero al mismo tiempo tenemos razón. Y es esta el instrumento o capacidad que nos diferencia de los animales. Una piedra

puede ser una escultura, un ladrillo, una parte de un piso o lo que nuestra mente quiera que sea. Es decir, las cosas son materia y forma. La forma se la da nuestro intelecto, pero éste no inventa la materia: la encuentra. Del juego e interacción de estos dos elementos surge nuestra realidad y la comprensión que de ella tenemos. Cuentan nuestros sentidos, pero no son definitivos: están en combinación con el intelecto. Y es este mismo procedimiento el que se sigue para hacer ciencia experimental que es la que sustenta la actual tecnología.

Un tercer filósofo es René Descartes, nacido en Francia. Con él se inicia la llamada época moderna de la filosofía. El periodo precedente fue el Renacimiento que aparentemente hizo añicos la Edad Media que se distinguió por un pensamiento filosófico casi uniforme y que combinaba la visión cristiana con elementos aristotélicos. Descartes estaba inconforme con esas corrientes filosóficas y se propuso la tarea de levantar por sí mismo un nuevo y definitivo edificio filosófico. La verdad que él se proponía encontrar sería la definitiva. Pero ¿cómo es posible alcanzar esa meta? Lo primero que se preguntó él fue: ¿soy real? Antes de preguntarse por la realidad del mundo, quiso investigar si él realmente existía. Y son puntadas como ésta las que le dan un tinte de absurdo al trabajo filosófico. Cualquiera persona que pase por la calle y se le pregunta: ¿eres real?, ¿verdaderamente existes? Seguramente pensará que quien hace esta pregunta está mal de la mente y habría que pedir una ambulancia para que lo lleve a un lugar seguro porque el pobre extravió su mente.

Pero en una búsqueda total hay que empezar tal como Descartes lo hizo. ¿Cómo sé que conozco? Y ¿cómo puedo estar seguro de que lo que conozco es verdad? Y aquí él comienza a enumerar los engaños que nos hacen los

sentidos cuando queremos conocer algo verdaderamente. Por tanto, podemos dudar de todo lo que nos llega por los sentidos. Podemos incluso imaginar que este mundo que vemos y tocamos puede ser una ilusión creada por una entidad maléfica y traviesa que se divierte engañándonos. Y él describe la sensación del sueño, cuando el soñador está absolutamente seguro de que lo que ve y siente es real, pero al despertar se rompe esa absoluta seguridad. Nuestra realidad ¿no será un sueño? Para salir del atolladero Descartes hizo el siguiente razonamiento: no puedo dudar del hecho de que yo estoy pensando en este momento. Este que piensa soy yo indudablemente. Este es el primer hecho básico y fuente de toda certeza. Por lo tanto, si pienso es evidencia clara de que existo. La nada es nada. Pero como yo pienso, pues este pensamiento es algo real, consecuentemente existo, también soy real.

Partir del pensamiento para afirmar la realidad parece como una vuelta innecesaria, pero sin el pensamiento, sin el ser humano, ¿puede haber realidad? Las leyes físicas y químicas –tan evidentes– ¿serían leyes si nadie las percibiera o utilizara? O, más a fondo, ¿el mundo sería mundo, si el hombre no le diera sentido a todo ello? Y de aquí algunos parten al planteamiento de un idealismo extremo en que se supone que la mente humana da origen al mundo. En mi experiencia humana he llegado a comprender que los extremos necesariamente son falsos pues toman un solo aspecto de la realidad y lo llevan al extremo, empobreciendo la variada realidad que todos vemos. Ni nuestros sentidos solos ni la mente sola dan razón de la realidad. Son estos dos elementos los principales en la captación y comprensión de la realidad. Ni materia pura, ni espíritu puro. El ser humano es síntesis

del universo y encierra en sí el mundo material y la mente que le da sentido a ese aparente caos.

La confianza

Todo este rodeo e introducción está dirigido a subrayar y enfatizar un elemento distintivo del ser humano. Es uno entre muchos más, pero en esta ocasión es el que he elegido para explicar la trabazón de las comunidades humanas y la urgente necesidad de recuperar esa característica. El precio de no hacer caso a este rasgo esencial es que retornemos a la barbarie. Somos humanos por muchos conceptos: la belleza, la ética, el conocimiento, la tecnología, el juego, etc. pero la ligazón entre todo este universo es lo que podemos llamar confianza. Y es esta realidad la que se tratará de esbozar en los siguientes párrafos para intentar dejar clara su importancia y la consecuente necesidad de su cultivo y, por tanto, la urgencia de evitar todo aquello que la perjudique.

La palabra confianza está emparentada con fe y fidelidad. Describe aquella actitud en que uno deposita su confianza en algo o alguien de quien no tiene un conocimiento acabado o total. Un comerciante le «fía» el pan a un cliente porque confía en que su promesa de pago la cumplirá. No sabe ni tiene garantía alguna de que así será, pero dado el orden habitual de las cosas, espera que así sea. Alguien pide prestado dinero y el prestamista lo investiga antes de soltar el dinero. La investigación arroja que el solicitante paga puntualmente sus deudas. Entonces el prestamista «confía» en que así será esta vez. Se ha hecho una petición de mano después de un año de noviazgo, el novio y la novia «confían» en que el otro ha dicho siempre

la verdad, que sus sentimientos y proyectos son verdaderos. Basados en esa confianza unen sus vidas.

Son algunos ejemplos sencillos del valor y la omnipresencia de la confianza en casi todas las relaciones humanas. Y la confianza tiene conexión y sustento real en el conocimiento. No es posible un conocimiento absoluto en todo y cada uno de los asuntos humanos y por ello la confianza juega un papel tan esencial. Solía decirse que el Banco de México garantiza el valor del billete de libre circulación o de aceptación universal; un billete es un pedazo de papel con una cifra-valor impreso. Y nosotros aceptamos esa impresión. Atesoramos el nuevo billete azul de mil pesos y gastamos descuidadamente el billete azul - tan parecido- solo porque lleva impresa una diferente cifra: veinte pesos. Soy capaz de agredir o injuriar a alguien que se oponga a la selección mexicana de futbol porque yo confío en que los jugadores realmente representan a México y el destino y orgullo nacional dependen de esos jugadores. Quien no lo comprende así es porque evidentemente no es patriota.

¿Qué tipo de conocimiento absoluto poseo para afirmar que ese equipo realmente es México' El entrenador es extranjero y cobra por sus servicios? Quizá algunos jugadores se burlan en su interior del patriotismo o los deja fríos. Quizá jugar en la selección solamente es una oportunidad más de cotizarse más alto en el mercado futbolístico. O también puede ser que todos ellos ardan en un exaltado patriotismo. ¿Cómo saberlo? Y aunque lo afirmaran ¿Cómo comprobarlo sin que haya lugar para la incertidumbre? Todos estos vacíos los llena la confianza. Una vez depositada la confianza es posible moverse hacia adelante; actuar en consecuencia. La confianza disipa la duda casi enteramente y posibilita la acción. La fe se mueve

en otro ámbito que nos conecta con lo inefable, con lo divino. Tener fe en alguien humano es conferirle un rango superior. Tener confianza en alguien es lo habitual porque hay margen para el error y entonces es posible corregir y abandonar esa confianza. En cambio, la fe se sitúa en una región de certezas casi inamovibles y de ello dan fe las guerras emprendidas por motivos religiosos.

Votamos en las elecciones y ejercemos nuestra preferencia porque tal o cual mensaje o propuestas nos han convencido. El político habla y promete. Una promesa se hace sobre algo que no existe pero que existirá gracias a las acciones del político y su equipo. Basado en ese conocimiento provisional, tomo mi decisión y voto. Tengo confianza, pero mi conocimiento no es completo porque esa realidad aún no existe, no la puedo comprobar con mis sentidos. No es algo científico y de evidencia universal, Es una decisión personal que surge de mi confianza.

Y si analizamos nuestra realidad social, veremos fácilmente que la confianza es el vínculo que nos permite funcionar como sociedad, como grupo humano. Una manada se organiza, pero su organización es instintiva y limitada. Los seres humanos creamos lazos invisibles pero fortísimos que nos hacen obrar al unísono aun siendo miles y estando dispersos en todo el territorio. El lenguaje nos une, pero nos mantiene unidos los símbolos y la confianza que tenemos en ellos. Confianza en que son verdaderos, aunque el conocimiento total sea imposible. De aquí que todos los políticos y líderes pidan a sus seguidores una confianza total; no deben permitir que la duda nazca. Solo unidos en la confianza será posible alcanzar lo prometido. Y la razón evidente es que la confianza une, mientras que la desconfianza disuelve.

Por ello, y como conclusión, valdría la pena resumir lo expuesto. Primero, queda claro que hay varios tipos de conocimiento y que el conocimiento empírico-científico no es posible en todos los casos. El conocimiento de matriz lógica antecede y sostiene al conocimiento científico experimental. En la mentalidad actual se acepta indiscutidamente el valor de la ciencia experimental y de su acompañante, la tecnología. Pero se infravalora, o casi se ignora, el conocimiento lógico, el estético, el emocional y todo aquello que no se pueda comprobar empíricamente. Si aceptamos esta visión parcial, queda fuera un amplio sector de la actividad humana. Al exponer brevemente la importancia de la confianza en la interacción humana, es posible ver que ni la ciencia ni la tecnología tienen todos los instrumentos necesarios para abarcar y explicar la realidad humana en su totalidad. Para esos intentos de explicación hay que recurrir a los medios que nos proporcionan otros conocimientos que nacen de la confianza y de una vertiente no enteramente racional, ni lógica. El psicoanálisis es un buen ejemplo de que lo racional no es absoluto en el universo humano; que hay muchas otras fuerzas en movimiento.

Por lo tanto, hay que mirar con nuevos ojos las manifestaciones artísticas: poesía, teatro, literatura, escultura, arquitectura, cine, música, deporte y la llamada inteligencia emocional...entre muchas otras cosas que escapan al control frío y rígido de la razón. Y en consecuencia cada ser humano consciente debe hacer todo lo posible por humanizar el universo sembrando confianza con sus acciones y palabras. Es decir, la mentira, la impostura, la simulación, el robo, el homicidio, el secuestro, el fraude... todo aquello que quebrante la confianza es un atentado contra la sociedad porque rompe el cimiento que

sobre el que edificamos nuestra humanidad. Como un contraste final imaginemos un mundo sin delincuentes: no serían necesarias las cárceles, tampoco los policías, ni tampoco se tendría que emplear recursos en cámaras, patrullas, rejas, etc. Pero evidentemente eso es una utopía. El objetivo es imaginar cómo sería este mundo si los seres humanos guiaran su conducta por los dictados de la confianza...

ÍNDICE

PÓRTICO.....	11
PRÓLOGO.....	13
INTRODUCCIÓN.....	17

POESÍA.....	19
-------------	----

Georgina Gaytán
Mictlantecutli F. Arriaga
Socorro López
Salvador Ruiz
Giuseppe Gutiérrez
Artemio Zavala
Ricardo Gallardo
Rolando Gallardo
Aniceto Balcázar
Gonzalo Gutiérrez
Ave Bertha
Raúl Vargas
Álvaro García Cruz

CUENTO.....	89
-------------	----

Pedro Morales
Edgar Magaña
Alejandro Villafuerte
Gilberto García
Alexis Olmedo
Alma Diana Balcázar

Carlos López
Manuel Ortega

CRÓNICA.....189

Rodolfo Aguilar
Rosendo López

ENSAYO.....209

Andrés Álvarez

Primera edición (2020): 100 ejemplares.
Gobierno municipal de Moreleón, Guanajuato

Impresos Téllez
Moreleón, Gto., México
Todos los derechos reservados.